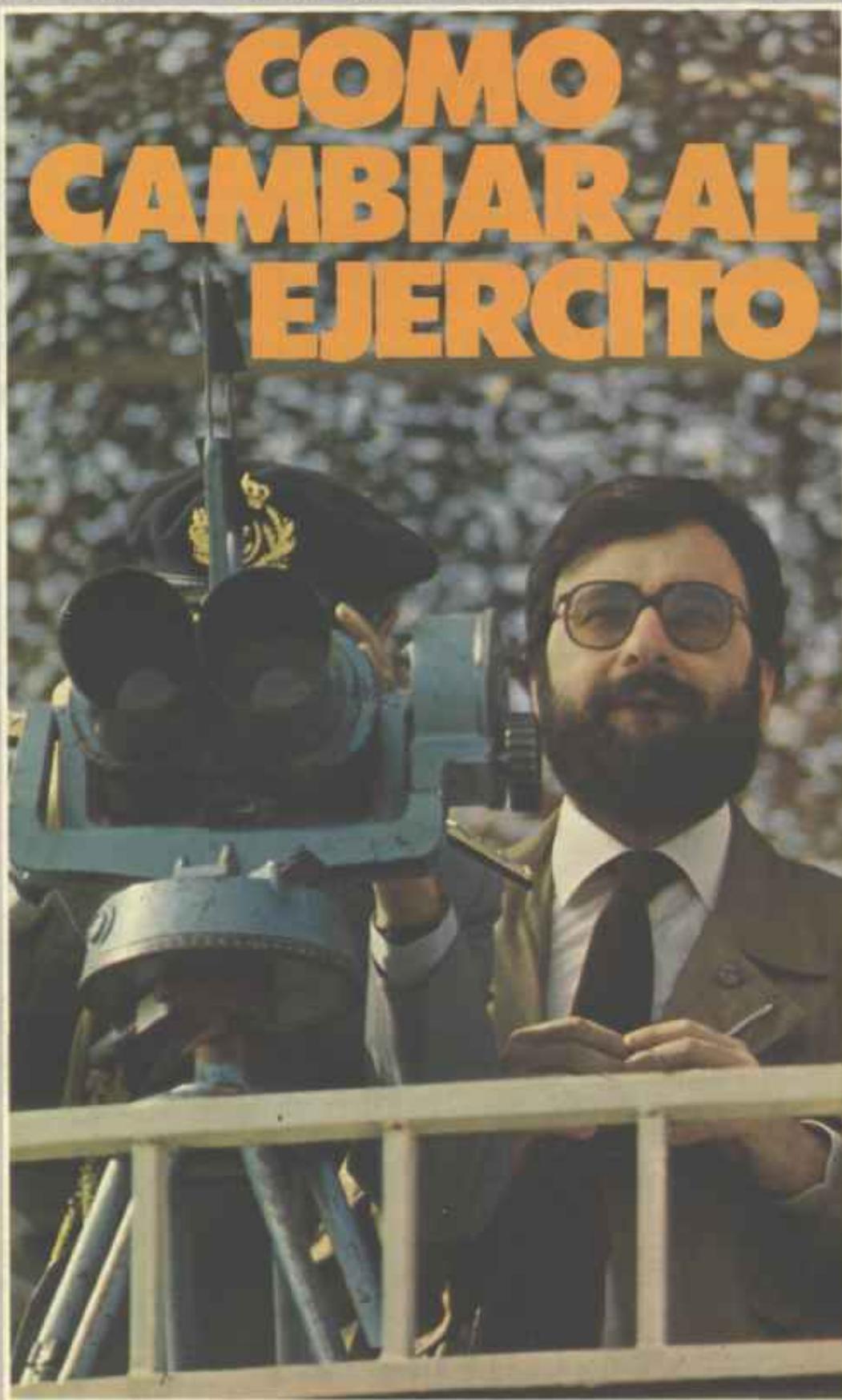


MAYO

Nº 15 DICIEMBRE 83 250 Ptas.

COMO CAMBIAR AL EJERCITO



noy 4478
UAB
GEDOC

**LAS
TRIBULACIONES
DE MITTERRAND**



José Luis Gómez:

**LA LITURGIA
DE LA SEDUCCION**

**LA RADIO
ES EL MENSAJE**

**LA FIESTA
SE ALEJA**

**por C. Alonso
de los Ríos**



Biblioteca de Comunicació i Hemeroteca General
9 770212 298007

Le hemos prometido un gran interés y la máxima desgravación.

Y aquí están. En la nueva Emisión de Deuda Pública.

Esta vez con un gran interés, el 13,75%, la máxima desgravación fiscal autorizada, el 15% y a sólo 3 ó 5 años de amortización.

Lo que supone una rentabilidad efectiva total a tres años del 20,67%.

Excelentes condiciones a las que tiene que añadir toda la seguridad y garantía del Estado.

Invierta en Deuda Pública, puede suscribir desde 10.000 Ptas. en Bancos, Cajas de Ahorros, Caja Postal e Intermediarios financieros.

El último día es el 23 de Diciembre. Y no tendrá otra oportunidad.

DEL 12 AL 23 DE DICIEMBRE

CARACTERÍSTICAS DE LA EMISION

Interés:	13,75%
Desgravación:	15%, deducible de la Cuota del Impuesto sobre la Renta de las Personas Físicas. Además, y según Real Decreto-Ley 24/1982 y la Ley 1/1983, podrá reducir sus efectos cuando se desee no perder las ventajas desgravatorias.
Amortización:	3 ó 5 años. Voluntaria para el inversor al tercer año y definitiva al quinto año.
Liquidar:	Título de circulación calificada en Bolsa.
Plazo de suscripción:	Del 12 al 23 de Diciembre de 1983.
Pago de intereses:	Semestral. Primer vencimiento 23 de Junio de 1984.
Precio de emisión:	A la par, libre de gastos para el suscriptor.
Título:	10.000 pesetas.
Garantía:	La del Estado.
Lugar de suscripción:	Bancos, Cajas de Ahorros, Caja Postal e Intermediarios financieros.
Rentabilidad efectiva total, con desgravación a los 3 años:	20,67%

LO PROMETIDO ES DEUDA.

A 3 ó 5 AÑOS.

15%
de Desgravación.

13,75%
de Interés.

EMISION DE DEUDA PUBLICA DEL ESTADO.



MINISTERIO DE ECONOMIA Y HACIENDA.

UAB
Biblioteca de Comunicació
i Hemeroteca General
CEDOC

- 4. **MAYO** número 15.
- 6. **AL MARGEN.**
- 12. **LA POLITICA.** La fiesta se aleja. *Por César Alonso de los Ríos.*
- 14. **Cómo cambiar el Ejército.** «Empieza la modernización». Entrevista con Julio Busquets. *Por Fernando Rimbblas. ¿Todavía los militares? Por Jesús Ignacio Martínez Paricio. La autonomía militar última trinchera del golpismo. Por Miguel Angel Aguilar. El mando supremo de las Fuerzas Armadas. Por Jaime Miralles Alvarez.*
- 30. **LA ECONOMIA.** El paro, desestabilizador social. *Por Manuel Gala.*
- 34. **Desencanto a la francesa.** *Por Carlos Elordí.*
- 40. **Argentina: Y todo a media luz.** *Por Jorge O. Fonseca. Una sociedad paradójica. Por Carlos Iriart.*
- 48. **MITOLOGIAS.** La jet society y la rosa. *Por Manuel Vázquez Montalbán.*
- 50. **LA ENTREVISTA.** José Luiz Gómez: La liturgia de la seducción. *Por Alberto Fernández y José María Sulleiro.*
- 56. **La radio es el mensaje.** *Por Peru Erroteta.*
- 64. **LA CULTURA.** El caballo ciego. *Por Fernando Savater.*
- 66. **La tierra de nadie de la postmodernidad.** *Por Javier Sádaba.*
- 68. **Translate, traduire, tradurre: Traducir.** *Por Julio Cortázar.*
- 70. **CINE.** *Por Vicente Molina Foix.*
- 71. **La nueva sensibilidad cinematográfica.** El director no es la estrella. *Por José Lozano.*
- 73. **TEATRO.** *Por Alberto Fernández Torres.*
- 74. **ARTE.** *Por Angel González.*
- 76. **Reiser, o le temps des roses.** *Por José María Vallés.*
- 77. **MUSICA CLASICA.** *Por Alvaro del Amo.*
- 78. **MUSICA. ROCK/JAZZ.** *Por Alvaro Feito.*
- 80. **Y nadie dijo nada.** *Por Juan Francia.*
- 82. **VIAJES.** *Por Ana Puértolas.*
- 82. **LIBROS.** *Por Mariano Navarro, Manuel Rodríguez Rivero, José Luis Pardo, Vicente Molina Foix y Javier Corcuera.*
- 88. **PROPUESTA DE LECTURA.** Informática y sociedad. Presente y futuro. *Por Jesús María Minguet Melián.*



Francia

La experiencia de izquierdas de Francia inicia el momento más difícil de su recorrido: Las elecciones legislativas de 1986 condicionan hoy la política del país vecino.

Pág. **34**

La Radio

La radio, uno de los medios de comunicación más influyentes de nuestro tiempo, se convierte a sí misma en noticia. Peru Erroteta analiza el fenómeno.

Pág. **56**



DIRECTOR:

Carlos Elordi.

REDACTOR JEFE:

Manuel Rodríguez Rivero.

REDACTORES:

Peru Eroseta

Fernando Rimbilas.

DISEÑO Y MAQUETA:

Tomás Adrián.

SECRETARIA DE REDACCION:

Isabel Beitia.

SECCIONES*Crónica cultural:* Fernando Savater.*Crónica de Economía:* Manuel Gala.*Crónica Política:* César Alonso de los Ríos.*Cultura:* Manuel Rodríguez Rivero.*Cine:* Vicente Molina Foix.*Teatro:* Alberto Fernández Torres.*Arte:* Angel González García.*Rock-Jazz:* Juan Francia y Alvaro Feito.*Música clásica:* Alvaro del Amo.*Viajes:* Ana Puertolas.**COLABORADORES:**

Ramón Acuña, Miguel Angel Aguilera,

Manano Aguirre, Félix de Azua, Celia

Amorós, Constantino Bertoio, Enrique

Bustamante, Marco Calamai, Pedro

Costa Morata, Alberto Elordi, Carmen

Gavira, Carlos Inart, Julieta Linares,

Josea Lozano, María Lozano Mantecón,

Juan José Millás, José Manuel

Morán, Gloria Otero, Isabel Romero,

Javier Sádaba, Pablo Sorozabal,

Serrano, Ignacio Sotelo, Manuel

Toharia, Manuel Tuñón de Lara, Fernando

Valenzuela, Manuel Vázquez

Montalbán, Lola Venegas.

FOTOGRAFIA:

Cover, Confoto, EFE, PULL.

ILUSTRADORES:

Gerardo Amechazurra, Fuencisla del

Amo, Carlos Barbieri, Ricardo Bus-

tos, Walter Canevaro, Tino Gatagán,

Shula Goldman, Eduardo Payró, LPO,

David Santa Isabel, Juan Savater,

Francisco Solís.

CONSEJO EDITORIAL:

Leopoldo Ansal, Jorge Fabra, Pedro

García Ramos, Francisco Gil, Javier

Gómez-Navarro, Juan Manuel Kinde-

lan, José Luis López Aranguren, An-

tonio Massieu, Miguel Muñoz, Emilio

Ortizveros, Crisanto Plaza, Manuel

Pórtela, Francisco Serrano, Eugenio

Triana, Rafael Vargas Escobar.

EDITA:

Ediciones para el Progreso, S.A.

(EDIPROSA)

Libertad, 37, 3.ª Eda. Madrid-4

Teléfonos: 231 20 01, 02.

GERENTE:

Pedro Corpas.

PUBLICIDAD:

Honorio Sánchez Mañas,

c/ Libertad, 37, Telef.: 231 20 04.

DISTRIBUYE:

MIDESA (Marco Ibérica, Distribución de Ediciones).

IMPRIME: GREFOL, S.A., Pol. II, La

Fuensanta - Móstoles (Madrid)

ISSN 02 12-2967

Depósito legal: M-24913-1982

Solicitado contraf. O.J.D.

Mayo/15

«He aprendido más dentro de la máquina administrativa que en cualquier otra parte», decía el presidente González en la improvisada rueda de prensa convocada en La Moncloa el día que se cumplía un año de gobierno socialista. Frente a quienes auguraban lo contrario, los miembros del PSOE sí que han sabido coger las riendas del poder. Ha sido esa capacidad, que no ha excluido errores, algunos graves, la que ha evitado que el cambio histórico de 1982 se haya producido sin deterioros sustanciales en el poder, en el país.

Ahora, de cara a los tres próximos años, a los que podría suceder una nueva legislatura socialista, cabe reflexionar sobre la necesidad de que el esfuerzo del gobierno se dirija también hacia otros aspectos y no únicamente hacia el control del aparato del Estado.

En el voto socialista de hace catorce meses se expresaba una voluntad de cambio. De cambio en la titularidad del gobierno, de cambio en los modos de gobernar. Pero también una demanda de atención a aspiraciones colectivas. Unas antiguas e insatisfechas, otras nuevas, producto de los profundos cambios que la sociedad está conociendo a través de las grandes modificaciones que la crisis está provocando.

Y la impresión que se percibe es que tanto en los ambientes del gobierno, como en general, en el político, se habla poco de esas aspiraciones. Algunas figuran en el programa socialista, otras deberían de surgir de un debate que no está produciendo. La gubernamentalización de la política es una tendencia peligrosa, porque puede llevar a que los sectores sociales que apoyan a ese gobierno se alejen del mismo, aún cuando no acudan a otra opción electoral. Los sondeos no detectan, hasta el momento, la generalización de ese fenómeno: de hecho existe una diferencia palpable entre el ambiente crítico que se respira entre las élites informadas y actuantes, de modos diversos, en política y la opinión pública en general, que acepta la gestión gubernamental. Pero no sería bueno dormirse en los laureles de ese éxito, y por el contrario habría que propiciar fórmulas para que esas élites participaran en el necesario debate a que antes nos referíamos. En éste y sus anteriores números MAYO ha hecho un esfuerzo en ese sentido. Y lo seguirá haciendo.

Algunos títulos de su FONDO EDITORIAL en existencia

INFORMACION GENERAL

Anuario Estadístico de España
Boletín de Estadística
Reseñas Estadísticas Provinciales
Catálogo descriptivo de publicaciones estadísticas
Catálogo de la biblioteca del INE
Clasificación nacional de actividades económicas
Clasificación nacional de bienes y servicios
Clasificación nacional de ocupaciones.

ESTADISTICAS Y ANALISIS DEMOGRAFICOS

Censo de la población de España
Censo de los edificios en España
Censo de la vivienda en España
Síntesis estadística de Galicia
Encuesta en la población activa
Movimiento natural de la población
Tablas de mortalidad de la población española
Panorámica demográfica
Características de la población española deducidas del padrón municipal de habitantes
Elecciones generales legislativas de 1.º de marzo de 1979
Proyección de la población española para el período 1978-1995
Medida del bienestar social
Censo de edificios de 1980
Población de derecho y hecho de los municipios españoles según el censo de 1981
Relación de municipios y códigos al 31 de diciembre de 1980
Relación de municipios desaparecidos desde principios de siglo

ESTADISTICAS SOCIALES

Encuesta permanente de consumo
Encuesta de equipamiento y nivel cultural de las familias
Encuesta sobre bienes de consumo duradero en las familias España, panorámica social
Encuesta de hábitos de lectura
Encuesta de vacaciones
Encuesta de fecundidad
La alimentación en Galicia

ESTADISTICAS JUDICIALES Y ADMINISTRATIVAS

Estadísticas de inversiones y gastos de las corporaciones locales
Estadísticas judiciales de España

ESTADISTICAS SANITARIAS

Censo de centros asistenciales
Estadística de establecimientos sanitarios con régimen de internado
Encuesta de morbilidad hospitalaria

ESTADISTICAS CULTURALES

Estadística de la enseñanza en España
Encuesta de financiación y gastos de la enseñanza no estatal
Estadística sobre actividades de investigación científica y desarrollo tecnológico
Estadística de entidades y establecimientos deportivos

ESTADISTICAS DE SALARIOS. INDICES DE PRECIOS DE CONSUMO

Salarios
Sistema de índices de precios de consumo

ESTADISTICAS AGRARIAS

Censo agrario de España

ESTADISTICAS INDUSTRIALES

Censo industrial de España
Estadística de las industrias derivadas de la pesca
Números índices de la producción industrial
Índice de precios industriales

ESTADISTICAS DE COMERCIO Y TRANSPORTE

Encuesta nacional sobre transporte de mercancías por carretera
Comercio exterior de España

ESTADISTICAS FINANCIERAS

Estadísticas de sociedades mercantiles
Emisiones de capital
Préstamos hipotecarios
Estadísticas de protesto de letras de cambio
Estadística de venta a plazos

ESTUDIOS Y ANALISIS ECONOMICOS

Boletín de coyuntura trimestral
Indicadores de coyuntura
La renta nacional y su distribución
Contabilidad nacional de España

ESTADISTICAS DE LOS SERVICIOS

Estadística de movimiento de viajeros en establecimientos turísticos
Estadísticas de turismo

TEORIA Y APLICACIONES ESTADISTICAS

Revista «Estadística española»
Vademecum de estadística
Muestreo de poblaciones finitas, aplicado al diseño de encuestas
Principios elementales de muestreo y estimación de proporciones
Estadística descriptiva
Diseño de la encuesta general de población
Historia de la estadística como ciencia en España
Métodos estadísticos de investigación
Problemas de la medición del bienestar y conceptos afines
Curso intensivo de muestreo en poblaciones finitas
Glosario de conjuntos borrosos en relación con la estadística
Historia del Instituto Nacional de Estadística
Consideraciones sobre inferencia
Modelos de respuesta aleatorizada
Jornadas de Estadística española
La Estadística en los Ministerios

EDICIONES FACSIMILES

Elementos de ciencia de la estadística. Por A.P.F. Sampaio
Censo español realizado en 1787 por el Conde de Florida Blanca
Censo de población de las provincias y partidos de la Corona de Castilla en el siglo XVI
Plan para formar la estadística de la provincia de Sevilla, por Alvaro Flórez Estrada

Venta en: Instituto Nacional de Estadística - P.º de la Castellana, 183.
Publicaciones: Estébanez Calderón, 2. Teléfono: 279 93 00. Madrid-16



Tebeo para el holocausto

Raymond Briggs publicó en 1982 una historia gráfica que ahora edita en España la colección Biblioteca Verde de la Editorial Debate, en versión de Rosa Montero. Briggs es un dibujante inglés, nacido en 1934, y cuyo libro ha conocido un fulgurante éxito, alcanzando en menos de un año doce ediciones y una gran acogida crítica.

El cómic narra en clave tragicómica las consecuencias de una explosión nuclear en un pueblecito cercano a Londres. El matrimonio de jubilados que protagoniza la historia comienza los preparativos para el holocausto casi como un entretenimiento. Pero casi siempre los miedos se materializan. Así, la historieta aprovecha la anécdota (!!!!) para difundir métodos de supervivencia, prevenir contra la inconsciencia suicida, y bosquejar un sombrío panorama sobre un futuro que —cuanto más conscientes seamos, mejor— ya está aquí.

Ya no se trata de discutir de geoestrategia, de tecnología nuclear ni de grandes principios ideológicos que justifican escaladas armamentistas. La cuestión es

—Edward Thompson dixit— protestar y sobrevivir, aunque a uno a menudo le entren sudores fríos al pensar que ni siquiera protestando lo conseguiremos.

Hoy mismo va a caer sobre nuestras cabezas una de esas otras cabezas de las que un solo misil tiene cinco. Ojalá no sobrevivamos, ojalá nos desintegremos en un instante definitivo. Briggs imagina la descomposición física subsiguiente a la catástrofe, pero el horror no se puede imaginar, tan sólo se padece. Su libro comienza en negro, y en negro termina; sus personajes aparecen risueños y sonrosados, pero mueren podridos, esperanzados aún en los detentadores de un poder que les ha llevado a la destrucción injustificada.

«Papá» y «mamá» no saben lo que ocurre en el exterior, si sus hijos y vecinos han sobrevivido, no saben «quién habrá ganado». Tal vez ya no sirva para nada, pero mientras lo comprueba, salga con sus hijos y vecinos a la calle a protestar para sobrevivir. Porque los que vamos a morir somos nosotros.

F.R.



Maurice Bishop y la cultura caribeña

Podría ser hasta un testamento. Las líneas generales de un proyecto inacabado, dramáticamente cortado por la invasión norteamericana. Maurice Bishop, primer ministro de Granada, había muerto antes de que los «marines» desembarcaran en la isla caribeña. Su muerte a manos de unos oscuros golpistas fue el principio del fin de ese experimento particular de socialismo. Hoy MAYO reproduce, a partir de un artículo más extenso publicado en las revistas «Casa de las Américas», extractos de la dimensión cultural de su proyecto. Para que conste.

La Revolución Granadiense es joven. Apenas tiene tres años y medio. Pero ya presenta un vivo ejemplo del impacto regenerador del proceso político sobre el desarrollo cultural.

El desarrollo cultural de nuestro pueblo desde el triunfo de la Revolución se debe a un proceso vital de cambio que sólo la revolución política puede poner en movimiento. Este proceso de cambio tiene dos aspectos que se complementan entre sí; se reúnen para producir una identidad cultural fuerte, revitalizada. La regeneración cultural de nuestro pueblo proviene de un proceso gemelo de mayor auto-expresión y mayor educación.

¿Dónde reside nuestra cultura, la cultura que podemos llamar propiamente nuestra? Reside entre las masas de nuestro pueblo, el pueblo cuyo modo de vida es una subcultura sumergida y no respetada —las masas del pueblo, cuyas normas y valores nunca han llegado a la legislación o al sistema educacional, cuyas voces son silenciadas por las palabras e imágenes autorizadas que dominan to-

dos los órganos de comunicación y discusión en la sociedad, desde el periódico hasta el Parlamento.

En la actualidad, en Granada, la cultura de las masas del pueblo, sumergida por largo tiempo, está emergiendo a la superficie de nuestra historia a través del desarrollo de estructuras que dan libre acceso a las voces de nuestro pueblo después de siglos de olvido.

Hoy en día, en Granada estamos creando órganos de democracia y desarrollando el derecho de expresión por *todo* el país, en cada rincón de Granada, Carriacou y Petite Martinique; no en St. George's solamente, no en un edificio aislado en la capital, no en un lujoso salón, no alrededor de una mesa pulida donde haya sitio para un solo puñado de hombres que decidan en nombre nuestro, sino por todas partes en nuestro país y para todo el mundo en nuestro país.

Nuestros medios de difusión masiva, igualmente, han sido infiltrados por voces que ellos nunca antes habían acogido. Nuestro pueblo está firmemente tomando

Nuestro pueblo está firmemente tomando el control de sus periódicos, su radio, su televisión. Nuestro pueblo jamás volverá a caer bajo el control de los medios de difusión masiva.

No nos disculpamos por interpretar la libertad de prensa en Granada Libre en el sentido de liberar a todo posible medio de comunicación del dominio completo de una minoría, que a su vez es manipulada por poderosos intereses extranjeros. No nos disculpamos por actuar prontamente, y

con el consentimiento de la mayoría de nuestro pueblo, para silenciar a los representantes locales de la prensa caribeña reaccionaria, esa jauría de perros fieles que durante toda esta semana han estado moviendo la cola y ladrando todos a una, por orden de su cuartel general. Editoriales idénticos, mentiras y distorsiones idénticas manufacturados en una fábrica, son enviados después a periódicos libres e independientes a través de miles de millas del Mar Caribe. Si ésa es la libertad e independencia de la prensa, entonces no queremos tener nada que ver con ellas en nuestra Granada libre e independiente.

Hoy nuestro pueblo tiene canales de expresión de los cuales no disponía antes, y por eso, inevitablemente, la cultura de nuestro pueblo emerge de su limbo milenario.

Pero al mismo tiempo que instituímos mecanismos para la manifestación de la cultura de nuestro pueblo, debemos cuidarnos de la noción de que la cultura es algo para guardar en una vitrina o preservar en una botella. Tal vez es del todo correcto usar la palabra «preservar» cuando hablamos de cultura. Nos referimos más bien a la *defensa* de nuestra cultura.

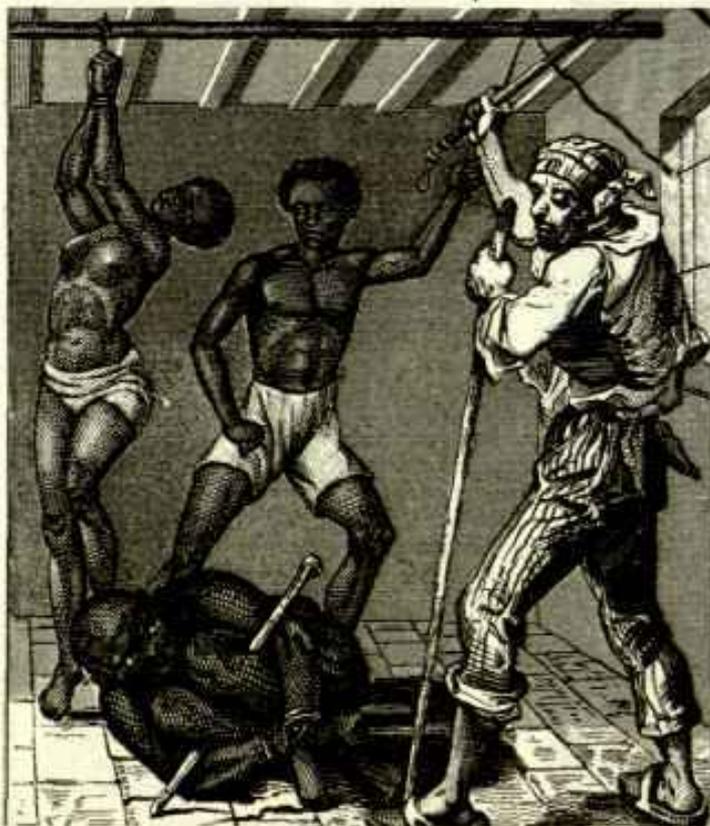
No podemos hablar de liberar nuestra cultura si todo lo que queremos es sacarla de una jaula para ponerla en otra. Nuestra cultura tiene que desarrollarse dentro de un fuerte marco de referencia, un fuerte punto de reunión para nuestro pueblo en el mundo de hoy, en el mundo de mañana.

Por una política casticista en Latinoamérica

El quinto centenario del Descubrimiento de América no es ninguna tontería. Ha hecho muy bien el Gobierno en nombrar una Comisión encargada de preparar la celebración de tan importante aniversario. Sin embargo, y como diría Caro Baroja, lo que nos preocupa a los españoles (o lo que nos debiera preocupar) es la «filosofía» de la Comisión.

Hace ya bastantes años que se han rechazado diversas «filosofías» sobre nuestras relaciones con América Latina. En primer lugar, la paternalista. En segundo lugar, la retórica. En tercer lugar, la retórica de la no retórica. Muy bien. Rechazadas estas tres «filosofías», hay que encontrar otra. Y la verdad es que no es fácil.

Porque, ¿qué decirles a los «descubiertos», al cabo de quinientos años? ¿Que somos profundamente occidentales y queremos entrar en el Mercado Común, caiga quien caiga, aunque sea la CEOE?



cargen

¿Que el humanismo cristiano — todo él: el de Reagan, el del Papa Wojtila, y acaso, en su día, el del propio don Adolfo Hitler — debe ser defendido a toda costa y tenemos que permanecer en la OTAN? ¿Que no podemos comerciar con ellos porque están en bancarrota y no pagan? ¿Que nuestra inflación no va a pasar del 12% este año, y la suya es delirante? ¿Que, en fin, por todo ello estamos muy contentos de lo que hicieron las tres carabelas y que se sigan dando por descubiertos? Duro cometido el de la Comisión. Sólo le quedan dos «filosofías» que sacar por la boca.

La primera —la cuarta— corresponde bien a la política del Gobierno. Puede sintetizarse así: Cristóbal Colón no des-

cubrió nada; América estaba ya descubierta por los vikingos, primero, y por los franceses y los holandeses, después. España, en 1492, era un país europeo y no gustaba de descubrir y asimilar, sino de expulsar gentes de su territorio (moriscos, judíos). La expedición de Colón fue un negocio personal de la señora Católica, con el que tuvo luego que lidiar la Corona de Castilla. Los descubridores fueron castellanos y extremeños, es decir, habitantes de dos regiones que están ahora despobladas. En fin, todo fue una casualidad y un malentendido. No hay nada que celebrar en Sevilla, aunque lo hay bastante en Chicago. El verdadero descubrimiento de América fue la formulación de la doctrina Monroe, primero, y la del «Destino manifiesto», después. Cuando se habla de América a secas, la expresión quiere decir Estados Unidos de América. No tenemos nada que ver en este asunto, no descubrimos nada y no podemos hacer nada para que la miseria, el hambre y la explotación desaparezcan de América Latina. Tenemos un tratado con los USA, somos miembros de la OTAN, dependemos de Europa. «Artículo único: Se suprime la Comisión de Festejos del Quinto Centenario del Descubrimiento de América».

La segunda filosofía —la quinta— puede resumirse así: desde la Columbia Británica hasta casi el Polo Sur (con la excepción del resto de Canadá, USA, las Guayanas y algunas Antillas), España y Portugal descubrieron América y aportaron al Nuevo Continente lo que pudieron. No lo hicieron ni mal, ni bien, ni regular. Hicieron, simplemente, lo que pudieron. En aquel entonces España y Portugal eran dos potencias mundiales. Quinientos años después, no lo son y necesitan ser descubiertas por Brasil, Méjico, Venezuela... etc. Los papeles se han invertido y las tres carabelas deben salir de Cartagena de Indias o de Salvador. Necesitamos del apoyo de América Latina y de toda la ayuda que pueda prestarnos: económica, comercial y, desde luego, cultural. Sin esa ayuda, nos hundiremos en la Europa de «la segunda velocidad», caeremos aún más bajo el dominio yanqui y nos meteremos en el conflicto militar de las superpotencias. Todo ello estúpidamente. Porque somos latinoamericanos y no hemos sido nunca europeos, ni, mucho menos, sajones.

El Quinto Centenario del Descubrimiento de América tendría que ser aprovechado por Latinoamérica, Portugal y España para declarar su independencia, rechazar el desarrollo económico a la norteamericana (cuyos resultados están más a la vista que nunca), luchar contra el hambre y la explotación de sus poblaciones y anunciar con toda claridad que, si hay un segundo Vietnam en América Central, se hará todo lo posible porque los resultados para los del Big Stick sean los mismos. En fin, lo que el ministro Morán llamaría una política casticista.



Coincidencias a medianoche

MAYO, en su afán de servicio, sigue perfeccionando su ya compleja red de información. Uno de nuestros investigadores, escarbando con denuedo en añosos archivos, ha tenido acceso a importantes documentos referidos a la vida académica del delfín de la derecha. El asunto puede constituir una especie de Watergate y, por prudencia estabilizadora, no podemos ofrecer todos sus pormenores. En diciembre de 1977, cuando según sus compañeros de estudio su ideología no era tan liberal, Jorge Verstrynge presentó — dirigida por don Manuel — su tesis doctoral sobre «los efectos de la guerra en la sociedad industrial». Y lo que son las parejas bien avenidas: poco tiempo más tarde su señora, María Vidaurreta, leía su propia tesis «La guerra y la condición femenina en la sociedad industrial», dirigida por don Juan Díez Nicolás. Se supone que el orgulloso y rubio marido le dejó consultar su fichero. Son increíbles estos polemólogos.

CARMEN HECES DE BATALLA

Cultura en Madrid

Casi al comienzo de su andadura, la Consejería de Cultura de la Comunidad Autónoma de Madrid ha tomado la iniciativa, inédita por estos pagos, de establecer un diálogo con diferentes colectivos profesionales de la cultura, para definir programas de actuación cultural.

Para ello, y bajo el lema «Pensar en Madrid» ha organizado siete seminarios (música clásica, música popular, teatro, cine, ciudad y urbanismo y literatura) que se celebrarán entre el 26 de noviembre y el 17 de diciembre en diferentes localidades madrileñas y a cargo de destacados ponentes. Posteriormente, hacia finales de enero, tendrá lugar en Madrid una semana intersectorial en la que se expondrán los resultados de los seminarios.

Entre el amplio abanico de temas que se están abordando en los encuentros figuran cuestiones como la política de subvenciones, el diseño de actividades para las Casas Municipales de Cultura y de otras redes culturales, la creación de mecanismos de concertación con editoriales, teatros, orquestas y grupos musicales, etc. Todo ello, en la idea de establecer un espacio cultural con personalidad propia y no subsidiario de otras administraciones.

Andalucía, Andalucía

El consejero de Economía y Planificación de la Junta de Andalucía, Julio Rodríguez López, nos envía unas líneas en las que puntualiza unas declaraciones suyas hechas a MAYO.

En la página 14 del n.º 14 de esta revista, MAYO, y dentro del artículo «¿Reforma o Revolución?» se ha recogido una declaración parcial mía en la que el sentido expresado es opuesto al que pretendí comunicar al redactor que tomó la declaración.

En el texto aludido se dice: «sólo en el Valle del Guadalquivir ha tenido (la marcha) una respuesta suficiente, porque en las poblaciones intermedias, que son las más numerosas en Andalucía, estos problemas agrarios interesan menos».

Lo que en realidad intenté decir, quizás con escasa fortuna, es que la citada marcha y las movilizaciones agrarias tienen éxito en poblaciones y zonas andaluzas que están en regresión poblacional, según los censos y padrones de población demuestran de forma cada vez más patente. De hecho, la población andaluza se concentra a ritmo creciente en las áreas metropolitanas y en las costas, por lo que las zonas de Andalucía que responden más a los esquemas tradicionales (jornaleros sin tierra, latifundios) son

territorios en regresión, por lo que el peso relativo del problema agrario, en su concepción «clásica» es menos intenso a nivel global andaluz que lo que podría derivarse del análisis de la mayoría de las crónicas que desde Andalucía se envían a los medios de comunicación de alcance nacional, aunque tales problemas no dejen de tener una fuerte trascendencia a nivel local. Las formas de reparto de la propiedad agrícola cambian sustancialmente de una a otra provincia, como lo indica el hecho de que la citada marcha ni pasase por la provincia de Almería, donde los problemas agrarios, como también sucede en amplias zonas de Granada, Málaga y hasta en Huelva, presentan unas características por completo diferentes (comercialización, excesiva parcelación de la propiedad, ausencia de industrias de transformación), a las que predominan en lo que podría considerarse como la Andalucía «profunda», centrada básicamente en torno a Sevilla y el Valle del Guadalquivir.

JULIO RODRIGUEZ LÓPEZ

¿Vivan las caenas?

Si alguien se molestara en pedirme, de vez en cuando, mi opinión, se llevaría alguna que otra sorpresa. Por ejemplo: opinó que deberían darle a Danuta Walesa (¡mi ídolo!) un premio Nóbel como la copa de un pino. Pero no el de la paz, claro, que ése ya lo tiene adjudicado el semental de su esposo, que rezó mucho en el reclinador del comedor para que se lo concedieran. A Danuta hay que darle un premio a las cosas claras y el chocolate espeso.

También estoy entusiasmada con la beatificación de Grace Kelly que tan oportunamente anunciaba esta revista hace un par de meses. Sí señor. Apoyo fervientemente cualquier iniciativa encaminada a recompensar a las mujeres de una pieza, a las guardianas de la cosa y a las que defienden como tigresas bengalíes lo que les enseñó su santa madre en el momento mismo en que se convirtieron en una promesa menstruante de orden y concierto.

Y es que una está ya muy pasada. Ayer mismo me llamó Esperanza hecha un manojo de nervios. «Que lo he dejado con Paco, que ya no podía más, que es como

todos, que a mí nadie me torea y que estoy harta de andar como un dominguillo a ver si me saca o no». La verdad es que no entendía nada, pero como la vi en un estado tan calamitoso le dije que la sacaba yo a tomar algo con hielo. Nos fuimos a un sitio con mucho ruido y me tuvo que contar toda la movida a gritos.

La cosa, por lo que pude entender, era como sigue: Esperanza, tan progre, tan libertaria ella, lleva media vida colgadisima de un tal Paco. El chico no está nada mal y, por lo que cuenta ella, tiene un talento apreciable para no aburrirse nunca en la cama. Así que yo los hacía la mar de felices. Esperanza había dejado bien claro que de novios, nada, que cada uno en su casa y Dios en la de todos y, además, que como la pareja cerrada y estable es un atraso desde cualquier punto de vista, que cada uno tenía que buscarse la vida para seguir encontrando gente estupenda y elegir siempre libremente con quién se va a ir uno a la sierra el próximo fin de semana. Dice que así no hay tanta dependencia y que es la única manera decente

UAB

de seguir siendo libre. Bueno, pues muy bien, parece que las cosas así tendrían que funcionar de maravilla y que la era de las familias victorianas se había acabado para siempre. Las chicas tenemos que estar encantadas porque tenemos independencia económica y libertad de elección



y, además, somos tan autosuficientes como ellos. Hay que reconocer que la idea es buenísima.

Desde luego no se puede negar que la pobre Esperanza le ha echado más entusiasmo a la cosa que un opositor a judicatura. Ella erre que erre, comiéndose el tarro y dejando bien alto el pabellón de las chicas de hoy. Hasta que, claro, llega un momento en que una ya no puede más y acaba echando en falta las cosas más inopinadas. Cuando me contó el asunto de que había cogido la gripe y se había visto sin nadie que le llevara a la cama el zumo y las aspirinas se me puso hecha un mar de lágrimas. Yo inmediatamente llamé al camarero y le encargué otro de lo mismo. A Esperanza le duró el berrinche todavía un ratito y luego se le pasó.

Tiene más razón que un santo, la pobre. Es que hay que ver cómo se toman al pie de la letra lo de que cada uno por su cuenta, sin pararse a mirar cómo está una. ¡Como si pudiéramos estar siempre con más aplomo que un cabo de gastadores viendo al otro pasárselo divinemente! Es que da la puñetera casualidad de que hasta las que tenemos pinta de pendón somos más fieles y más tontas que nuestras abuelas.

Y, para colmo, me contaba Esperanza, cuando su Paco le vino un día todo compungido diciéndole que estaba hecho un lío, que creía que se había enamorado de una tal Lola, y ella, mi Espe, comprendiéndolo todo y tirando de consecuencia con la movida montada, venga a animarle y a decirle que no se preocupara, que se sintiera libre para hacer lo que quisiera... ¡Madre, la que le armó el Paco! «Aquí lo que pasa es que yo te importo un pimiento y me quieres dar cuerda para justificar tus ligues...» Consiguí que Esperanza se sintiera culpable de todo, de lo que le pasaba a Paco, del mal rollo que tenía ella y hasta de lo desgraciadas que son las mujeres turcas. ¡Con los esfuerzos que tenía hechos para llevarse a partir un piñón con las novias de su Paco, que le llegaban a caer simpáticas y todo...! Al fin y al cabo, incluso sentía su pizca de orgullo de ser la «oficial» de un chico de tanto éxito.

Todo esto fue ayer. Pues bien, hoy me ha llamado el tal Paco con una depresión como un piano diciendo que no entiende nada y que a ver si yo, que soy amiga de Esperanza, le explico algo. He quedado con él porque me ha pillado con la guardia baja pero ya tengo claro lo que le voy a decir: que se haga a la idea de que está hablando con Danuta Walesa y que yo, como decían las monjas, soy buena, lo parezco y opino que lo que uno tiene que hacer es liarse a tener hijos y no parar hasta la docena, comprarse una parcela a plazos, pasarse los domingos viendo el partido y tratar de usted a todo el mundo. Si consigue superar el *shock* es que es lo suficientemente listo como para aclararse él solito.

ESCALERA DE SERVICIO



Ilustración: Ricardo Buston

El enfermo americano

Parece ser que un médico norteamericano llamado Barry Jacobs va a montar un negocio de riñones, una especie de casquería en la que en lugar de vender criadillas de toro o sesos de cordero se pondrán a la disposición del público vísceras humanas, en especial riñones. La idea del doctor consiste en comprar en Europa y en el tercer mundo para vender en su país. El medio en el que hemos recogido la noticia no especificaba qué tipo de demanda se pretende cubrir con esta vasta operación económica, por lo que en un primer momento podríamos pensar que estos riñones iban dirigidos al consumo humano. La idea está apoyada por el creciente refinamiento gastronómico que están alcanzando los millonarios de todos los países ricos.

Tras un ligero movimiento reflexivo, parece más lógico pensar, sin embargo, que estas entrañas productoras de pis se utilizarán básicamente para trasplantes en enfermos con fuertes recursos económicos y sometidos a diferentes programas de diálisis. Y ello porque el precio final de un riñón, una vez cubierta la parte del donante europeo o tercermundista, la comisión del doctor americano, la conservación y el transporte, podría alcanzar una cifra superior a los tres millones de pesetas. Como es sabido, un par de riñones se quedan en nada una vez cocina-

dos; no parece probable, pues, que ningún millonario — aun siendo americano — esté dispuesto a pagar seis millones por un plato que puede ser muy exquisito, pero que ni siquiera le va a quitar el hambre.

Por lo tanto, tranquilos, que esta operación sólo persigue fines humanitarios. Y convendremos en que estos fines se cumplen con creces si examinamos, fuera de todo convencionalismo, los beneficios que este negocio puede llegar a producir a cada uno de los componentes de esta cadena nefrítica. Veámoslo brevemente:

A) El donante: Imaginemos que se trata de un parado que vive en el sur de España y que tiene cinco hijos. El simple hecho de vender uno de sus riñones, que seguramente tampoco utiliza demasiado, puede producirle unos beneficios económicos en torno al millón y medio o los dos millones de pesetas. A ello hay que añadir la gratificación interna que le proporcionará la seguridad de que un ser humano de la remota Norteamérica va a salvar su vida gracias a este intercambio.

B) El intermediario o asentador: Ganará mucho dinero, sin duda, pero generará también riqueza y puestos de trabajo, ya que en cada país tercermundista será preciso crear oficinas de compra, cámaras de conservación y, en fin, toda la complicada infraestructura necesaria a estos fines.

C) El enfermo americano: Será indudablemente el más beneficiado, ya que gracias a este nuevo negocio podrá verse libre de las largas colas que esta clase de enfermos ha de hacer frente a los bancos gratuitos de riñones actualmente existentes.

A este esquemático análisis aún sería preciso añadir los innumerables beneficios de orden moral de este intercambio por cuanto con él se contribuiría a estrechar los tradicionales lazos de amistad de todo el mundo libre con el pueblo americano. Todo ello repercutiría favorablemente en las relaciones internacionales y, en el caso español, suavizaría algunas asperezas de nuestra política exterior. Imaginemos la feliz coincidencia de que en los próximos años llegara a la Casa Blanca un presidente natural de Oklahoma, pero que sin embargo llevara en sus entrañas un riñón almeriense. Ah...

Se desprende de las palabras anteriores que apoyamos personalmente esta iniciativa. Creemos, no obstante, que sería preciso crear alrededor de ella una normativa jurídica que se adelante a los problemas que la venta masiva de estos órganos podría llegar a ocasionar. Así, por ejemplo, tendrán que modificarse aquellas leyes relativas a la automutilación para evitar el agravio comparativo en que se podría caer fácilmente. En efecto, no es razonable que se juzgue y se condene a un obrero que se ha dado intencionalmente un martillazo en un dedo para conseguir quince días de baja, al mismo tiempo que se prima la actitud de quien decide desprenderse de un riñón propio por dinero.

Pero hay otro aspecto de singular importancia, en el que además los españoles tenemos alguna experiencia, y que sería preciso estudiar antes de que la realidad nos supere: el de la denominación de origen. Ya nos han engañado en más de una ocasión con el Jerez, el Sherry y todo eso, y no vamos a permitir ahora que lo hagan también con los riñones. Si los americanos quieren nuestros riñones, que los paguen. Y no vale lo mismo un riñón español que un riñón congolés, por poner un ejemplo. Por eso es necesario, en este caso aún más que en el de los vinos, una cobertura legal que ampare y potencie la denominación de origen de cada uno de nuestros riñones en venta. Para ello, el Ministerio de Sanidad debería crear ya mismo, ahora, una comisión que estudiara los rasgos nefríticos más sobresalientes de nuestra variada y rica geografía. Y que cuando un consumidor americano desee comprar un riñón cordobés, asturiano o manchego, esa compra venga avalada por la denominación correspondiente de origen para evitar la tentación de fraude que podría llegar a producir en algunos sujetos el hecho de que empecemos (ya era hora) a exportar nuestros magníficos riñones. En fin.

La fiesta se aleja

CESAR ALONSO DE LOS RIOS

La «aldea global» es, además, destruible. Era lógico que si los medios de comunicación podían reducir la tierra a un villorrio, éste no escapara a la capacidad de destrucción. Pero mientras el primer hecho podía producir optimismo, el segundo conduce, si no a la angustia, desde luego a un aplanchamiento, a un cierto estado de postración, a una pérdida colectiva de ilusiones.

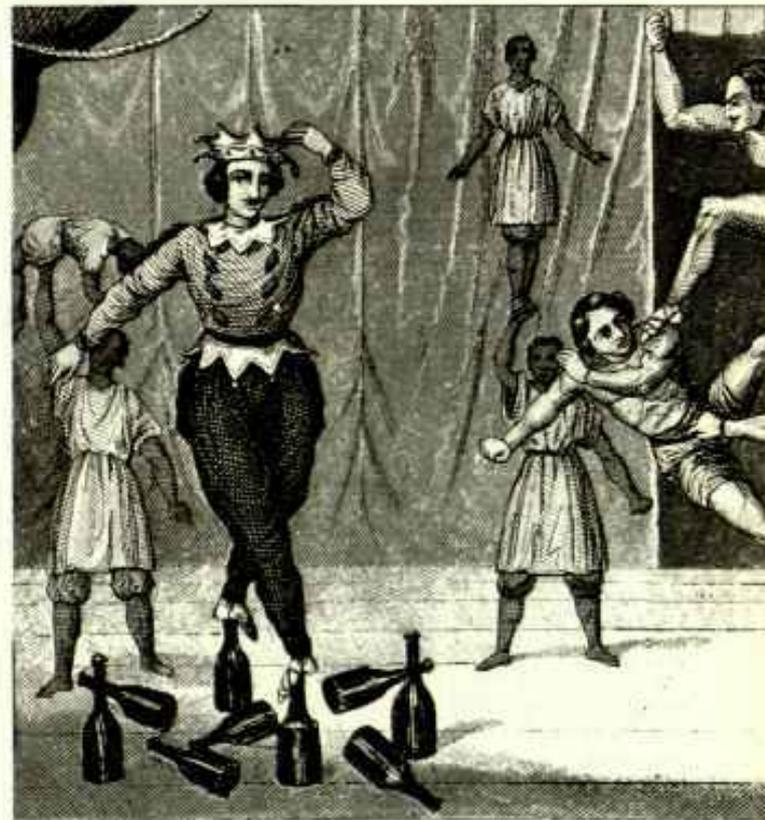
El desarrollo de los mass media ha llevado a una división entre apocalípticos e integrados, según Eco. Quedaba una vía tercera: la de quienes reconocen el valor de la abundancia informativa al tiempo que denuncian la manipulación de la información a través de unos aparatos industriales, a través de la industria informativa. Únicamente nuestra capacidad para introducir valores críticos y morales en la información puede convertir el avance tecnológico en un hecho históricamente progresivo.

Pero, ¿cómo impedir la vulnerabilidad de la tierra, cómo conjurar el peligro de su destrucción?

Hasta ahora la confianza que se depositaba en los políticos a través del voto se limitaba al cumplimiento de un programa y también se les dejaba la capacidad para hacer o no la guerra. Sin embargo, se trataba de guerras parciales. Ahora los políticos tienen en sus manos, gracias a la confianza que les otorga el ciudadano, la posibilidad de destruir la tierra. Por esta razón han comenzado a surgir nuevas formas de participación política, no convencionales, movimientos sociales y manifestaciones sistemáticas de los propios electores para presionar sobre los políticos, para llevarles al buen juicio.

Hasta ahora se aceptaba razonablemente que la participación política fuera limitada. Se pasaba porque los gobernantes, una vez asumido el mandato, despreciaban en la práctica la respuesta del electorado. Desde luego esta limitación en la participación política ponía en tela de juicio el sistema democrático, llevaba al desinterés o a la abstención. El ciudadano, cogido en la pinza que forman el gobernante, por un lado, y, por otro, la información omnipresente y manipuladora, tenía ya muy poco que ver con el ideal de nuestra civilización participativa e igualitaria. Pero, en todo caso, si los políticos podían defraudar, cabía siempre el castigo del voto. Lo que estaba a prueba era su capacidad para cumplir o no un programa. Ahora,

el ciudadano comienza a advertir que ha puesto en manos del político la decisión de la guerra. De la guerra total. De ahí, el desasosiego creciente, la creciente desconfianza.



Nuestro país es un barrio de esta aldea global, no es el centro, no está en la plaza, tampoco es despreciable. Así, no se vive como psicosis el hecho de la guerra nuclear. Cuando se habla de Europa como teatro de operaciones hay un sentimiento de estar fuera. Más aún, a muchos les gustaría estar solidariamente con Europa incluso para esa eventualidad. Ocurre que no se lo terminan de creer. Piensan que el occidentalismo hay que asumirlo hasta ese extremo, hasta el extremo del atlantismo. Se parte

de un hecho ideológico: no participar en la suerte de Europa equivale a hacerle el juego al otro, a Andropov. Por tanto, corramos la suerte de Reagan, que es, en definitiva, «lo nuestro», para bien o para mal. En todo caso, se dice, si llega el holocausto ¿acaso podemos salvarnos? Hay pues, una vocación para formar parte del teatro de operaciones.

Afortunadamente quienes piensan así son los menos. Las encuestas indican que la mayoría de españoles prefieren que España esté fuera de la OTAN. Consideran la entrada en la OTAN como un paso hacia la participación en la guerra.

Es posible que la información que tengan éstos sobre la carrera armamentista, la correlación de fuerzas entre las dos grandes potencias, sobre la horrorosa lógica de la disuasión, sea muy escasa. En todo caso su negativa a la OTAN equivale a un rechazo de cualquier compromiso que pueda implicar la guerra.

Pero no era mi propósito entrar en un debate sobre la OTAN. Tan sólo introducir un elemento que pesa hoy sobre el ciudadano, al año de haber llegado los socialistas al poder. Un elemento que proporciona intranquilidad especialmente por la indefinición del gobierno en este punto y que viene a añadirse a otros que dan por resultado un estado de ánimo colectivo que me gustaría definir.



De un año a esta parte se han rebajado las ilusiones. En cierto modo era de esperar. Ahora bien, una cosa sería confiar en que se iba a vivir día a día la tensión del cambio y otra cosa abandonarse al escepticismo o echarse en las manos, de forma pasiva, de los gobernantes.

Se me dirá, ¿y qué culpa tienen los gobernantes de este descenso de ilusiones o de la aparición de síntomas de escepticismo?

Se ha instalado en el ciudadano la idea de que se trata

de supervivir. Se trata de bordear el peligro de la quiebra, ya sea la económica o ya sea la del involucionismo. La utopía ha quedado rebajada a la idea de «consolidación» a costa de compromisos económicos, militares, ideológicos, nacionalistas, sobre los cuales el ciudadano no tenía una conciencia clara y, me temo, sigue sin tenerla. No entro ya en la bondad o maldad de estos compromisos, ni en su oportunidad. Tan sólo digo que los ciudadanos no estaban advertidos suficientemente sobre ellos. De ahí puede surgir el estado de ánimo al que me he referido.

Se diría que los gobernantes están exigiendo al electorado —mayoritariamente de izquierdas— una aceptación, una sumisión que puede llegar a extremos de obediencia igniciana. Un electorado de izquierdas tiene unas exigencias propias. Desconocerlo sería brutal. Si para atender a los intereses de ese electorado es necesario —supongamos— pasar por la negación de esos intereses a corto plazo, es obvio que la tarea de explicación debe ser ingente. No basta con exhibir la confianza de los votos. De seguir así podríamos llegar a la situación de un gobierno que no acaba de ser comprendido por su electorado. Las recriminaciones podrían ser mutuas: no nos entendemos por vuestra falta de información, por vuestro ingenuismo izquierdista, por vuestro sentido utópico o idealista. Y por parte del electorado podría decirse: habéis traicionado nuestra confianza.

En todo caso al ciudadano hay que aclararle en qué sentido va la apuesta. No resisto a citar a Lefebvre: «En verdad, hay actualmente dos formas o tipos de utopías. Cuando uno imagina una ciudad cibernética, construida sobre los sentidos de la circulación, tenemos una utopía de derechas, una locura reaccionaria. Cuando uno imagina un salto inmediato de la vida cotidiana hacia la fiesta, es un mito de la revolución, una utopía de izquierdas. Su sentido no es el mismo».

Nada parece indicar que apuntemos hacia la fiesta pero no ya porque esté de por medio la crisis económica, a la que en nuestro país se suman dificultades suplementaris, el franquismo residual, el terrorismo, la carencia de instituciones sociales... sino porque las propuestas quedan rebajadas a un realismo tal que nos resulta imposible definir si caminamos hacia una ciudad cibernética o tendemos hacia la fiesta. Los principios cuentan: son muy importantes los objetivos, especialmente cuando la práctica niega, al menos a corto y medio plazo, los intereses del electorado que ha dado su confianza al gobierno.

Entre Reagan y Andropov debe haber una tercera vía. Debe existir otra salida frente al terrorismo que no sea la exaltación nacionalista. El control social no puede allanar ningún derecho humano. La política económica no puede significar una marginación de los sindicatos. La participación política no puede quedar reducida a una entrega absoluta de la confianza cada cuatro años. No digo que las cosas estén discurriendo así. Pienso que se está instalando un sentimiento generalizado de supervivencia, de rebajamiento de ilusiones, de aceptación fatalista del hecho político. Y se generaliza la incomprensión ante determinadas medidas políticas, cuando no la irritación como en el caso de la salvaje represión de la manifestación pacifista de Bilbao.

Se trata de gestos, de actitudes que permiten pensar que el sentido de nuestra vida colectiva no se orienta tanto a la fiesta como al control sofisticado o descarnado sobre el cual se cierne, además, la amenaza de la guerra. El hecho de que nuestra global aldea sea, además, destructible.

Cómo cambiar



Ni los propios militares cuestionan ya la necesidad de la reforma. Otra cuestión es que, anquilosados tras décadas de inmovilismo corporativo, se resistan instintivamente a una transformación que variará modos y estructuras en muy corto plazo.

Y, sin embargo, el «cómo» de la reforma sigue presentándose como uno de los más grandes retos a que debe hacer frente el gobierno socialista. Este es un país en el que gran parte de los ciudadanos siguen observando a sus fuerzas armadas más como una institución ajena, que como garantes del orden constitucional; un país que aún ayer observaba incrédulo bochornos casi inconcebibles, y donde a diario altos personajes militares mantienen posiciones no sólo inaceptables, sino cercanas a la ilegalidad; un país en el que —herencia innegable de la dictadura— ciertos elementos añoran los argumentos (?) de la sin razón y la fuerza bruta.

La reforma deberá cumplir varios objetivos. De un lado, acabar de una vez por todas con la imagen de unas fuerzas armadas primordialmente dedicadas a labores de tutela ciudadana. Ni su misión es la de salvaguardar a la sociedad civil de sus propios fantasmas familiares, ni eso puede ser consentido en un estado de derecho en que las funciones de los poderes están estrictamente regladas en la constitución y las leyes. Para conseguirlo, el equipo del ministro de Defensa tiene en cartera varios proyectos, entre ellos el de reforma de la enseñanza militar, verdadera piedra de toque, último escalón de un proceso que deberá situar a los ejércitos en niveles de formación que no ofendan la voluntad popular mayoritaria. Jesús M. Paricio esboza unas consideraciones al respecto en el artículo que firma a continuación.

Pero este es un objetivo a largo plazo. El más inmediato acaba de ser abordado por el proyecto de ley que el equipo Serra ha enviado a las Cortes, y en el que se reforma el organigrama decisio-

el Ejército

Fotos: COVER



gente para adecuarlo a una estructura constitucional que no admite más poder que el civil, el que «emana del pueblo». Se trata, sin duda, de un primer paso que debe conducirnos a la desaparición del fantasma de la «autonomía militar», que Miguel Ángel Aguilar define en su artículo como «último reducto del golpismo».

Pero son los partidarios de dicha autonomía los que han comenzado a criticar un proyecto mesurado y razonable poniendo como excusa el supuesto ostracismo a que se condena al Rey, cuya categorización constitucional de «mando supremo de la FF.AA.» llega a ponerse en duda —afirman— en el proyecto. Estas consideraciones quedan suficientemente demostradas en el artículo de Jaime Miralles.

Por fin, la reforma deberá atender a la modernización de los ejércitos, lo que supone un coste económico inmeso. En efecto, a la necesaria redistribución

territorial, de asentamientos, de personal... hay que sumar la imprescindible renovación armamentística y tecnológica que se precisa si se desea conseguir unos ejércitos competitivos y operativos en un espectro internacional en el que cada día se avanza más.

Pero esta reforma hay que llevarla a cabo con los militares, pero para el pueblo. Por tanto, los problemas paralelos (objeción de conciencia, servicio militar, gastos presupuestarios precisos, justicia, etc.) deben abordarse con igual celeridad que los estrictamente internos. Y habrá que contar con la respuesta de una sociedad que será la que, al fin ya a la postre, soporte los costes de una reforma que puede quedar muy lejana ante el paro o la miseria.

De ahí el reto. Nosotros lo hemos resumido en el «cómo». Gran parte de nuestro futuro inmediato depende de conseguir un ejército que no esté al margen de la sociedad civil, sino que la respalde en sus aspiraciones de bienestar y libertad.

IBB
Biblioteca de Comunicación
I Hemeroteca General
CEDOC

Cómo cambiar el Ejército

Entrevista
con Julio
Busquets



«Empieza la modernización»

FERNANDO RIMBLAS

¿A qué se debe la tramitación por el procedimiento de urgencia de una ley que no se había puesto en marcha durante un año de gobierno socialista?

—El ministro Serra ha contestado ya varias veces a esta pregunta. De los cuatro miembros de la JUJEM, dos se retiraron en enero: Lacalle Leloup y el JEM del Ejército del Aire, gral. García Conde. Puesto que el 50 por 100 de sus miembros se retira en esta fecha, lo lógico es reajustar el organismo aprovechando este retiro para llevar a cabo los nombramientos con la nueva ley ya aprobada. Esto justifica el procedimiento de urgencia. El proceso de elevación de una ley normal, desde que llega a las Cortes hasta que sale publicada en el BOE, dura unos ocho meses, que es demasiado tiempo. Con el procedimiento de urgencia se ahorra tiempo, y se conseguirá que en enero o febrero, como máximo, se pueda tener la ley aprobada y hacer los nuevos nombramientos.

—¿En qué varía el organigrama del Ministerio de Defensa una vez aprobada la ley de reforma militar? ¿Cómo

queda configurada la JUJEM y los demás organismos militares?

—La variación fundamental con respecto a la situación anterior es la creación de la figura del Jefe de Estado Mayor del Ministerio de Defensa, que sustituye al PRE-JUJEM. Antes, en algún aspecto, éste era una figura paralela al Ministro de Defensa. Ahora, por el contrario, el JEMAD es clara y rotundamente un Jefe de Estado Mayor, o sea, una persona subordinada al Ministro de Defensa. Las causas de estas dos concepciones, la antigua y la nueva, están en las vicisitudes históricas por las que ha pasado la organización de la cúpula militar en España. En 1976 se avecina la reforma política y es inminente la implantación de los partidos políticos; se ve claramente que a la larga habrá un ministro civil, y en el ejército —de Franco, en aquel momento— hay un fuerte recelo hacia los partidos políticos y una enorme preocupación. Entonces, para soslayar el problema, se inventa la teoría y el organigrama vigentes, a base de separar la cadena de mando militar de la cadena de mando político-administrativa, dando a ésta el 2 por 100 de las competencias, y el 98 por 100 restante a la cadena de mando militar, que es la formada por los Jefes de Estado Mayor,

que son, en realidad, los antiguos minitros de los tres ejércitos. Eso responde a una situación de recelo (de 1976), cuando había un gran desconocimiento de lo que eran los partidos políticos y cuando, además, los partidos políticos no eran lo que son ahora. Del 76 al 83 las cosas han cambiado, los partidos han serenado sus radicalismos y el Ejército ha serenado también sus actitudes antipartidistas y sus prejuicios han desaparecido en gran medida. Ahora es posible un organigrama más racional, más lógico, más coherente y eficaz, más acorde con las necesidades de la defensa nacional. Y, por tanto, lo lógico es que el Jefe de Estado Mayor de la Defensa dependa del ministro.

La segunda variación importante es que el Jefe de Estado Mayor de la Defensa tiene una atribuciones definidas, y coordina eficazmente a los tres Jefes de Estado Mayor. Por último, la ley define con más precisión las funciones y potestades del Presidente del Gobierno y del Ministro de Defensa, que en la anterior ley (febrero del 77) quedaban muy difusas. La reacción de «El Alcázar» y de los medios integristas en contra de la ley es suficientemente significativa como para hacernos ver que esta ley es positiva para el asentamiento de la Constitución y la democracia.

—Entonces, ¿el fantasma de la autonomía militar desaparece con el nuevo organigrama configurado por la ley?

—No, el fantasma de la autonomía militar no desaparece con ningún organigrama porque la autonomía militar es una teoría, una idea, y las ideas no desaparecen con los organigramas. Supongo que Cabeza Calahorra, que es el ideólogo de esta teoría, seguirá defendiéndola. Lo que ocurre es que con este nuevo organigrama la mal llamada autonomía militar se hace mucho más difícil.

—¿Cómo se ven desde el PSOE las últimas declaraciones de Verstryngge acerca de la imposibilidad de que un civil dirija a los militares, etc.?

—Esas declaraciones tienen una doble vertiente. Evidentemente, un civil no puede mandar un regimiento, sería un disparate. Pero aquí no se pretende que un civil mande unidades operativas, sino que ordene y decida la política militar. Hace pocas semanas hubo una violenta discusión en el Congreso, al tratarse del presupuesto del Ministerio de Justicia, entre Ruiz Gallardón, de AP, y el ministro Ledesma, porque el diputado aliancista pretendía que se suprimiese el Ministerio de Justicia, y que el Poder Judicial tuviese total autonomía. ¡Qué casualidad! Autonomía del poder militar, del poder judicial, autonomía de los

Historia del Ejército General
CEDOC

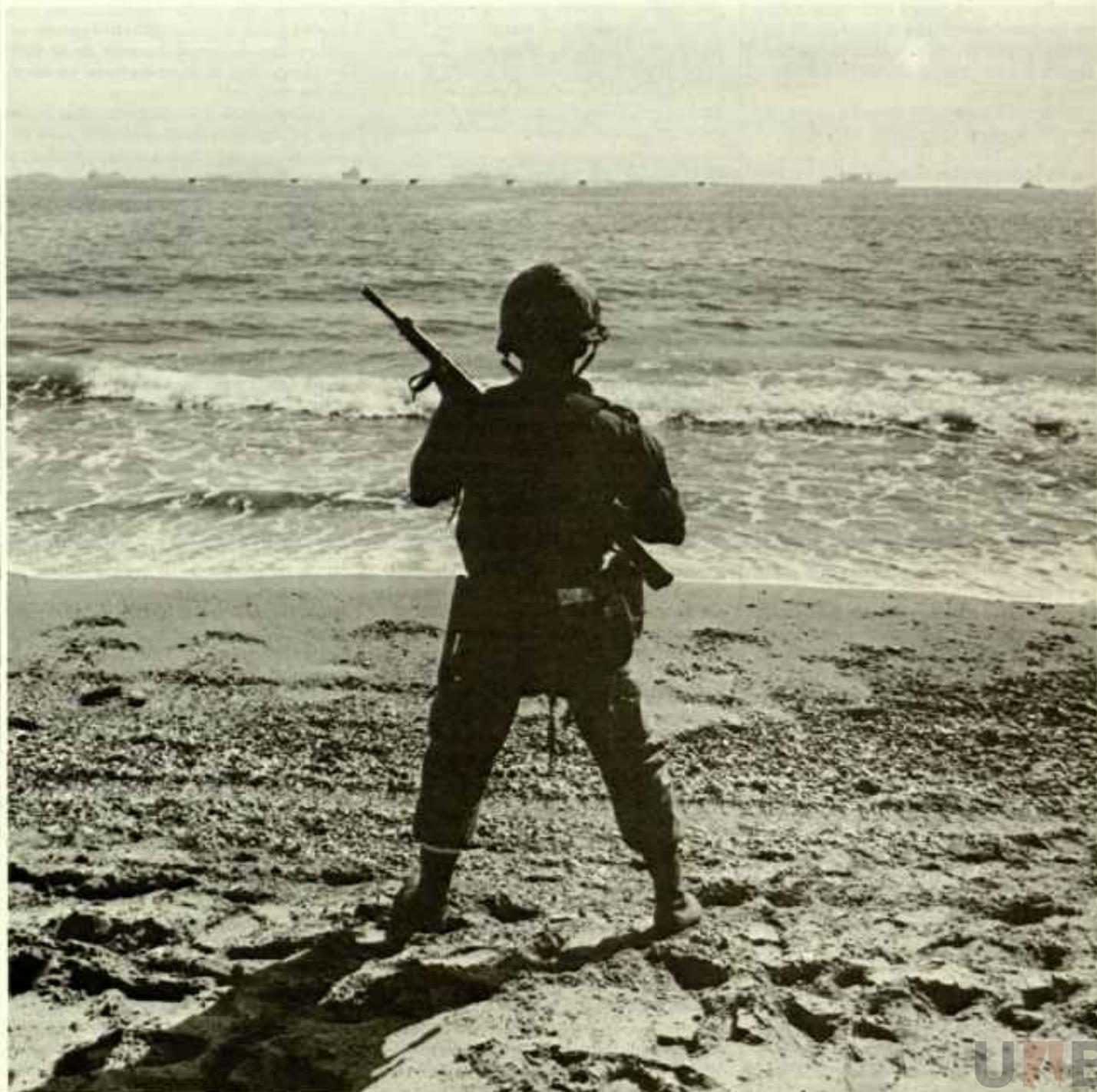
enseñantes, autonomía de todos los sectores. Esto se pide porque en las cúpulas de las corporaciones se han situado durante cuarenta años personas que, a veces, no son proclives a la democracia y, otras veces, personas tolerantes con ella, pero muy conservadoras. En consecuencia, a AP le interesa que estas personas mantengan un poder, a través del poder militar autónomo, del poder judicial autónomo, o

del escolar. Porque el problema de la autonomía de los diversos poderes es el mismo.

Un ministro de Justicia, evidentemente, no puede ejercer de juez, del mismo modo que el ministro de Defensa no puede mandar una división, pero en todo país hay una política judicial, una política de sanidad, una política de defensa. Y estas políticas son políticas de gobierno, de partido, y han de plasmarse en realizaciones

concretas bajo la dirección del ministro respectivo. Y el ministro para poder hacerlo tiene que tener poder, mando, autoridad, o como se le quiera llamar, debe tener poder de decisión y ejecución, y esto es lo que la ley conlleva. No hay otro modo de hacer las cosas.

— El español es un ejército poco centralizado, masivo, acuartelado cerca de las grandes ciudades, con funcio-



Cómo cambiar el Ejército

nes de control social más que de previsión frente a posibles agresiones exteriores. La reforma militar debe definir los objetivos de la defensa nacional, racionalizar el gasto y conseguir, mediante un esfuerzo presupuestario considerable, la modernización del armamento. Sin embargo, ¿no producirá el aumento de los gastos militares una sensación de agravio comparativo en amplios sectores populares golpeados por una crisis económica que ya ha producido dos millones de parados, y que no parece remitir, enfrentando a gran parte de sociedad civil con el ejército?

—El presupuesto de defensa es uno de los temas más polémicos en los países occidentales, porque normalmente los gastos de personal y las inversiones de infraestructura sociales son fijas, no varían mucho de un ejercicio presupuestario para otro. En cambio, en armamento pueden hacerse inversiones desmesuradas o nulas, por lo que en los países occidentales (USA, RFA, Suecia) el tema estelar del debate presupuestario es el de los gastos militares, que pueden variar desde cero hasta infinito, lo que no ocurre con ninguna otra partida. En consecuencia, el problema se centra en la cifra que se elige dentro de ese inmenso abanico. Para ello suelen haber tres reglas: Primera; en los países occidentales se tiende a dedicar a defensa el 3 por 100 del Producto Interior Bruto (PIB). Pero en España, que es un país con una baja presión fiscal, el 3 por 100 del PIB significa un porcentaje del presupuesto mucho más elevado que en la Gran Bretaña o los Estados Unidos y, por tanto, aquí tendrá que ser un porcentaje menor, porque si dedicamos a otros sectores (sanidad, educación) el mismo porcentaje del PIB que en los países occidentales, tendríamos que doblar el presupuesto y previamente todos los impuestos.

Segundo, si se prevé que habrá una guerra en un plazo breve, si la guerra es inminente, habría que aumentar los gastos de defensa y la inversión en armamento, aunque el pueblo pase hambre, porque más importante que el hambre es la vida. Si nos fueran a agredir, tendríamos que comprar armas, aunque tuviéramos que limitar mucho las inversiones en hospitales o escuelas. Pero si lo previsible es que disfrutemos de una larga paz, hay que procurar no invertir en armas porque las armas más sofisticadas y caras pasan rápidamente de moda, a los 8 ó 10 años, 15 a lo sumo, hay que desecharlas aunque no se hayan usado, con lo que el despilfarro es enorme. En resumen, si se prevé que en esos 15 años no habrá guerra, hay que

reducir las inversiones en armas al mínimo.

Tercero, todo eso depende del momento económico por el que atraviese la nación. Si estamos en un país con un gran auge económico, si sobra el dinero, se puede gastar en modernizar el armamento. Pero si la situación es crítica como la que atravesamos nosotros ahora, con 2 millones de parados, con una profunda crisis económica, con auténtica angustia en el gobierno por reducir los gastos presupuestarios, hay que procurar reducir los gastos por inversión en armamento. Lo lógico en la España de 1984 sería, por tanto, que las inversiones en armas fueran muy bajas (no los sueldos de los militares, porque éstos tienen que comer como todos los ciudadanos). Ahora bien, nosotros estamos ahora encadenados por la Ley de Dotaciones, que fuerza las inversiones en armas durante ocho años. Creo que deberemos reconsiderarla el año próximo, pues este año ha disparado el presupuesto de defensa, al incrementar un 30 por 100 las inversiones en armas respecto al del año pasado, lo cual es una auténtica barbaridad dada la situación económica del país y considerado el hecho de que no es previsible, ni probable, que España vaya a entrar en guerra; más aún cuando estamos practicando una política de austeridad dentro de una política general socialista.

A la vista de esta situación habrá que replantear las coordenadas para encontrar una salida, pues si se sigue aplicando la Ley de Dotaciones a rajatabla, es muy posible que llegue a estrangular la economía en cuatro o cinco años.

—El PSOE propiciaba en la legislatura anterior el dotar a la Guardia Civil de carácter civil o policial exclusivamente. ¿Por qué se ha producido ese cambio de criterio?

—No sé a qué se debe. Pero hay que tener en cuenta que ese cambio tiene dos vertientes. Por una parte, se ha llegado a la decisión de mantener el carácter militar de la Guardia Civil. Pero por otra parte, también se ha decidido fusionar a la Policía Nacional (más de cuarenta mil hombres armados y militarizados durante el régimen anterior, y aún mantenidos bajo el fuero de guerra) con el Cuerpo Superior de Policía que es un cuerpo civil, desmilitarizándolo y unificándolos. Debe verse el problema, por tanto, desde las dos vertientes. Desde ahora habrá una separación: un cuerpo completamente civil, que sería resultado de la fusión de los 2 actuales cuerpos de Policía para lograr un policía «a la inglesa», y, aparte, otro cuerpo la Guardia Civil que mantendrá su carácter militar.

Hay que señalar, en cualquier caso, que el PSOE, más que en el carácter militar o

civil, en lo que siempre ha insistido es en la dependencia del Ministerio del Interior. Es inadmisibles que si la Guardia Civil actúa como policía a las órdenes del Ministro del Interior, sea otro el Ministerio que nombra a los Jefes de las comandancias. Debe ser Barrionuevo el que los nombre, destine, ascienda, recompense...

—No existe un libro blanco de la defensa que defina sus objetivos. ¿Por qué no se elabora, de modo que no se lleven a cabo reformas parciales que vayan poco a poco constituyendo un «corpus», sino que a partir de la definición global de los objetivos se aborde la reforma?

—Hay cosas más urgentes que hacer que un libro blanco. Si al corto equipo ministerial se le somete a la obligación de una tarea de elaboración intelectual, quedaría paralizado. No cabe duda de que, desde el punto de vista teórico, esto sería lo deseable, pero en la realidad hay que actuar sobre un Ejército que ya está hecho, y de él hay que partir. Además, también la política internacional está ya hecha. De modo que no veo otra posibilidad de actuación que la que se está llevando a cabo ahora: intentar una adecuación (usted le llama «reforma») que tenga un aire polivalente. No es correcto decir que se hace una reforma sólo presupuestaria o de gestión. La Ley orgánica de la que comenzamos hablando así lo indica. La reducción de las capitánías se encamina en esa misma dirección. Se pretende hacer un Ejército eficaz, más joven y moderno. Otras leyes están en trámite: la del servicio militar, la de objeción de conciencia, la reforma del Código de Justicia Militar, etc. No es efectivamente, una «reforma» lo que se está llevando a cabo, pero se ha iniciado un «proceso de modernización y de puesta al día». Prefiero esta frase a la de reforma.

—¿Será posible dejar resueltas las grandes líneas de esta reforma a lo largo de esta legislatura?

—El Código de Justicia Militar se reelaborará íntegramente durante la presente legislatura. Sé que está ya prácticamente elaborado un proyecto en el Ministerio y lo han enviado a consulta a los demás ministerios civiles.

—¿Es esta reforma militar la única posible en nuestro país y en nuestro ejército?

—Lo que la prensa llama reforma militar la están haciendo los propios militares desde el Cuartel General bajo las directrices del Ministro y del Gobierno. El margen de maniobra, tal como ocurre en materia económica, es muy estrecho porque las condiciones son muy difíciles.

¿Todavía los militares?



¿Todavía los militares?

JESUS IGNACIO MARTINEZ PARICIO

Sería muy difícil encontrar por otros lares una revista no académica que dedique buena parte de sus páginas centrales a la reflexión sobre los militares. Eso podría ser objeto de estudio de un puñado no muy numeroso de impenitentes especialistas de alguna ciencia social. Por aquí las cosas son bien distintas. El nombramiento de militares en su propia corporación se convierte en noticia de primera plana, relegando a letra minúscula y en páginas de interior otras decisiones de un Consejo de Ministros, por poner un ejemplo bien frecuente. Luego se nos venderá la idea de que no hay más poder que el civil —por supuesto—. Que lo militar está perfectamente asumido por el sistema. Que su control político es total. Quizá sea así, y

puede y parece que así sea, pero los signos externos transmiten otros mensajes. Habría que hacer propósito de enmienda de no volver a tratar *el tema* bajo estos supuestos. Hora es ya de considerar lo militar en el mismo plano que la enseñanza, lo económico, la salud, el futuro y tantos otros problemas que preocupan a los de a pie. Que no es fácil ya se sabe. Ahí está la historia y la vivencia de cada cual. Pero es el esfuerzo que se debe pedir a quien cada cierto tiempo nos piden que les votemos.

La ausencia de un «ejército».

El primer esfuerzo que habrá que realizar es el de reconocer la necesidad de la existencia de un ejército. Las fuerzas ar-

madadas han sido «columna vertebral» y «brazo armado» de una forma específica de poder. Ha desempeñado el papel de estructura de adaptación del poder político al tiempo que aseguraba y mantenía el sistema de dominación y legitimación. Fue convertido en la medida del orden moral y natural de cualquier acontecimiento. La última razón de lo que era o no justo, quien lo reconocía, interpretaba y hacía respetar. Funciones todas ellas bien alejadas de lo que le es propio y más cuando algunos de sus más caracterizados miembros han reconocido su ineficacia y falta de operatividad.

Si como es de suyo se pide eficacia profesional a la corporación no estará de más que se inicie una reflexión sobre cómo diferenciar la *dimensión política* de los objetivos de defensa, de la *función política*

Cómo cambiar el Ejército

que para algunos — civiles y militares — se reconoce en el artículo 8 de la Constitución. Más de un susto se podría haber evitado de haberse llevado a cabo en su momento esa actividad pedagógica. Esa reflexión debería ir acompañada con otra no menos importante: cómo se articula y engarza la función de defensa con la Jefatura del Estado y con el Gobierno. Con ello, al tiempo que se racionaliza y clarifica actividad tan importante se sale al paso de interrogantes e insinuaciones que podrían ir más allá de la mera discusión académica. Añadiría otro argumento tan prioritario o más: ¿qué política de defensa se quiere para este país que ocupa una situación geoestratégica muy especial en un tiempo también muy específico?

Entre nosotros y como resultado de esa sacralización lo militar ha desencadenado una curiosa secuencia de identificaciones que, junto a otras, ha podido ser causa del reconocido distanciamiento entre lo civil y lo militar. El ejército y todo lo que podía referirse a él ha sido asociado siempre con militares. Pero como militares se han considerado a los generales y no en un sentido genérico, antes bien, caracterizados y personalizados, no es de extrañar pues

que el más insignificante y tangencial análisis sobre el ejército terminara identificándose con alguna personalidad militar concreta. Si a esto se añade la contundencia del peso de la legislación castrense en lo tocante a *la autoridad*, podrá comprenderse las razones del recelo e incluso temor. Propondría que a partir de ahora ese protagonismo personalista quedara relegado a un segundo plano y se redescubriera de una vez por todas a la institución militar.

¿El modelo de socialización militar?

Esa forma de concebir lo militar se reproduce mediante el proceso de socialización en los centros de enseñanza militar. Pero se hace preciso alguna matización. Es idea generalizada que el militar se hace en las academias. Como es evidente los conocimientos específicos se adquieren en ese marco. Ahora bien, la dimensión social de la profesión — valores, conductas, esquemas de interpretación de lo social — se llevan a la academia y allí se refuerzan y/o se les da una coherencia. El futuro mi-



La supremacía del poder civil

El equipo que dirige Narcís Serra ha decidido reformar el actual organigrama de la cúpula militar contenido en la Ley Orgánica 6/1980 de Criterios Básicos de la Defensa Nacional, mediante un proyecto de Ley que, sin alterar el papel que dicha Ley atribuye al Rey como Jefe Supremo de las Fuerzas Armadas, el de las Cortes o el del Gobierno, varía sustancialmente el del Presidente del Gobierno, el de la Junta de Defensa Nacional, el Ministro de Defensa, el Jefe de Estado Mayor de la Defensa (JEMAD), el actual Presidente de la Junta de Jefes de Estado Mayor (PREJUJEM), la Junta de Jefes de Estado Mayor (JUJEM), y el de cada uno de los Jefes de Estado Mayor de los tres ejércitos.

Si actualmente son cuatro los componentes de la JUJEM — uno por cada ejército más el PREJUJEM, casi siempre del Ejército de Tierra —, con la aprobación del proyecto desaparecerá la figura del PREJUJEM, vaciándose así mismo de competencias a un órgano que hasta ahora se definía como «órgano colegiado superior de la cadena de mando militar de los tres ejércitos». Desde ahora queda configurada como un órgano asesor del Presidente del Gobierno y del Ministro de Defensa.

Un teniente general o almirante en activo y perteneciente al grupo de Mando de armas será nombrado — en Consejo

de Ministros y a propuesta de su Presidente — para el cargo de Jefe del Estado Mayor de la Defensa (JEMAD), de nueva creación y que dependerá orgánica y funcionalmente del Ministro de Defensa. Sus funciones serán muy amplias y se resumen en la presidencia y coordinación de la JUJEM, elevando las conclusiones a que llegue este órgano al Ministro de Defensa, que será quien tome, en última instancia, las decisiones sobre las cuestiones trascendentes.

El siguiente eslabón de la cadena de mando será el Ministro de Defensa, que elaborará, determinará y realizará la política militar por delegación del Presidente del Gobierno. A éste es a quien corresponde la dirección de la política de defensa, ordenando, coordinando y dirigiendo la actuación de las Fuerzas Armadas. En su caso, dirigirá, asimismo, la guerra y las negociaciones exteriores. Definirá los objetivos estratégicos, la distribución general de las Fuerzas y las medidas que provean a sus necesidades.

Se prevé, asimismo, la creación de la Junta de Defensa Nacional, órgano superior asesor y consultivo del Gobierno en materia de defensa. Formarán parte de ella el Presidente del Gobierno — que la presidirá en ausencia del Rey —, los Vicepresidentes, el Ministro de Defensa, el JEMAD, los componentes de la JUJEM, los Ministros de Interior y Asuntos Exteriores y otras que se consideren oportunas.



litar nace ya militar. Unos por autorreclutamiento, han vivido un único modelo de ser y no se conciben ejerciendo ningún otro tipo de actividad. Otros, los *paisanos*, lo serán por haber interiorizado un sistema de valores que no es disonante con el que mantiene la corporación. ¿Qué frustraciones y conflictos podrán surgir caso de que se haga militar quien carece de esa «vocación»? Por el contrario, ¿qué podría ocurrir si la selección de entrada quedara reducida a los mejores expedientes académicos?

El punto de partida de todo el sistema de socialización formal ha consistido en reconocer la dificultad que supone aunar el espíritu práctico de la carrera militar con los conocimientos de tipo intelectual. Se planteó desde el principio que la necesidad de trabajo sobre y con los libros debería ser de fácil comprensión dada la preeminencia que debía darse a todo tipo de actividad que se desarrollara en el campo. Además se reconoce que para un militar «siempre será más conveniente desarrollar una vida para la milicia que dotarla exclusivamente con datos y conocimientos militares» (Munilla Gómez, *Las Academias Militares*). Al mismo tiempo y en base a la experiencia histórica, la enseñanza militar no descuidó, en beneficio de las actividades estrictamente militares, sus tres fines

que le fueron específicos. Un fin moral, por el que se pretendió hacer *hombres mejores* para que así fueran mejores oficiales, reconociéndose en este objetivo una de las principales funciones de la academia. Un fin social, por el que se trató de eliminar todo rasgo de individualismo y egoísmo, fortaleciendo los esquemas de disciplina y compañerismo, y, por último, un fin nacional, por el que se trataba que el futuro oficial comprendiera las «esencias de la Patria, las razones de su defensa y la necesidad de que se prepare con fe y entusiasmo para la misma».

Los objetivos concretos que se señalaban para la Academia General Militar, para todas las Academias, eran, en primer lugar, la educación de la voluntad de los futuros oficiales. Para conseguirlo se recomendaba que los alumnos fueran sometidos con cierta frecuencia a desarrollar de manera personal funciones de mando que les permitiera acostumbrarse a estudiar los distintos problemas en función del tiempo disponible, tomar decisiones, ejecutar lo decidido sin titubeos y dispuestos a llevarlo a buen fin. Aceptando totalmente la responsabilidad de las consecuencias que se pudieran derivar de esas decisiones como mando.

El aspirante debía ser capaz de dominar las expresiones que fueran manifestación de sus sentimientos ante cualquier tipo de acontecimiento. La sobriedad de los gestos que debe caracterizar a todo oficial — se decía — no es más que el control riguroso de las emociones internas, al tiempo que se han eliminado cualquier tipo de «adorno que refleje condescendencia, inseguridad, pérdida de virilidad». En la educación de los sentimientos se trató de rechazar todo aquello que pudiera hacer disminuir la confianza en sí mismo, en la institución militar y en la *Patria*. Se estimuló todo aquello que aumentase su entusiasmo, audacia y generosidad. Por eso la enseñanza milita ha tenido un especial cuidado de incidir sobre los sentimientos del que se está formando. Así «los personales: amor propio, dignidad, sentimiento de honor, emulación y mando. Sociales: compañerismo, sociabilidad, abnegación, simpatías-antipatías, ejemplaridad, subordinación y veracidad. Patrióticos: orgullo nacional, amor a la independencia y patriotismo como emoción. Los estéticos: armonía, buena presencia, gusto por la limpieza. Por último, los sentimientos religiosos: amor a Dios y subordinación a la ley divina».

La imaginación no ha sido considerada como una de las preocupaciones principales entre los jefes de estudios. Aunque se

PRESUPUESTOS PREVISTOS DEL MINISTERIO DE DEFENSA EN EL PERIODO 1983-1990 (media)

(En millones pesetas de 1982)

	Ministerio de Defensa	Inversiones y sostenimiento
1982	409.263	220.024
1983	419.515	230.228
1984	430.003	240.432
1985	440.753	251.089
1986	451.772	262.217
1987	463.066	273.838
1988	474.643	285.975
1989	486.509	298.649
1990	498.672	311.885
Total 1983-90	3.664.937	2.154.325
% Δ 1983/90	2,5 anual	4,432 anual

Fuente: Información Comercial Española.

Cómo cambiar el Ejército

llegará a reconocer que la imaginación creativa es algo que siempre ha caracterizado a los grandes jefes. Se recordará al profesorado que en los cadetes que se manifieste «excesivamente viva, (habrá) que saberla sujetar para que no se extravíe». Para evitar este peligro, «demasiado grave en un militar al mando de tropa», se consideró imprescindible contrarrestarla con datos realistas que únicamente pueden aportarlos la «inteligencia y el buen juicio». Al militar y profesor se le exigirá que tenga muy presente una serie de principios básicos cuando se plantee este punto. Así, dado que todos los alumnos con los que se encontrará no son iguales, su enseñanza sea lo más individualizada posible ya que «la inteligencia de cada hombre es limitada». Por esta razón, se dice que los programas, pruebas y contenidos tendrán que tener muy presente el «nivel psíquico» del alumnado con el fin de adecuar los objetivos a conseguir con las posibilidades de conseguirlo. La educación de la inteligencia de los futuros oficiales se propone que se ejercite sin menoscabo de las demás facultades a las que todo militar está sometido, y se pondrá un especial cuidado en no caer en el «intelectualismo que deformaría su buena preparación y —se argumentaba— que podría producir una fatiga cerebral perjudicial para la salud».

Dentro del esquema que trato de sintetizar la educación moral se ha considerado como una de las piezas clave del proceso de socialización. Se reconocía que era la más difícil de transmitir y de explicar por lo que la única forma de su enseñanza era la de imitar al alumno las conductas manifestadas por sus superiores ante las más diversas situaciones, profesionales o particulares, dentro de la academia o fuera de ella. No se consideraba ni se entendía como educación moral el conjunto de conductas y normas prohibidas, o las premiadas y estimuladas. Tampoco se entendía como moral, «como ocurre en algunos ejércitos extranjeros», la satisfacción que se produce ante la posesión de los adelantos tecnológicos que facilitara la labor profesional, o disponer de numerosas ventajas y comodidades para desarrollar con eficacia todas las actividades inherentes a la carrera militar. En este contexto se consideraba lo moral como el desarrollo continuado de «buenos hábitos» que eran fundamentales para ejercer la vida militar plena de satisfacciones. Así, el valor, honor, subordinación, disciplina, compañerismo, etc. La moral se considerará como «el ejercicio de las virtudes que caracterizan al ejército español». Si esto era así en términos de discurso, en lo práctico era bien distinto. Los coeficientes de este grupo de

materias siempre ha sido inferior a las técnicas.

Unas notas sobre la mentalidad militar

Como punto de partida convendría hacer algunas precisiones. Aunque los valores que se transmiten en estos centros sean los mismos, e idéntica, o muy similar, la procedencia de los oficiales, no por ello se debe concluir que la mentalidad de todos los militares sea la misma. Es cierto que el militar, el profesional, salvo en situaciones bien extremas siempre será militar. Debe reconocerse a la milicia como una actividad que *imprime carácter*. Normalmente el militar se moverá por impulsos —fundamentalmente emocionales— que son reflejo de su pertenencia a una corporación específica antes que a una clase social. Sus convicciones políticas, so-

ciales o de cualquier otro tipo, se estructuran bajo formas y modos de pensamiento que justificará su predisposición ante un hecho o un modo de pensamiento. Sin embargo, no se puede afirmar que sea una persona de sentimientos, creencias y pensamientos inmutables; justificado por su *etnocentrismo cultural*, antes bien, cambiará, pero siempre que se lo ordene aquel a quien le reconoce autoridad institucional para hacerlo, o lo hará bajo los mecanismos de racionalidad y pensamiento autónomo —personalidad no etnocéntrica—. De cualquier manera dos tipos de conducta y personalidad bien alejadas del tópico de la personalidad autoritaria.

En cuanto a la forma de percibirse y localizar a la corporación militar en la estructura social y política cabe la posibilidad de encontrar cuatro tipos distintos de mentalidad. Esos tipos surgen según se considere que la milicia debe ocupar la *posición central* en el sistema, o bien, debe despia-

La reforma que viene

El pasado 26 de octubre, el Consejo de Ministros aprobó el proyecto de ley de reforma de la Ley Orgánica de la Defensa Nacional. Se trata del primer paso de una reforma que se propone modernizar las Fuerzas Armadas adecuándolas a las necesidades de un país democrático en el que el ejército no debe tener funciones de control social, sino de salvaguardia de la soberanía nacional.

Las grandes líneas de la reforma emprendida por el equipo Serra tienen como objetivos la racionalización de la gestión económica; efectuar una reestructuración de la cadena de mando, tratando de lograr una redefinición del proceso de toma de decisiones que conceda la primacía sin ambigüedades al poder civil sobre el poder militar; y, por fin, la reconsideración de la política de personal, reduciendo plantillas —sobre todo en el Ejército de Tierra—, propiciando la progresiva profesionalización de los ejércitos, reestructurando la división territorial y actualizando las retribuciones del personal.

Estas reformas ampliarán su contenido con la progresiva transformación de la enseñanza militar en las academias, aunque este proceso se plantea con un ritmo más lento y prudente, dado lo escabroso del tema y los recelos que, sin duda, va a despertar en amplios círculos castrenses.

Junto a estas grandes líneas, se espera conseguir a lo largo de esta legislatura la reforma del Código de Justicia Militar, y la entrada en vigor de una serie de leyes complementarias, como la del Servicio Militar, la de Objeción de Conciencia, la de reglamentación de diversos cuerpos especiales, y la revisión de la Ley de Dotaciones que, prevista para un periodo de ocho años, fijó unos objetivos de inversión que muy difícilmente podrán cumplirse sin provocar trastornos sociales y presupuestarios de imprevisibles consecuencias.



zarse hacia su *periferia* siendo una institución social más. Una segunda dimensión de esa mentalidad será la de valorar la profesión militar en términos diferenciales, de *status*, o bien en términos de eficacia profesional. En otro lugar las he denominado, provisionalmente, como la del *guerrero* frente a la del *soldado*, según que se encuentre en uno u otro de los extremos del continuo formado por los valores señalados. Esas dos mentalidades se complementan con la del *soldado esperanzado* que, rechazando el papel central que se le asigna, confía de los intentos por cambiar la estructura y la organización de su profesión. Una postura opuesta será la del *guerrero escéptico* que ve como a su pesar es desplazado hacia la periferia por un sistema que ataca, pero que le es extraño al tiempo que ve desaparecer su ejército.

Vaya como adelanto de un análisis más detallado de esos cuatro tipos de mentalidad los elementos que son comunes a todas. Así, el que todavía no exista una clara y tajante distinción entre centro y periferia. Son pequeños matices los que permiten clasificarlos en uno u otro extremo de la variable. Extremos que, por demás, no están muy alejados entre sí. Sin embargo, las declaraciones últimas de algunos militares comienzan a ser más explícitas en este punto. Los extremos van quedando más nitidamente diferenciados. No obstante, todos reconocen que en el futuro inmediato el ejército seguirá teniendo un papel que irá más allá de lo estrictamente profesional, aunque la valorización que se hace de ese papel es bien diferente: para unos, como garante de valores particularidades que no deberán perderse, para otros, el ejército será la institución encargada de garantizar las transformaciones que se de a sí mismo el pueblo español.

Otra de esas dimensiones comunes será que todos los militares que manifiestan sus opiniones al respecto reconocen, sin ninguna excepción, el origen del ejército en la victoria de Abril de 1939. Para algunos esta circunstancia debe quedar como fecha que pertenece ya a la historia, historia que debe ser asumida por todos, civiles y militares, «vencedores y vencidos», como parte de la herencia colectiva. Para otros es la historia que no se puede olvidar sin hacer traición al esfuerzo de los mejores, de unos mejores. Por ello, todo intento por exigir que se olvide ese pasado, por borrarlo, o darle la vuelta, estará condenado al fracaso cuando no a radicalizarlo simbólicamente. Además, si se tienen presente experiencias semejantes de otros ejércitos y países, más pronto o más tarde habría que recuperar la *tradición rota*.

La autonomía militar última trinchera del golpismo

MIGUEL ANGEL AGUILAR

La transición política básicamente ha consistido en devolver al pueblo la soberanía de la que estaba privado. La Constitución de 1978 es la plasmación de ese objetivo. En consonancia con ese texto hubo de iniciarse la tarea de adecuar la legislación y las instituciones. Como señaló certeramente Ignacio Sotelo aquí se procedió a un cambio desde la legitimidad autoritaria a la legitimidad democrática dentro del más escrupuloso respeto a la legalidad. La filosofía del franquismo expuesta en alguna ocasión por el almirante Carrero no resistió el contraste con la realidad. Se había proclamado en el frontispicio de los «Principios del Movimiento» que eran «por su propia naturaleza permanentes e inalterables». Luego, en una inolvidable exposición, el almirante había descendido del abstracto de las concepciones a las formalidades de procedimiento. Así precisó que las «Leyes Fundamentales» sólo podían derogarse o modificarse por referéndum; que el referéndum sólo podía ser convocado por el Jefe del Estado; que el Jefe del Estado para llegar a serlo debía haber jurado previamente fidelidad a los principios del Movimiento incluido su preámbulo; que la convocatoria de una consulta popular para derogar o modificar los referidos Principios supondría, en consecuencia, el quebrantamiento del juramento prestado y la invalidez de la magistratura ostentada. En resumen, sobre el papel se había patentado lo que la humanidad venía buscando desde siglos: el movimiento continuo. El hallazgo se enunciaba de forma más expeditiva bajo la fórmula del «todo quedará atado y bien atado ba-

jo la guardia fiel de nuestro Ejército», reiterada por el general Franco ante auditorios y concentraciones diversas, que acogían esa expresión con invariables muestras de entusiasmo y adhesión. Y en esa crispación de vítores incesantes se advertía un angustioso latido de precariedad. En medio del disfrute indiscutido del poder, el franquismo vivía bajo la obsesión de la caducidad, cuya fecha anillada no era otra que la de la desaparición de su fundador, más allá de cuyo aliento vital no podrían subsistir. Así sucedió con instituciones tan características como el Movimiento y la Organización Sindical por mencionar sólo dos ejemplos relevantes.

Otras instituciones no eran originarias de aquel régimen, sino que formaban parte del equipaje o acompañamiento inherente a todo Estado. Es el caso de las Fuerzas Armadas, la Magistratura, la Burocracia funcional, o constituían instancias de recurso y movilización moral como la Iglesia. En las postrimerías del franquismo, un oscuro instinto corporativo hizo que algunos de sus miembros asumieran anticipadamente posturas en sintonía con las aspiraciones democráticas que se barruntaban. Así los católicos progresistas identificados con la lucha por las libertades, los magistrados y fiscales de justicia democrática o los militares de esa misma significación. Sus anhelos son ya realidades legales en un alto porcentaje, aunque se hayan cumplido al precio de que quienes los impulsaron y abanderaron se encuentren reducidos a la marginación. Y aquí hay unos compromisos a los que deberá hacerse honor sin dilaciones.

Pues bien, el «movimiento continuo»,



basado en la técnica del atado y bien atado, que pretendía utilizar como ligadura para trabarlo todo a esa «guardia fiel de nuestro Ejército», no ha prevalecido. Y es que esa no es misión que pueda legítimamente encomendarse a un ejército nacional. El error de cálculo básico reside en el uso inapropiado del pronombre posesivo «nuestro» aplicado al Ejército por Franco. En una lúcido análisis de los pronunciamientos, Joaquín Romero Maura resalta que cada vez que oficiales, jefes y generales han actuado políticamente como militares ha sido para obrar colectivamente



y reaccionar contra alguna amenaza y que sólo han considerado aceptable y suficiente para intervenir la necesidad, calibrada por ellos, de salir a defender las mismísimas instituciones castreras. Romero Maura añade que privados como estaban de incentivos materiales, huérfanos de toda función inmediata y tangible, asignados a una misión improbable o demasiado abstracta, con pocos motivos para sentirse útiles o satisfechos, los militares españoles no podían por menos de ser extremadamente exigentes y susceptibles en materia de respeto y prestigio sociales. Franco el 20 de noviembre de 1975, dejaba unos

ejércitos dotados con penuria e inoperantes y un cuerpo de oficiales que fuera del favor y las gavelas oficiales, sólo pudo subsistir en el pluriempleo. El liderazgo de Franco entre sus compañeros de armas, progresivamente indiscutido hasta la mitificación, se afianzaba sobre todo un resorte moral: el mantenimiento de un orgullo residual de Ejército vencedor, al que, en consecuencia, debía tributarse una reverencia en forma de respeto y prestigio sociales.

Algún conocimiento de la psicología militar colectiva facilitó el cumplimiento de la transición. De la actividad gubernamen-

tal se descartó cualquier medida que pudiera ser percibida por las Fuerzas Armadas como claramente peligrosa para la supervivencia y especialmente la unidad de la institución militar, porque, como advierten en su libro sobre «La guerra civil mundial» Jacqueline Grapin y Jean Bernard Pinatel, lo que buscan las organizaciones militares ya no es tanto el mejoramiento de la seguridad, sino la certeza de su propia perennidad. Los gobiernos de la democracia naciente se aplicaron a la tarea de modernizar las Fuerzas Armadas, mejorar su dotación y su entrenamiento, racionalizar la carrera militar liberándola de frustraciones y estancamientos, establecer un sistema de asistencia social acorde con los desarrollos de la sociedad española y actualizar la orgánica y la doctrina de los Ejércitos. Pero sobre todo, la constitución reconciliadora de 1978 significó tras 49 años de victoria, la instauración de la paz. Y la paz inaugurada exige articular ese resorte moral de orgullo, que nuclea los ejércitos, sobre unas referencias donde todos los españoles puedan sentirse integrados. No pueden alentarse orgullos que impliquen humillación para otros españoles. Hay, por consiguiente, que emprender la tarea de construir un orgullo nuevo que todos puedan invocar como propio.

Las intenciones de estos años y muy especialmente el golpe del 23 de febrero de 1981 son la proyección de las inercias mentales de quienes no han sabido deducir sus nuevos deberes al constituirse las Fuerzas Armadas no en la atadura que otros imaginaron sino en el resorte último donde descansa el ejercicio por el pueblo español de su recuperada soberanía. La desambientación para actividades involucionistas no desanima, sin embargo, a sus promotores. Mientras escampa quieren recuperarse guarecidos en una nueva trinchera: la de la autonomía de las Fuerzas Armadas. Su ideólogo es el general Manuel Cabeza Calahorra que argumentaba con otras autonomías —las territoriales, las del poder judicial, las de la universidad— para reclamar análogas prerrogativas para las Fuerzas Armadas. En un escalón dialéctico más elemental, el actual Presidente de la Junta de Jefes de Estado Mayor, Teniente General Alvaro Lacalle Leloup, vino a decir que, del mismo modo que los militares no combatían a los periodistas con las armas, los periodistas no debían criticar a los militares con la pluma.

Para entender los caminos, a veces sinuosos de la reforma militar, hay que conservar la memoria del punto de partida. La posibilidad de que un civil ocupara la Cartera de Defensa en la que se habían con-

Cómo cambiar el Ejército

centrado los ministerios del Ejército, de Marina y del Aire en 1977 fue el hilo conductor de toda una serie de disposiciones legales que intentaron separar cuidadosamente la cadena de mando militar de la rama político-administrativa. La primera se reservaba a los militares y a su propia definición «cadena» quiere ya dar idea de consistencia mientras que la segunda «rama» era el limbo adecuado para los civiles situados al viento. Las cadenas de mando tenían por primer eslabón al Jefe de Estado Mayor de cada ejército y la Junta de Jefes de Estado Mayor quedaba investida de esa misma primacía en el área del mando conjunto de las Fuerzas Armadas. Sobre estos mandos quedaba teóricamente la autoridad política del Gobierno y, en particular, del Ministro de Defensa, pero la referencia final superior, el Rey, volvía a tener el carácter de *Mando* supremo de las Fuerzas Armadas. Y aquí surgía, para algunos, la tentación de enlazar direc-

tamente con el Rey bordeando la autoridad del Gobierno, buscando un enganche directo que intentaban e intentan justificar por la propia naturaleza de la institución militar a la que habría que dejar al abrigo de las intervenciones y de la autoridad de los Gobiernos alternantes y de los parlamentos elegidos. Aquí subyace un modelo de ejército encarnación actual de la casa de los guerreros que se remite al «Dios de los Ejércitos» y es depositario e intérprete por sí y ante sí, de los verdaderos valores e intereses nacionales. El culto de este modelo reclama autonomía para preservarlo de influencias desnaturalizadoras. Pero cualquier cesión del Gobierno en este terreno aunque fuera para obtener a cambio la no intervención militar en otros campos políticos constituiría, como ha señalado Rafael Sánchez Ferlosio, una traición a la soberanía nacional.

Presupuestos

La Ley de Dotaciones presupuestarias para inversiones y sostenimiento de las Fuerzas Armadas supone el casi inmediato aumento del presupuesto del Ministerio de Defensa en un 30 por 100 anual. Este incremento eleva el presupuesto —que casi con toda seguridad será aprobado en los términos en que está redactado— a más de 550.000 millones de pesetas. El presupuesto hace frente a los gastos de personal de los tres ejércitos, a las inversiones que en materias de armamento e investigación les corresponden, y a la compra de bienes y servicios corrientes.

En materia de personal, las dotaciones deben ponerse en relación con la prevista reforma de la Ley de plantillas, que ya está provocando reacciones un tanto crispadas en las Fuerzas Armadas, toda vez que se modifican los criterios de ascensos, la incorporación de alumnos a las academias militares, la reducción del personal de tropa y el rejuvenecimiento general de las plantillas.

Sin embargo, el capítulo más importante de los presupuestos lo componen los gastos de inversión en la modernización de los tres ejércitos. Al Ejército de Tierra se le asignan 123.000 millones de pesetas; a la Armada, 105.000 millones; y al Ejército del Aire, 68.000 millones.

Dentro de los objetivos de defensa, se prestará una especial atención a la potenciación de las unidades más cercanas a Marruecos, que parece configurarse como el flanco más conflictivo del panorama geoestratégico español. Asimismo, se pretende continuar la construcción de buques de guerra para la Armada, una de las carencias más evidentes de las Fuerzas Armadas, y proseguir con el programa FACA, para el que se asignan gran parte de unos presupuestos muy criticados en algunos sectores por desmesurados, y en otros por insuficientes.





El mando supremo de las Fuerzas Armadas

JAIME MIRALLES ALVAREZ

Hace pocos días, fue entrevistado por Televisión el Sr. Serra, actual Ministro de Defensa. Victoria Prego le preguntó cómo ejerce el Rey el mando supremo de las Fuerzas Armadas. Y el Ministro le contestó: «Con la prudencia y discreción que corresponde a la Jefatura del Estado» (aunque cito de memoria, garantizo la fidelidad de la cita en su contenido conceptual). Y esa escueta respuesta de un Ministro de Defensa en un sistema constitucional, obliga a reflexionar sobre su auténtico sentido.

Si, con esa contestación, aludía el Sr. Serra a la prudencia y la discreción con que Don Juan Carlos viene desempeñando sus augustas funciones, no cabe duda que todos hemos de suscribir las palabras del Sr. Ministro puesto que todos tenemos muy claro que el Rey viene dándonos constantes muestras de su prudencia y de su discreción; y para ser rigurosamente veraces, ha de recordarse que, en ocasión harto dramática, cuando la traición le privó por la fuerza un 23 de febrero de dos de los Poderes del Estado, secuestrando a éstos bajo las armas, Don Juan Carlos supo añadir a esas dos virtudes ya señaladas, la resolución y el valor con que salvó al Estado.

Pero, si la respuesta del Ministro se orientaba más bien a señalar el mecanismo o sistema en que constitucionalmente ha de ejercer el Rey el mando supremo de las Fuerzas Armadas, la contestación del Sr. Serra, no podría suscribirse ya tan fácilmente.

En cualquier caso, cuando la reforma militar está ya en el Parlamento, es de primordial interés fijar la atención en un tema tan trascendental como el mando supremo de las Fuerzas Armadas, función que el Texto constitucional confía, sí, al

Titular de la Corona, dentro del contexto de la Constitución y con estricta sujeción a sus preceptos.

Con arreglo a lo que dispone el artículo 62 de la Constitución de 1978, corresponde al Rey el mando supremo de las Fuerzas Armadas.

Por otra parte, el artículo 64 del propio texto constitucional, ordena que «los actos del Rey serán refrendados por el Presidente del Gobierno y, en su caso, por los Ministros competentes».

Otros supuestos hay en que los actos del Rey no han de llevar el refrendo ministerial, y el propio artículo 64 los señala: «La propuesta y el nombramiento del Presidente del Gobierno y la disolución —de ambas Cámaras— prevista en el artículo 99, serán refrendadas por el Presidente del Congreso». Y, ese mismo artículo, termina con la enunciación de un precepto que es clave de todo el sistema constitucional: «De los actos del Rey, serán responsables las personas que los refrenden».

Para que ninguna duda pueda caber al respecto, el artículo 56 de la Constitución dispone: «La persona del Rey es inviolable y no está sujeta a responsabilidad. Sus actos estarán siempre refrendados en la forma establecida en el artículo 64, careciendo de validez sin dicho refrendo, salvo lo dispuesto en el artículo 65,2», en el que se establece el supuesto único y excepcional en el que los actos del Rey, para ser válidos, no requieren ningún refrendo: los nombramientos de los miembros civiles y militares de su Casa.

Consecuentemente, a la vista del Texto constitucional, se llega muy fácilmente a la conclusión de que el Rey ha de ejercer el mando supremo de las Fuerzas Armadas que le atribuye la Constitución, no sólo inspirándose en lo que en conciencia le dicten su discreción y su prudencia, si-

Cómo cambiar el Ejército

no con arreglo y sujeción a los preceptos que acaban de citarse de la propia Constitución. Dicho de otro modo: ese mando supremo de las Fuerzas Armadas que corresponde al Rey, ha de ejercerlo mediante actos refrendados ya sea por el Presidente del Gobierno o por el Ministro competente que, obviamente, es el de Defensa.

En la actualidad, múltiples datos públicos de sobra conocidos — y aún hay que decir que de sobra existentes —, ponen de manifiesto la presencia de una marcada tendencia a conferir a las Fuerzas Armadas un cierto modo de «poder» o de «autonomía», que en nada es compatible con el más elemental concepto del Estado de Derecho y del sistema democrático que configura nuestra Constitución. Hablar tanto del «poder civil» como ahora se habla, comporta una implícita referencia, ya sea por asociación de ideas, a algún otro poder de diferente naturaleza, como si el único poder legítimo no fuera esencialmente civil. Y, aunque todos rechazan formalmente tales dualidades, no es posible ignorar hechos públicos que les dan pábulo.

Es verdad, y por tanto es preciso decirlo, que tan turbias opiniones, que esas especies viscosas, no tienen un origen genuinamente militar. Parten más bien de núcleos sociales interesados en la conservación de situaciones esencialmente pretéritas, de fuerzas políticas que ponen sus turbinas en el mantenimiento de «las dos Españas», pretendiendo, en idéntica me-

didada unas y otras; utilizar a las Fuerzas Armadas al servicio de sus bastardos propósitos.

No nos engañemos. Los militares, esos hombres que todos conocemos y que han hecho de las armas su profesión para servir con ellas a España, llevan marcado en su honor el honroso hierro de la disciplina, que comporta la lealtad debida al mando legítimo, que es el que ejerce el Rey por los cauces y en la forma que la Constitución señala. Halagar a los militares con adulaciones; sobre ofenderles, es ignorar su recia contextura moral de hombres devotos del honor. Desde el único poder legítimo, desde ese poder que es esencialmente civil, es preciso hablar a las Fuerzas Armadas el lenguaje de la disciplina. A los militares no hay que pedirles discursos que no tienen por qué hacer, sino más bien mandarles con responsabilidad pues ellos saben muy bien que, con arreglo a la Ordenanza, «ningún jefe tolerará ni disimulará la falta de subordinación».

En el concepto del Estado y de su organización que se contiene en la Constitución, es lógico y natural que la Administración militar, las Instituciones Armadas, se integren en un solo Ministerio, el de Defensa, que ha de regir a la totalidad de las Fuerzas Armadas. Esa organización ha de ser de tal modo que, el conjunto de las Unidades integrantes de cada uno de los tres Ejércitos, no tenga una cabeza, un mando, que a su vez dependa del Ministro. La cadena de mando de cada uno de los tres

Ejércitos, ha de culminar precisa y directamente en el Ministro. El mando supremo de las Fuerzas Armadas, ha de ejercerse por el Rey mediante el Presidente del Gobierno y el Ministro de Defensa, que es el competente, según el término que emplea la Constitución en su artículo 64 ya citado. O, lo que es lo mismo: el Ministro de Defensa y el Presidente del Gobierno, en el marco de la Constitución, son los instrumentos legítimos mediante los cuales ejercita el Rey el mando supremo de las Fuerzas Armadas. Por eso, el mantenimiento de la disciplina en las Fuerzas Armadas, es una función esencial del Ministro de Defensa.

La actual Monarquía constitucional y parlamentaria, el Estado que configura la vigente Constitución, las notas que caracterizan las distintas Instituciones, desde los Ayuntamientos hasta los Ejércitos, comportan indudables novedades en la historia de nuestro Derecho constitucional. Eso ha de proyectarse clara y resueltamente en nuestro desarrollo legislativo. Y ahora muy concretamente, en la reforma que acaba de emprenderse de las Instituciones militares.

La Constitución de 1876, atribuía a la Corona una intervención más efectiva en la gestión de las cuestiones públicas que la hoy vigente y, ello no obstante, se promulgó una Ley Constitutiva del Ejército, en cuyo artículo 4.º se dispuso expresamente que las órdenes del Rey deberían llevarse a efecto en la forma prevenida en el artículo 49 de dicha Constitución de 1876, que es en el que se disponía que ningún mandato del Rey pudiera llevarse a efecto, si no estaba refrendado por un Ministro. Ciertamente que la Ley Adicional a la que acaba de citarse, acentuó las facultades régias en cuanto al mando del Ejército y la Armada. Pero, siempre dentro del criterio ya establecido en la Ley Constitutiva.

Para que la actual Constitución tenga cabal cumplimiento, es necesario que, en la reforma militar que se ha emprendido, quede muy claro que el Rey ejerce el mando supremo de las Fuerzas Armadas, mediante el Presidente del Gobierno y el Ministro de Defensa, en la forma prevenida en los artículos 64 y concordantes de la Constitución.

Bien puede decirse que nos hallamos aún en período constituyente, puesto que aún no se han promulgado todas las leyes orgánicas que se prevén en la Constitución. Por eso, nunca será más importante que ahora tener muy presente la necesidad acuciante de llevar a la realidad social los criterios esenciales insertos explícita o implícitamente en el Texto Constitucional. □

EVOLUCIÓN DE LA PARTICIPACIÓN DE LOS GASTOS DE DEFENSA EN EL PRODUCTO INTERIOR BRUTO NACIONAL (1970-82)

(Cifras en millones de ptas. corrientes)

Años	Presupuesto Defensa ¹	PIB (precios mercado ²)	% PD/PIB
1970	43.994,6	2.526.156,7	1,74
1971	47.844,1	2.920.002,7	1,64
1972	57.706,7	3.432.321,2	1,68
1973	65.101,3	4.139.631,7	1,57
1974	84.389,6	5.101.967,5	1,65
1975	100.297,4	6.018.301,8	1,67
1976	125.025,7	7.234.225,4	1,73
1977	157.969,5	9.178.375,4	1,72
1978	189.208,7	11.224.695,3	1,69
1979	237.468,3	13.156.579,0	1,80
1980	286.961,6	15.075.878,6	1,90
1981	337.463,4	17.316.455,0	1,95
1982	409.283,5	20.065.442,0	2,04

¹ Presupuesto inicial de cada año.

² Años 1960 a 1977: PIB, a precios de mercado, cifras definitivas INE.

Años 1978 y 1979: PIB, a precios de mercado, cifras provisionales INE.

Año 1980: PIB, a precios de mercado.

Años 1981 y 1982: PIB, a precios de mercado.

Fuente: Información Comercial Española.

TODAS LAS SEMANAS EMPIEZAN CON UN

**nuevo
Lunes**

Un Nuevo Lunes con información económica de primerísima mano dirigido a un target group de primerísima fila.

Empresarios y directivos de empresa 36% • Banca 18% •

Administración Pública 13% • Profesionales 22% • Estudiantes 4% • Otros 7%.

Un Nuevo Lunes para empezar la semana con buen pie.

**el nuevo
Lunes**

Para empezar informado.

El paro, desestabilizador social

MANUEL GALA

El desempleo nos plantea preguntas que en España ya tienen tonos angustiosos.

¿Cuándo dejará de crecer el número de parados? ¿Cómo detener a esta enfermedad social que hace sufrir a millones de españoles y amenaza con poner en cuestión la validez de nuestro sistema político y económico? Y si se detiene, ¿a qué niveles? ¿Acaso no es responsable la sociedad de garantizar el derecho del hombre a ganarse la vida? ¿Y si lo es, creemos realmente que el Estado va a crear más de 800.000 puestos de trabajo en los próximos años? ¿Y lo cree al menos el Gobierno? Sería bueno que pudiéramos contestar a estas preguntas, pero no parece que tengamos las ideas claras sobre cómo disminuir o aún detener el aumento de paro. Por no tener no tenemos ni siquiera información fiable y suficiente del problema, ya que nuestras estadísticas adolecen de enormes lagunas e imprecisiones, y aunque parece existir ahora voluntad del Ministerio de Trabajo de mejorarlas, aún nos queda mucho campo por recorrer.

Si nos atenemos a las predicciones de la OCDE para 1983 y 1984 no parece haber mucho margen para el optimismo, pues espera que siga aumentando el paro, si bien de forma más moderada y con ciertas excepciones (alguna tan cualificada como la de los Estados Unidos), pero entre la que no se encuentra España.

De hecho esta desaceleración de incremento del desempleo, y a juzgar por los datos de que disponemos, parece que ha comenzado a darse en nuestro país. Así, desde 1980, y hasta junio de 1983, la tasa de aumento sobre el mismo nivel del año pasado se ha reducido de un 31,3 por 100 a un 10,7 por 100, y el porcentaje de la población activa (mayores de 16 años) que desean trabajar, que está en paro, lleva un año estabilizada en poco más de 17 por 100.

También se ha estabilizado el número de personas ocupadas después de reducirse en un millón y medio entre 1976 y 1981, y eso a pesar de que ha seguido aumentando la producción (lo que quiere decir que ha aumentado mucho la productividad media por empleado), pero como la población total de mayores de 16 años sigue creciendo a un ritmo de más de 300.000 personas anuales (las generaciones numerosas de López Rodó nos están jugando ahora una mala pasada), resulta que si todos los mayores de 16 años buscan trabajo, lo que ya ni se molestan en hacer, tendríamos un paro real más cercano al 27 por 100 que al 17 por 100, cifra que sería la más alta de la OCDE con bastante dife-

rencia. O sea, que el paro aumenta menos rápidamente pero se debe en gran medida a que buena parte del pueblo español ha aceptado que no tiene posibilidades de encontrar trabajo, lo que se traduce en que si en 1976 estaba ocupada 34 por 100 de la población hoy sólo lo está un 28 por 100, con independencia de lo que nos digan las cifras (dudosas) de desempleo.

Pero, ¿tan inoperante es nuestra capacidad productiva como para explicar el que ocupemos tan triste liderazgo?

Desde un punto de vista inmediato las causas del desempleo mundial en general y español en particular, son dos además, por supuesto, del aumento de la población: la disminución de la producción de determinados bienes provocada por la crisis que se inicia con la cuadruplicación del precio del petróleo en 1973, y las modificaciones tecnológicas a que da lugar la misma crisis que son ahorradoras de energía primaria y de trabajo. La primera nos ha metido en una espiral descendente de oferta y demanda en varios sectores productivos (fundamentalmente en la construcción e industria básica) a la que todavía no se le ve fin. La segunda hace que el aumento de la producción no se traduzca en aumento del empleo, y menos aún, dado el incremento de la población, en reducción del paro.

En estas circunstancias, ¿cuáles son nuestras opciones de futuro? Hay que partir de un hecho innegable: vivimos en un mundo interdependiente en el que los precios de los bienes nos vienen dados directa o indirectamente por el mercado internacional, no siendo posible soñar de nuevo con la autarquía económica salvo a unos costes absolutamente impensables. Supongamos además, como parece hacerlo la inmensa mayoría de la sociedad, que no se pone en cuestión la existencia en nuestro país de una economía de mercado, o lo que es lo mismo, que las empresas privadas necesitan generar un excedente mínimo para sobrevivir e introducir innovaciones tecnológicas. Esto es, que no consideramos la idea de adoptar una economía de planificación central, autogestionada o masivamente cooperativa, aceptando como mucho una co-gestión devaluada bastante lejana de la que se aplican en varios países que llamamos capitalistas.

Las opciones posibles son entonces dos si queremos mantener la competitividad de nuestros productos: 1) Incrementar la productividad media por hombre (y por consiguiente su salario), aún a costa, y otras cosas igual, de no aumentar tanto el número de horas trabajadas, y 2) Incrementar el empleo deprimiendo salarios. Esta segunda posibilidad puede ser conveniente a efectos de reducir una tensión social que comienza a manifestarse

NOS HACEMOS CARGO DE SU DISTRIBUCION. Puerta a puerta.



Una simple llamada telefónica y pasaremos por su domicilio a recoger su envío, que entregaremos a su destinatario.

Gracias a la flota de vehículos propios o concertados, RENFE MERCANCIAS puede ofrecer hoy, la red de distribución más completa, segura y ágil del país.

RENFE MERCANCIAS es el concepto de transporte más actual con el que se puede ayudar a las empresas.

Todos los problemas de transporte acaban tan pronto como se conoce RENFE MERCANCIAS y sus servicios de: ESPECIAL EXPRES, PAQUEXPRES, TIDE, TECO y VAGON COMPLETO, en ellos se encuentran todas las soluciones, reales y competitivas, a cada tipo de envío.

Porque nunca como ahora, en RENFE, nos hemos hecho cargo de todo.

 **RENFE
MERCANCIAS**

Nos hacemos cargo.

Para su problema específico, solicite información a RENFE.

Central Informativa MADRID: (91) 470 00 11

BARCELONA: Tel. (93) 319 08 51 BILBAO: Tel. (94) 424 14 89 LEON: Tel. (987) 23 80 52

MADRID: Tels. (91) 733 18 74 - 227 11 70 SEVILLA: Tel. (954) 22 15 54 VALENCIA: Tel. (96) 351 00 56


Biblioteca de Comunicació
i Hemeroteca General
CEDOC



en una crispación que lógicamente crece día a día de forma preocupante, pero no sería una solución si queremos resolver unos problemas de futuro que puede ser mayores que los actuales. Porque lo que está en cuestión a largo plazo en este mundo cambiante, y así lo han entendido los países más dinámicos, es una reconversión de las técnicas productivas que difícilmente va a tener lugar protegiendo (con subvenciones del sector público por ejemplo) sectores intensivos en mano de obra. Esta última parece ser la línea de razonamiento del Ministerio de Industria llevada con energía y valentía a los hechos dadas las muchas dificultades sociales. En cambio, los sindicatos están más cercanos a la primera postura, ya que parecen aceptar más fácilmente una disminución de salarios reales año tras año, que la reducción de plantillas.

Esta simplificación del análisis, que en una primera aproximación al tema puede explicar el enfrentamiento sindicatos-gobierno (especialmente por lo que respecta a CC.OO.), y la difícil postura del ministro de Trabajo, Almunia, esconde sin embargo una serie de consideraciones importantes.

La primera es que aquí de lo que se trata es de que cada hombre produzca más (o de aumentar la productividad media), pero al mismo tiempo de ocupar a más trabajadores. Por lo tanto, si la producción no debe incrementarse en determinados sectores por condicionamientos del mercado con frecuencia im-

puesto desde fuera, tendremos que aumentar doblemente la producción en otros. Si nos creemos las estadísticas, no se puede si no concluir que en efecto la crisis económica de los últimos siete años ha aumentado el rendimiento por hombre de una manera importante, puesto que con un 20 por 100 menos de empleados producimos un 10 por 100 más. Ese aumento de la productividad de un 4 por 100 anual acumulado es susceptible de numerosas interpretaciones (aquí también falta información estadística fiable), pero en cualquier caso parece requerir un esfuerzo redistribuidor de renta por el único que puede hacerla: el Estado. Porque puede que la sociedad se inhiba por impotencia (o si se quiere, por incompetencia) de la responsabilidad de garantizar el acceso del ciudadano a un puesto de trabajo, pero no puede hacerlo del de acceso a un nivel de subsistencia mínimo. Esto es, el que no trabaja tiene que tener garantizado un ingreso (vía pensiones, subsidio de desempleo, becas de formación profesional, etc.), que le permita vivir dignamente, puesto que la capacidad productiva de la sociedad en su conjunto da al menos para ello. Por eso, y dado que el nivel de redistribución de renta actual es toda vía manifiestamente insuficiente, cuando la oposición o el empresariado ataca al Gobierno en este campo no solamente plantea una política social injusta (en un país en el que menos de una tercera parte de los parados cobra seguro de desempleo), sino también contradictoria con sus intereses a largo

plazo, aunque el esfuerzo redistribuidor implique el aumento de la presión fiscal.

Ahora bien, el aumento de la productividad ha tenido que hacer más competitivas (lo que no exige que lo haya hecho de forma suficiente) a las empresas que hasta ahora han sobrevivido a la crisis, pero no implica necesariamente que las estemos dotando de un mayor dinamismo que garantice su futuro. Porque, ¿a qué se debe ese aumento de productividad? ¿Será en parte el reflejo de una infravaloración contable de la tasa de amortización real de los activos por obsolescencia o riesgo? (Aquí hay empresas que un año cierran con beneficios y el siguiente se les cae el pasado no contabilizado encima y dan miles de millones de pesetas de pérdidas).

¿Será solamente un aumento de productividad «pasivo» como afirman muchos? Esto es, ¿debido en parte a que cierran las empresas y se despide a los trabajadores menos eficientes, y en parte a una mejor administración interna que era bastante laxa en el pasado? ¿O será debida, lo que tendría mucho más interés para el futuro de España, a la introducción de una nueva tecnología y a la desviación de los factores de producción a sectores más adaptados a la crisis? ¿O incluso a que haya personas que produzcan, pero «oficialmente» no trabajan porque están ocultas en lo que se ha venido en llamar «economía subterránea» o «inobservada»?

Una vez más nos falta información suficiente al respecto, y el dato de la nueva contratación, que debería ser un indicador de lo que está ocurriendo (se producen al año más de un millón y medio de nuevas contrataciones), por defectos estadísticos no es susceptible de interpretación económica alguna. Sea como fuere, y aunque este país no tenga el dinamismo tecnológico de Japón o de los Estados Unidos, hay que suponer (existen ya algunos indicios de movimiento) que la capacidad de información e iniciativa de los españoles deja abiertas las puertas a una esperanza moderada.

Las consideraciones anteriores plantean otro tema fundamental: el de la necesaria movilidad del trabajo en un mundo de transformaciones profundas de demanda y oferta; o si se quiere, el de la permanencia del asalariado en el puesto de trabajo en contra de los deseos del empleador.

Partamos aquí también de un hecho real: en España la empresa privada, con o sin limitaciones legales, ha despedido «ya» a casi todos lo que ha querido despedir, además, por supuesto, de que como los años de crisis son ya bastantes, las plantillas se han reducido por la vía de no contratar a nuevos hombres para sustituir a los que cesan por motivos voluntarios o por titulación. No se puede decir otro tanto, sin embargo, de la empresa pública ni de la Administración, que tiene todavía una asignatura pendiente de problemática solución; tanto más cuando los nuevos parados van a engrosar el nutrido ejército creado anteriormente por la empresa privada, con lo que ser el último le añade al sector público una conflictividad adicional.

Aquí el Estado empleador se ve atrapado en una disyuntiva entre dos tipos de costes. Si despide asalariados aumenta la inestabilidad social y el sufrimiento de parte de sus propios votantes, además de incrementar los gastos del subsidio de desempleo. Si no lo hace, demuestra la incapacidad del Estado de competir con el sector privado en eficiencia productiva, amparándose en el acceso fácil al monopolio de emisión de billetes del Banco de España, o sea, en última instancia, a los ingresos que produce el impuesto inflacionista. Pero, sobre todo, traiciona la obligación de todo Gobierno de atender a objetivos colectivos y a más largo plazo que los que motivan el comportamiento de sus ciudadanos. La reconversión del sector público es, por tanto, necesaria, y si la demanda de los bienes y servicios por él producidos no aumenta de forma importante (lo que no parece que ocurra en la mayoría de los casos en los que se ha planteado), la reducción de plantillas también lo es. Claro que el Estado también es responsable de crear empleo en los sectores en los que no invierte el sector privado, principalmente los que se refieren a la producción de bienes públicos o bienes que requieren o bien un gran volumen de inversión, no fácilmente ac-

cesible al sector privado (puesto que no contamos con un mercado de capitales suficientemente eficiente), o bien una gran confianza en el futuro.

¿Y qué decir de la posibilidad de que el sector privado cree empleo en nuevos sectores productivos bajo las circunstancias descritas? Las circunstancias no les son ciertamente favorables. Los altos tipos de interés, la expulsión del mercado de crédito provocada por el endeudamiento del sector público y la gran incertidumbre de futuro reducen considerablemente la movilidad del capital hacia sectores que puedan sobrevivir a los cambios tecnológicos que exige la salida de la crisis mundial. Pero hay otro tema que merece más atención aquí: la continua queja empresarial de que el trabajo no es suficientemente móvil debido a las rigideces que introduce la normativa actual de contratación y despido. Así, frente a la oposición sindical (mucho más dura por parte de Comisiones Obreras), los empresarios están forzando una mayor libertad a la hora de contratar trabajadores eventuales. Si recordamos cómo la empresa privada ha reducido plantillas y cómo lo va a hacer la empresa pública, ¿la mayor movilidad laboral, con la mayor rentabilidad que pueda traer consigo, no aumentará, en vez de reducir, el volumen total de empleo? ¿De qué sirve, salvo para provocar ineficiencias, el introducir una regulación que puede ser evitada mediante desviaciones no deseadas en el comportamiento del mercado laboral?

Quedaría preguntarse por qué, entonces, los sindicatos se resisten con tal fuerza a aceptar una flexibilidad que, al menos a largo plazo, puede beneficiar al sector trabajo. Aquí se pueden ofrecer varias razones explicativas. Una primera, totalmente válida, y que podría ser más aplicable al sector público, es que en un momento de crisis la empresa que se siente impotente (con frecuencia por ineficacia o falta de imaginación, según los sindicatos) para encontrar compradores de sus productos, y ante unos resultados de pérdidas, actúa con un criterio contable liquidacionista, reduciendo gastos a ultranza y despidiendo a parte de la plantilla. Si esto es así, el incremento del coste empujaría a la empresa hacia delante, con las naves ya quemadas detrás.

Otra explicación, quizás menos justificable desde el punto de vista económico estricto, sería el defender una «ideología» más conforme con ideas y situaciones del pasado, pero que, en todo caso, todavía está presente entre buena parte de los trabajadores. Es más, también es lógico, y está en la naturaleza de las cosas, que los representantes sindicales representen más a sus afiliados que a la totalidad de la fuerza de trabajo, y sus afiliados estarían entre los colocados, que claramente se benefician de la rigidez del despido.

Por último, resta el argumento de que la libertad de despido (limitada por las cláusulas de la contratación temporal) beneficia a los empresarios y la desea el Gobierno, por lo que los sindicatos deben sacar todas las compensaciones (derechos no atendidos por ser el momento actual herencia de momentos en que estaban amordazados o comprados) posibles en el proceso negociador.

En resumen, la situación laboral es muy grave y lo puede ser aún más, pero, a pesar de ello y no paradójicamente, hay un margen importante de esperanza. Los cambios tecnológicos que nos impone la crisis tienden a hacer que menos trabajen para más, y ese proceso no se ha agotado, especialmente en parte del sector público. Sin embargo, el que tendamos a una tasa cero de crecimiento de la población; el que el esfuerzo redistribuidor de renta permita cada vez más que los que no trabajan no estén necesariamente parados (o por jubilación anticipada, o por prolongación del período de formación); la mayor movilidad del trabajo; el haber tocado fondo en la caída de la demanda y en el incremento «pasivo» de la productividad de muchas empresas; y, sobre todo el dinamismo que se percibe en ciertos sectores (con frecuencia asociados a empresas transnacionales), hacen pensar que este país todavía tiene recursos humanos y físicos suficientes como para crear una sociedad más justa en la que cada hombre tenga realmente el derecho a ganarse su vida con el trabajo.



Desencanto a la francesa

CARLOS ELORDI

La izquierda no ha ganado una sola elección desde su victoria de 1981. Tras el período de gracia que siguió a esa fecha, Mitterrand no ha recibido más que críticas. Por parte de una derecha históricamente desencadenada, pero también procedentes de ese «peuple de gauche», desencantado por la práctica del gobierno. Un gobierno que no ha sabido comunicar sus éxitos —en el terreno de los derechos humanos, de la cultura, de la investigación y también de la política económica— y que se esfuerza por recomponer sus apoyos antes de que se celebren las elecciones legislativas de 1986.

Francia es el único país en donde toda crisis política desemboca en una crisis de régimen». Eso escribía, a finales de los años sesenta, Georges Pompidou, el presidente que sucedió a De Gaulle. Hoy, por encima de las graves dificultades de la izquierda, de la inusitada agresividad de una derecha que aún no acepta la derrota de 1981, lo que está en juego en Francia es la posibilidad de evitar ese maleficio histórico. Cuando ya se ha entrado, de hecho, en el período preelectoral que llevará los comicios legislativos de 1986, los más prudentes consideran que una derrota no catastrófica de la izquierda abriría la puerta a algo inusitado en el país vecino: a la alter-

El líder marca el nivel.



MULTIGRADO CEPSA 750 c.c.

En cuestión de nivel, no puede uno quedarse corto. Ni tampoco es bueno «pasarse de rosca». Todo tiene su punto exacto.

Por eso, Cepsa, líder en multigrados, ha creado el envase «Usar y Tirar». Con la cantidad justa para reponer aceite. 750 c.c. del mejor lubricante

para mantener el carter en su nivel óptimo. Pida el nuevo «Usar y Tirar» de Cepsa en su Estación de Servicio, mientras le echan gasolina.

Uselo, tirelo a la papelera y listo. Su motor ya está a nivel de líder.

A nivel de Cepsa.

 **CEPSA**
El Superaceite.

Desencanto a la francesa

nancia en el poder de formaciones de signo distinto, a la normalización del juego político en un país apasionado por la política, pero demasiado drástico en sus opciones, en el que la intolerancia del vencedor hacia el vencido ha sido la norma tradicional.

En París se vive un clima de derrota de la izquierda. Los sondeos lo confirman, abundan en ello los representantes de la coalición en el poder. «La izquierda sola no es mayoritaria en Francia, — declara Lionel Jospin, secretario general del Partido Socialista — «En la medida en que fuimos capaces de atraer hacia nuestro programa a franjas del electorado que votaban a la derecha pudimos ganar en 1981. Los sondeos, las elecciones parciales parecen demostrar que hoy las hemos perdido». Sin la claridad, la profundidad, que les sería exigible, los socialistas franceses inician ahora la tarea de revisar sus errores, de comprender sus fallos. A contrapié y con el reloj corriendo en su contra.

La intolerancia de la derecha

Frente a una derecha que anuncia el peligro de luchas civiles si prosigue el experimento de izquierda —o que llama a la llegada de un «salvador», como hace el expresidente Giscard d'Estaing—, que exige la convocatoria de elecciones anticipadas, como hace Jacques Chirac, el otro gran líder de la antizquierda, que azuza los fantasmas de un racismo creciente y del corporativismo intolerante de amplios sectores de las clases medias.

La situación económica es el marco de esos ataques. Pero no tanto los datos de la presente coyuntura, cuando la interpretación que de los actos del gobierno hace la derecha. «Este es un país en el que los fantasmas que se agitan influyen más que los datos reales» — dice François Hincker, un historiador hasta hace poco en las filas del PCF—. La derecha francesa cuenta con un formidable, insuperable, aparato productor de sus ideas. Tiene la prensa en sus manos, la prensa de difusión masiva, a la que difícilmente hacen sombra los medios de la izquierda, algunos de ellos en grave crisis económica y de influencia, como ocurre con «Le Monde» o con «Le Matin», el diario de inspiración socialista.

Y hoy, a pesar de que las nuevas directrices económicas del gobierno de Pierre Mauroy no deberían disgustar a los epígonos de la derecha, éstos siguen atacando sin cuartel. Por detrás del debate sobre los hechos concretos aparece el jacobinismo y la intolerancia de una burguesía que de-



muestra que es democrática únicamente en la medida en que es capaz de controlar el juego democrático. Que no acepta que unas instituciones, las de la V República, creadas por ella para que fueran únicamente utilizadas por ella, estén en manos de la otra Francia, de la Francia de izquierda. Unas palabras de Michel Poniatowsky, ministro en los gobiernos de Giscard, pueden ilustrar esa actitud: «A menudo me pregunto por qué con usted —refiriéndose a Mitterrand— tenemos el gobierno más detestable de todo el mundo occidental, por qué siempre la izquierda no ha sido más que fuente de desgracias, por qué no ha gobernado más de quince años en los últimos doscientos, por qué 1792 llevó al Consulado y al Imperio, 1848 a Napoleón III, la Comuna a Thiers, 1936 a la derrota de 1940, por qué bajo su dirección vamos ahora al desastre y a los enfrentamientos civiles». Es el odio, el desprecio.

La izquierda, desmovilizada

«Que lo laico llegue a nuestra cultura política, abandonemos nuestra actitud religiosa», pedlan hace algunos meses ciertos intelectuales. Claro que en esa ocasión ha-

blaban a la izquierda. A una izquierda, tanto los socialistas como los comunistas, que participan de esa visceralidad de los mitos, de otros mitos, de ese irredentismo que dramatiza los procesos. Hay quien dice, irónicamente, que la idea de la «revolución pendiente» mueve aún hoy a la izquierda francesa. Para muchos socialistas la revolución pendiente es aún la de 1789 y también la derrotada Comuna. Es un sentimiento que actúa como acerbo cultural y que sólo la dura tarea del gobierno ha dulcificado. Las palabras del primer ministro Pierre Mauroy en el Congreso Socialista de noviembre, podrían demostrarlo. «La victoria final es ineluctable» — decía en su parlamento — «así como el día sucede a la noche y la burguesía sucedió a la nobleza». Y pronunciaba esas palabras al término de una reunión en la que, no sin dificultades, los congresistas habían dado su apoyo a una política de gobierno que, sobre todo en su aspecto económico, sancionaba la moderación más absoluta, la austeridad, aquí denominada «rigor», la prioridad de la lucha contra la inflación y el desequilibrio exterior, es decir, una línea que podría practicar la derecha y que ésta no critica frontalmente.



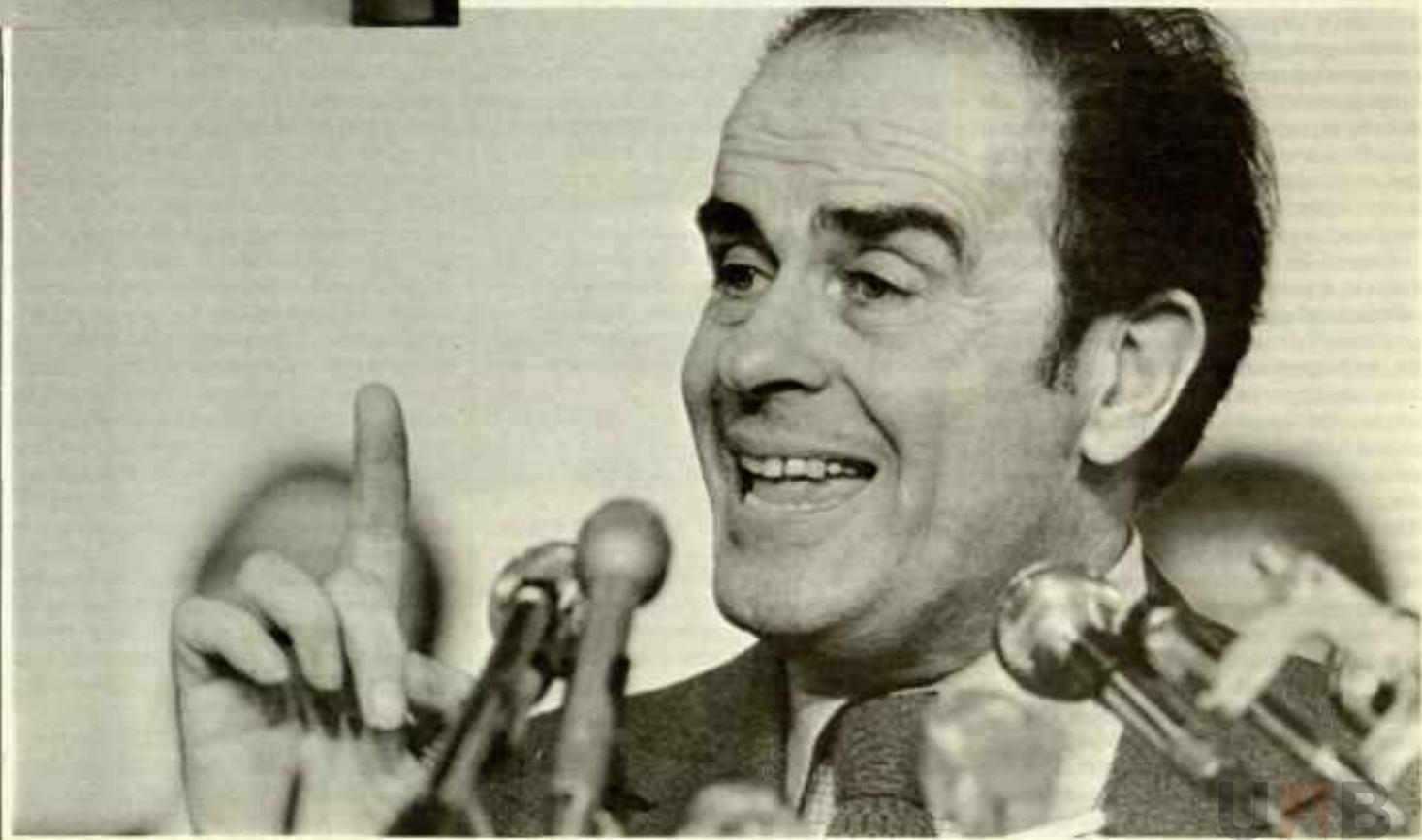
Hoy los analistas más críticos se preguntan cómo con esa actitud, de la que con su habilidad dialéctica el presidente Mitterrand es un claro representante, pudo la izquierda ganar las elecciones de mayo de 1981. Y explican que para ese cinco o seis por cien de votantes que pasaron de la derecha a la izquierda, el hastío de la gestión de Giscard d'Estaing, el deseo de un nuevo experimento fueron las razones principales de su decisión. Que creían que los socialistas iban a actuar de otro modo en el gobierno.

El pacto con los comunistas de junio de 81 fue su primera gran decepción: una parte importante del electorado francés, entre ellos sectores significativos del socialistas, estaban convencidos de que la unión de izquierdas estaba definitivamente rota. Que los enfrentamientos frontales entre el PC y el PS durante la campaña electoral hacían imposible su recomposición. Pero Mitterrand apostó a la paz social: comprendió que no podía tener a los comunistas enfrente, y al menos al primer sindicato francés, a la CGT, controlada por el PCF. Se inició así la andadura del único gobierno occidental en el que los comunistas están presentes. Y del que no quieren marcharse, aunque no dejen de criticarlo.

Las dificultades económicas

Con una derecha aún no recompuesta por una derrota que creía imposible empezó a caminar el gobierno con todo su arsenal programático. Se hicieron las nacionalizaciones: hoy se comprueba con amargura que los cinco grandes grupos industriales nacionalizados son una fuente de pérdidas para el estado, que en ellos se encuentra la base de la obsolescencia de la estructura industrial francesa, anticuada, costosa y no competitiva con la de sus rivales, con los alemanes principalmente. Y se discute la necesidad de que el Estado comprara el cien por cien de las acciones de esos grupos, pagando altísimas indemnizaciones; cuando hubiera bastado acceder al cincuenta y uno por cien de ellas, logrando el control de las sociedades. Quienes así piensan subrayan que lo ideológico primó sobre lo operativo.

Las nacionalizaciones estuvieron acompañadas durante ese primer años de una política económica de apoyo al consumo, a la capacidad adquisitiva de los trabajadores. Un año después, tras la segunda devaluación del franco, se comprobó el error: la inflación y las importaciones se habían disparado. Llegó entonces el primer programa de «rigor»: había que bloquear los



Desencanto a la francesa



precios y los salarios. A la movilización de una derecha que ya clamaba contra la «política suicida» del gobierno, se sumó entonces el primer desánimo del «peuple de gauche», especialmente de los trabajadores que contemplaban el fin de la ilusión que la victoria de mayo del 81, en esa clave tradicional de izquierdas, había abierto.

Pero el 25 de marzo de 1983, Jacques Delors, el protagonista de la política económica del gobierno, iba más adelante: una serie de medidas, fiscales y de otro tipo, se dirigían a limitar el consumo doméstico, las importaciones. Desde entonces Mitterrand ha tenido que hacer frente a otra dificultad: la movilización corporativa de significativos sectores de las clases medias: la de los médicos, la de los pequeños comerciantes, la de los agentes de policía — que también se movilizaron contra la política del ministerio de Justicia, que ha suprimido la pena de muerte y los tribunales especiales, que concedió una amplia amnistía a los presos —, la de los estudiantes, la de los agricultores.

Hoy esa política empieza a dar sus frutos: se ha bloqueado la inflación — que se situará en un nueve por cien este año y que espera no supere el siete por cien en 1984 — se han reducido las importaciones,

se ha estabilizado la situación del franco. Delors confía en que la mejora sea progresiva, y que ese sea el principal capital que la izquierda podrá lucir en las elecciones de 1986. Ha conseguido la aquiescencia formal de todo su partido en torno a ese esfuerzo. «Necesito que estéis unidos» dijo Mitterrand a los congresistas de Bourg en Bresse en noviembre. Pero esa unión es sólo formal. Jean Pierre Chevenement, líder de la izquierda socialista, el gran derrotado en el Congreso, aún mantiene un discreto tono de crítica a las posiciones del gobierno.

El difícil noviazgo

Sin embargo, es del lado comunista de donde proceden los más fuertes ataques. Georges Marchais, secretario general del PCF, insistió, al término de la reunión en la cumbre entre los dos partidos de izquierda celebrada hace pocos días, que la prioridad de la política económica tenía que ser «el mantenimiento de la capacidad adquisitiva». Una capacidad que lógicamente tiene que disminuir de acuerdo con el plan Delors.

Para los comunistas, la diferencia prin-

cipal con los socialistas está precisamente en la política económica. Al tema de la capacidad adquisitiva añaden el escaso interés por el empleo que achacan al programa gubernamental. Y una de las razones que explicaban el interés que los socialistas tenían por celebrar esa reunión en la cumbre era la voluntad del PS en evitar una generalización de las presiones sindicales iniciadas en los últimos meses, especialmente alentadas por la CGT, en las grandes empresas estatales en crisis en las que se prevén fuertes despidos. Los socialistas piden al PCF que sea coherente con su presencia en el gobierno, solidaridad con sus decisiones. Los comunistas han respondido hasta ahora con la ambigüedad: quieren seguir en el gabinete, pues parecen haber comprendido que su abandono podría acarrearles un fracaso electoral aún mayor que el cosechado en 1981, cuando obtuvieron sólo el quince por cien, pero no renuncian a su tradicional actividad de presión de los sectores en crisis. Sólo que ahora se mueven contra un gobierno del que forman parte.

Para los socialistas la prosecución de este noviazgo difícil se hace aún más acuciante a medida que se comprueba la pérdida de popularidad — ligeramente recupe-

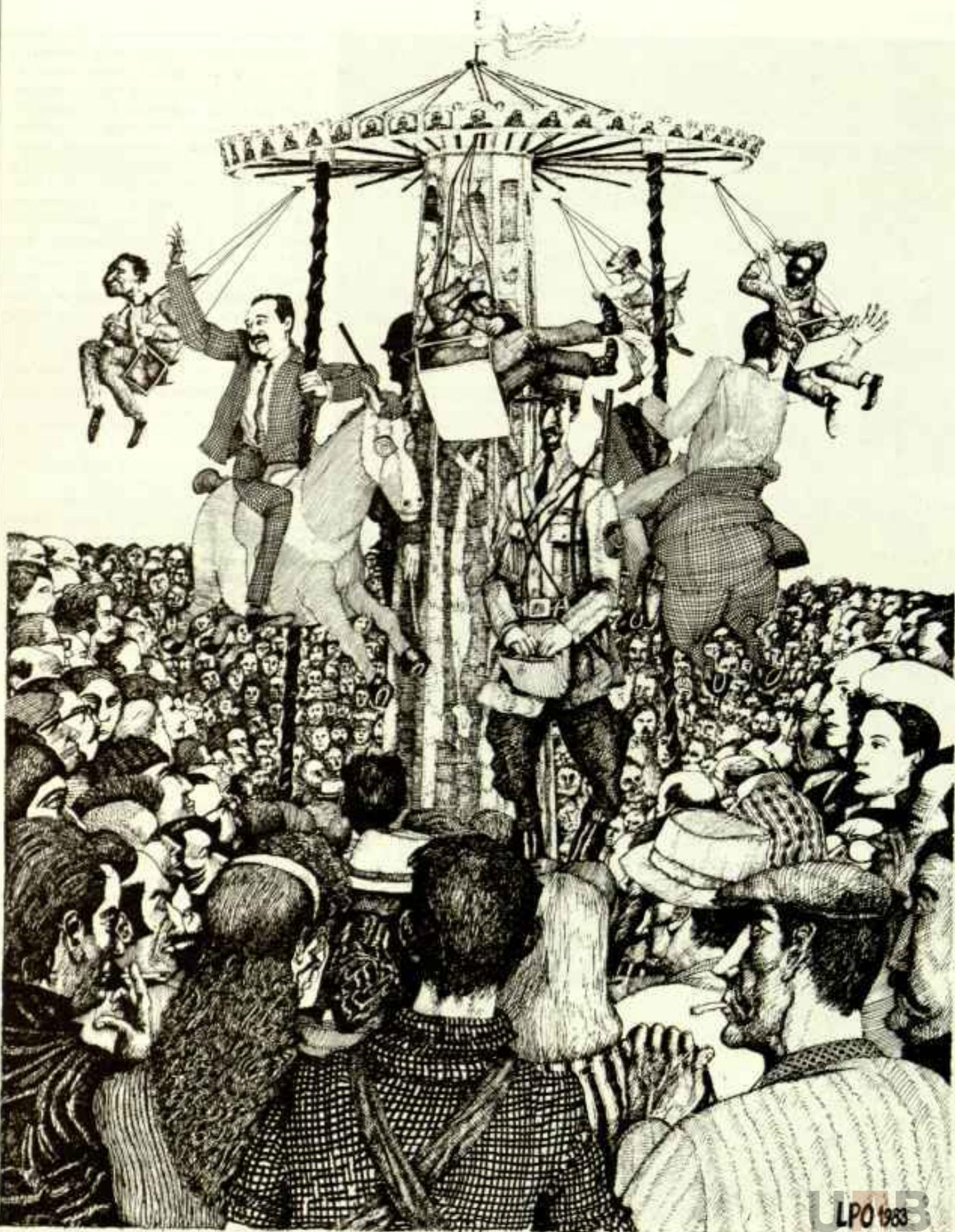


rada en los últimos tiempos—. Porque los diputados del PCF serían más necesarios que nunca si en 1986 se pierden escaños. El especial reparto de la fuerza electoral francesa hace inevitable que los gobiernos de izquierda estén formados por socialistas y comunistas. Y ello a pesar de que el «factor K» (comunista) sea el principal y más sensibilizador instrumento de la crítica de la derecha. Desde 1970 Mitterrand ha construido su proyecto político sobre esta base. Y a pesar de los avatares de la Unión de Izquierda, nunca ha perdido ese referente. Tal vez su ilusión última sería cambiar la actitud, la esencia de la actuación del PCF. Pero hoy por hoy eso no parece posible. Y lo que es más importante: una derrota electoral importante de la izquierda, y de los socialistas, reavivaría entre los comunistas la tentación de volver al irredentismo, tentación hoy relativamente calmada por la constatación del fracaso electoral.

La política internacional es el otro marco del contencioso PCPS. Sólo que los comunistas le quieren quitar importancia: Marchais no quiere aparecer como el adalid de Moscú en su exigencia de que la fuerza nuclear francesa sea incluida en las negociaciones sobre los euromisiles. Ni que se vea la mano de la URSS en su oposición a la intervención en el Chad o en el Líbano. Constata además que son las actuaciones en política internacional, esas intervenciones, su apoyo al despliegue de los euromisiles, el relativo entendimiento con Reagan, lo que está dando popularidad renovada a Mitterrand, más que el relativo control de la situación económica. Queda por saber cuál será el efecto que tendrá en los sondeos el fracaso de la política europeista promovida ardientemente por el presidente: pero todo indica que existe un amplio consenso popular en torno a los presupuestos de esa política, sobre todo en su contenido nacionalista.

La rápida lectura de los datos de la situación francesa habla de un difícil panorama para la izquierda. Mitterrand, con los dientes apretados, se juega el resultado de 1986 —él será presidente hasta 1988, a no ser que una grave derrota legislativa hiciera insostenible la continuación de su mandato—. Ha puesto sus cartas encima de la mesa: la clave de las mismas es la política económica de Delors, en la que tal vez confía en exceso. Pero necesita más: clarificar internamente el mundo de quienes le apoyan, ese «peuple de gauche», según expresión acuñada por él mismo, y volverlo a movilizar. Y esto último es lo que parece más difícil. En Francia se asiste a una nueva forma, muy consolidada, de desencanto.

ARGENTINA



ULPO 1983
Biblioteca de Comunicació
i Memòries General

CEDOC

Y todo a media luz

En Argentina todo es confusión. Tras el triunfo radical, los interrogantes que planean sobre el futuro de un país en bancarrota, descompuesto por siete años de dictadura militar y desorientado ante la invalidez de fórmulas tradicionales de reparto de poder, convierten al país latinoamericano en privilegiado objeto de especulaciones. La inestabilidad va a prolongarse no sólo durante el traspaso de poderes, sino también a lo largo de los próximos años, que se adivinan amenazantes para una democracia endeble con enemigos en el interior y el exterior.

JORGE O. FONSECA

Ilustraciones: LPO

Pasada la euforia por la victoria radical, es preciso proceder al análisis de los resultados, toda vez que el mayoritario voto contra la dictadura se compone de muy diversas pretensiones y planteamientos de futuro radicalmente opuestos.

La votación para presidente muestra una marcada bipolarización: 52 por 100 radicales, 40 por 100 peronistas. El 8 por 100 restante se divide en un 2,5 por 100 al Partido Intransigente (centro izquierda), 2 por 100 en blanco, 1 por 100 Demócrata Cristiano (centro), 3 por 100 entre partidos de derecha de distintos matices, y el 0,5 por 100 entre minúsculos partidos reformistas y trotskistas. La Unión Cívica Radical ha doblado su porcentaje electoral tradicional, lo que unido al hecho de

que los partidos que representan el 92 por 100 del electorado se reclamen de centro, confunde aún más un panorama en el que no parece haber lugar para una derecha clásica y una izquierda tradicional. La izquierda no ha tenido nunca una relevancia significativa en Argentina, y los partidos de derecha han experimentado una sensible tendencia a la baja: quienes en 1973 sumaron un 14 por 100 de los votos, ocupando el tercer puesto en el total nacional, en estas elecciones sólo han conseguido el 0,4 por 100.

De la observación de los datos se desprenden varias conclusiones: La primera es que Alfonsín recibió también la adhesión de electores que, para los cargos de gobernador o diputados, apoyaron candidaturas de partidos trotskistas, intransigentes, peronistas o de derecha reaccionaria.

Es más, en muchos casos, el voto por

Alfonsín fue acompañado por sufragios para diputados del Partido Comunista, pese a que la dirección del mismo recomendó el voto a la fórmula presidencial peronista Luder-Bittel.

Los votos confusos

Comparando las cifras con los resultados de las elecciones de marzo de 1973, se verifica que el peronismo sólo perdió un 10 por 100 de participación en el total de votos (de 49,5 por 100 a 40 por 100, aproximadamente), mientras que el radicalismo aumentó en un 30 por 100 (de 21,2 por 100 a un 52 por 100). Suponiendo que ese 10 por 100 perdido por el peronismo se transfiriese al radicalismo, el 20 por 100 restante del crecimiento electoral de éste debe buscarse en otros grupos de electores. Para interpretar la motivación del voto es necesario asociar las especta-

tivas de los diversos sectores sociales y la «oferta» electoral de cada partido.

«PARA CAMBIAR LA VIDA», fue el eslogan del radicalismo, partido que levantó las banderas de la ética, la justicia, la democracia sindical y la reactivación económica, en un clima de paz social, en suma, «un cambio».

A través de las diversas consignas radicales se evidenciaba un intento de mostrarse como la antítesis de la dictadura y, consecuentemente, del último gobierno peronista signado por el caos y la represión. Alfonsín reivindicó para el radicalismo una historia limpia, exenta de represión popular, enfatizando en las reformas promovidas por sus gobiernos anteriores. Esta imagen democrática fue ampliamente recibida por la oprimida mayoría y, particularmente, por los jóvenes que, dada la interrupción de la memoria histórica provocada por los sucesivos golpes militares, difícilmente puedan conocer que el primer gobierno radical conducido por H. Irigoyen efectuó sangrientas represiones de obreros, con miles de muertos, durante la segunda década de este siglo. Sin embargo, ni aún ese recuerdo podría afectar seriamente la imagen transmitida por este «nuevo» radicalismo dirigido por Alfonsín.

El peronismo, por su parte, apeló al recuerdo de Perón y a las conquistas conseguidas por los trabajadores durante el primer gobierno peronista: mejoras económicas y sociales, acceso masivo a la educación, reconocimiento social. No obstante, esta referencia a un tiempo mejor, en el que el peronismo significó «la dignificación del trabajo y de la clase obrera», la presencia de los máximos jefes de la burocracia sindical, vinculada a los gru-

pos parapoliciales (Lorenzo Miguel, Herminio Iglesias y sus seguidores), provocaban un recuerdo distinto: el del represivo gobierno de Isabel Perón, antesala del golpe militar de 1976. Es más; el recuerdo de los miles de muertos asesinados por el régimen militar, no puede disociarse de la represión desatada por esos grupos del sindicalismo de derecha.

Está aún fresco el recuerdo de los militantes de izquierda —peronista y marxistas—, víctimas de estos grupos criminales antes del golpe militar. Más fresco es aún el recuerdo de las agresiones a los sectores democráticos peronistas, en recientes manifestaciones partidarias. Para un amplio sector de los argentinos, ya no caben dudas de la subordinación de esos grupos a los intereses oligárquicos. A pesar de ello, el 40 por 100 de votos recibidos por el peronismo expresa la existencia de evaluaciones políticas diversas. Es absolutamente incorrecto suponer que al peronismo sólo le votó un sector de derecha. Sin duda, el sector que controla el partido y que vive de la corrupción es inferior a los seis millones que votaron a Luder. Entre los votos peronistas deben distinguirse: primero, los sectores que aún persisten en la idea de convertir al peronismo en un movimiento progresista y revolucionario luego, los sectores políticamente más atrasados, que son ganados por el lenguaje obrerista del peronismo y finalmente, los sectores de la burguesía nativa, fundamentalmente del sector industrial, desarrollados al amparo de la política económica proteccionista del peronismo. Es difícil que algún sector de la oligarquía latifundista haya votado al peronismo por una cuestión «epidérmica»: la refinada oligarquía ar-

gentina, de hábitos ingleses, siente profundo desprecio por el peronismo, aunque se sirva de su burocracia sindical.

Sin alternativas de izquierda

Ante la destrucción de las organizaciones revolucionarias y, dado el carácter sectario de los partidos de izquierda que participaron de las elecciones, la única opción para el electorado militante era el Partido Intransigente, el que proponía la creación de un tercer «movimiento histórico» que sucediese al peronismo y radicalismo, pero que se planteara como meta el socialismo. Marcaba sus diferencias con el radicalismo insistiendo en que el PI jamás había aportado ministros o colaboradores a las dictaduras militares, cosa que sí hizo reiteradamente el radicalismo. No obstante, esta crítica perdía fuerza dada la nueva imagen que proyectaba Raúl Alfonsín, que ha evitado aparecer en ningún momento como cercano al régimen militar. Por otra parte, el PI, surgido como una escisión de izquierda del mismo radicalismo, está lejos aún de convertirse en un partido de masas con posibilidades de triunfo electoral. Su mérito actual radica en nuclear a su alrededor a los sectores progresistas, tanto juveniles como los de la generación intermedia. Con 84.000 afiliados, consiguió 350.000 votos. Sin embargo, pocos resultan significativos, al igual que los 200.000 votos en blanco, en la medida que los sectores progresistas no peronistas, y aún los peronistas, votaron masivamente por Alfonsín para evitar el acceso de la corrupta camarilla peronista al gobierno.

Candidatos de piedra

Dado que en 1973 la izquierda no presentó ninguna candidatura presidencial —ya que votó al peronista Héctor Cámpora, en blanco o, en menor medida a la candidatura del intransigente Alende—, ese 20 por 100 de crecimiento electoral del radicalismo sólo pudo realizarse en desmedro de los partidos de derecha. Las cifras parecen confirmarlo, ya que los partidos nacionales y regionales de derecha reunieron en 1973 casi un 20 por 100 de votos, mientras que el 30 de octubre pasado apenas superaron el 4 por 100 en conjunto. Otro afluente, aunque de menor cuantía, fue sin duda parte del electorado que en 1973 votó por la candidatura de centroizquierda de Oscar Alende. El líder del Partido Intransigente perdió alrededor del 5 por 100 del total de votos (de más de 7, bajó al 2,5 por 100). Finalmente, los partidos de «izquierda», mantuvieron su tradicional escaso espacio electoral (tanto el Partido Socialista, creado en 1896, como el Partido Comunista, fundado en 1921, fueron incapaces de constituirse en partidos de masas; y con el surgimiento del peronismo en 1943, su influencia en la clase obrera fue prácticamente nula). Los partidos «de izquierda» que participaron en las presentes elecciones, fueron

«Partido Obrero» y «Movimiento al Socialismo» («Trotskistas», surgidos en la década del 60), el «Socialista Popular» (socialdemócrata, escisión del antiguo Partido Socialista), el denominado «Frente de Izquierda Popular», (extraña mezcla de trotskismo y nacionalismo), y «Comunista» (oportunistas, de lenguaje prosoviético). Sólo este último no presentó candidatos a presidente ni gobernadores, ya que apoyó las fórmulas peronistas, participando con candidatos propios sólo para diputados. En conjunto, estos partidos lograron unos 350.000 votos para diputados (aproximadamente el 2 por 100 del total). Es de destacar que estos mismos partidos superan la cifra de 500.000 afiliados en total, lo que indica que muchos de éstos no votaron a los candidatos de sus respectivos partidos (por ejemplo, el PC, con más de 300.000 afiliados, sólo obtuvo 170.000 sufragios para diputados). Una posible explicación de este comportamiento, radicaría en el deseo de los militantes de efectuar un «voto útil». Esta posibilidad resulta más evidente en la votación para presidente, ya que la pérdida de votos con respecto a la cantidad de afiliados fue mayor.

UAB

Biblioteca de Comunicación
i Hemeroteca General
CEDOC

Esta idea parece haber guiado también los votos de la derecha. Las consignas de los pequeños partidos de izquierda «votar candidatos obreros» o «por el socialismo», al no contar con ninguna posibilidad de triunfo, se hallaban totalmente apartadas de las inquietudes de las masas que, conscientes de que de las elecciones no supondrían grandes cambios, esperaban asegurarse los avances sociales posibles, pocos pero concretos. Las observaciones precedentes señalan una confluencia de distintos sectores sociales en un mismo candidato, que no sólo se ha dado en la votación al radicalismo, sino también al peronismo. En ambos casos la explicación de ese hecho radica en su carácter policlasista. Los dos son movimientos populistas, hegemonizados políticamente por la burguesía, aunque integrados mayoritariamente por otras clases sociales. En el radicalismo se nucleaban fundamentalmente los estratos sociales medios: burguesía dependiente del imperialismo, industriales, comerciantes, campesinos y profesionales prósperos. En el peronismo, si bien están también presentes estos estratos, la presencia de la clase obrera es mayoritariamente. Esta coincidencia adquiere en estas elecciones un carácter distinto al de oportunidades anteriores.

Vieja coincidencia, nuevos motivos

La anterior convocatoria electoral de marzo de 1973, se realizó como un intento de detener el avance popular. Durante los seis años de dictadura militar, surgida del golpe de 1966, la combatividad de la clase obrera fue creciente. Sus organizaciones constituyeron la vanguardia de las insurrecciones urbanas desarrolladas a partir de 1969 en distintas ciudades del país. En el período 1966-1972, por primera vez desde 1945, en diversos sindicatos se imponen conducciones clasistas que disputan la hegemonía a la burocracia peronista. De esas nuevas conducciones surge una central sindical, denominada «CGT de los argentinos» (Confederación General del Trabajo), liderada por el peronista de izquierda Raimundo Ongaro y el marxista Agustín Tosco, ambos líderes ejemplares y de intachable moral, que nuclearon a su alrededor a peronistas de izquierda, marxistas, independientes, radicales, etc. Tras las primeras insurrecciones populares surgen organizaciones políticas que reivindicaban la lucha armada como medio de acceso al poder de la clase obrera. Entre 1969-70 realiza sus primeras acciones públicas la organización «Montoneros», que se identifica como peronista, ideología a la que considera revolucionaria, a la vez que acepta el liderazgo del general Perón. Este reconoce a la organización «Montoneros» como pe-

Una sociedad paradójica

En una entrevista publicada antes del triunfo radical, Juan José Sebrelli, un conocido sociólogo argentino vinculado al pensamiento progresista, afirmaba: «La historia argentina de los últimos cuarenta años nos lleva a la conclusión que esta sociedad es esencialmente anti-democrática, autoritaria, violenta, represiva, prejuiciosa, irracional; en una palabra: fascista. Uno de los rasgos característicos que nos permiten definirla como tal, es la unanimidad, la uniformidad —«todos juntos será más fácil»—, la falta de sentido crítico, de oposición, de pluralidad, de tolerancia; la disidencia vista como locura o crimen.

Muy probablemente, las palabras de Sebrelli tenían más que ver con su preocupación por un nuevo «peronazo» en las urnas, que por dibujar un retrato ajustado de la sociedad argentina.

Sin embargo, no es falso afirmar que las sucesivas quiebras del sistema de libertades han contado con la expectante tolerancia o aprobación de sectores más o menos amplios de la sociedad o con la colaboración y apoyo de sus organizaciones representativas. Tampoco es equivocado afirmar que la mayor parte de esas organizaciones, sobre las que debería edificarse la gimnasia política, tienen un enorme desprecio por la pluralidad y muchas de ellas —los sindicatos peronistas o el Partido Comunista Argentino, por ejemplo— pueden considerarse verdaderos modelos de autoritarismo y verticalidad conservadora. Desde hace años, el pensamiento de izquierda o del nacionalismo progresista señala a la dirigencia partidaria y sindical como responsable de este pesado clima político donde todo huele a mafia siciliana. No obstante, por poca perspicacia que se tenga, los acontecimientos animan a pensar en cierta reciprocidad o, por lo menos, a cuestionar fenómenos habituales en una sociedad de vocación democrática.

La Guerra de las Malvinas, por ejemplo, con todo lo reprobable que de cualquier guerra se supone, tuvo la capacidad de disolver, en pocas horas, toda la oposición al régimen y animar un sentimiento de cruzada unificadora que recorrió todo el cuerpo social. Gracias a lo que podría interpretarse como una «machada» gaucha, el general Galtieri lograba abandonar el triste rango de genocida en el escalafón político, para encumbrarse como líder carismático.

El peronismo, a su vez, como fenómeno masivo y dominante, ha dejado huellas con las que difícilmente pueda construirse un régimen de tolerancia. La demagogia nacionalista como discurso político habitual; el exterminio o la agresión como respuesta a la disidencia o el anticomunismo como bandera, son algunas piezas claves de esa herencia que, nos guste o no, integran el equipaje con el que Argentina llega a la democracia.

Resulta paradójica que un país de estructura social plural y diversa —uno de los pocos en Latinoamérica— no haya logrado estabilizar un sistema político que represente ese rasgo. Por el contrario, periódicamente, algún sector de esa sociedad intenta unificarla tras consignas, masificarla en torno a un nacionalismo exasperado o erradicar la oposición en nombre de objetivos superiores.

El triunfo radical parece, sin embargo, indicar un cambio en esa tendencia. La flamante democracia argentina tiene en su agenda un paquete de medidas urgentes para sanear la vida política: sumisión del poder militar al civil; garantizar la democracia sindical; esclarecer los casos de desaparecidos y adecuar la gestión pública. Pero tiene, además, el desafío de consolidar un régimen de tolerancia en el que esa sociedad plural, descubra que es posible vivir en armonía.

CARLOS IRIART

ronista y la utiliza momentáneamente como herramienta de presión en las negociaciones que mantenía con el régimen militar imperante, que propugnaba una convocatoria electoral con participación del peronismo como única manera de contener la movilización popular. A su vez, Perón utiliza a Montoneros para atraer a los sectores radicalizados que comenzaban a deslizarse hacia propuestas clasistas y socialistas. Esta actitud se inscribe en la misma estrategia que Perón desarrolló desde 1945 para desviar a las masas del socialismo e integrarlas en su proyecto populista burgués. Poco después del surgimiento de Montoneros, se funda el ERP (Ejército Revolucionario del Pueblo), organización armada, dirigida por el PRT (Partido Revolucionario de los Trabajadores), de origen trotskista, que surge entre los obreros azucareros de la provincia de Tucumán. Se aparta luego del Trotskismo y se reivindica marxista-leninista, logrando un rápido crecimiento con la incorporación a sus filas de una importante cantidad de obreros fabriles e intelectuales.

Otro elemento a destacar en la situación previa a su derrota en las elecciones de 1973, es que, si bien durante la década del sesenta se dio una fuerte penetración de capital extranjero, la industria nacional aportaba la mayor parte del producto industrial y de los puestos de trabajo. En estas condiciones y, después de 18 años de proscripciones, triunfa el peronismo en medio de un júbilo popular generalizado. El triunfo peronista era, para muchos, un paso adelante en el camino de la liberación nacional y del socialismo.

Movilizarse contra el terror

Muy distintas son las condiciones en que se accede a las elecciones del 30 de octubre pasado. A lo largo de los siete años que van desde 1976, la dictadura militar encarceló legal o clandestinamente («desaparecidos»), torturó y asesinó a varias decenas de miles de argentinos. Las organizaciones sindicales clasistas, surgidas del auge de masas de fines de los años sesenta, fueron destruidas; las organizaciones políticas de izquierda, armadas o no, fueron salvajemente reprimidas, inclusive las bases del Partido Comunista, cuya dirección colaboró con el régimen militar, fueron víctimas del terrorismo de estado.

ERP y Montoneros, que vivían un proceso de fuerte desarrollo en 1973, hoy se encuentran desarticulados. Este hecho adquiere relevancia, los militantes han hecho autocrítica de sus acciones pasadas y han anunciado que se aprestan a participar pacíficamente en el proceso democrático.

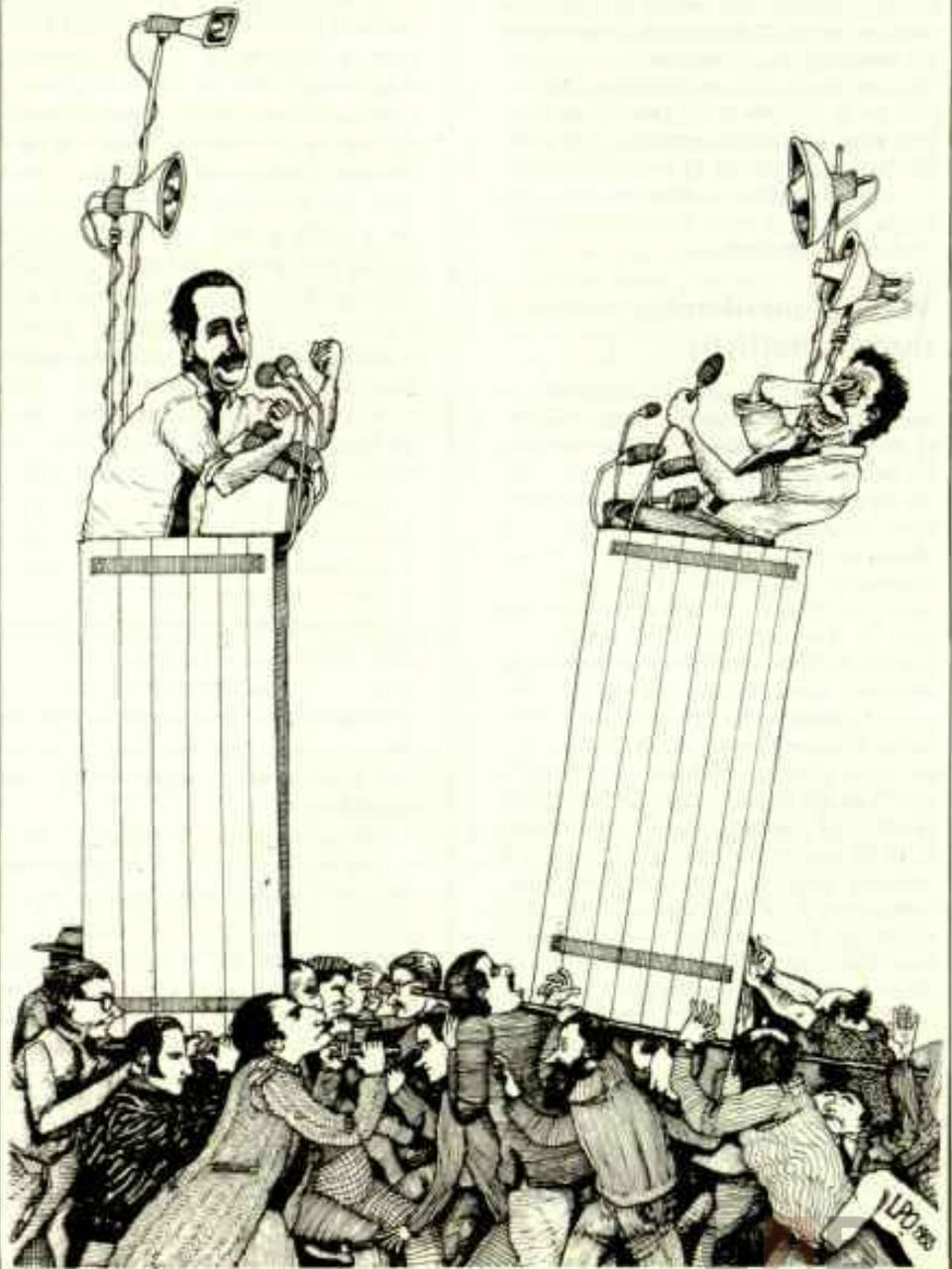
También es distinta la situación económica de hoy con respecto a 1973. La aparentemente sólida industria nacional de entonces, está hoy en ruinas: fábricas cerradas, plantillas reducidas a un tercio, mitad de la capacidad de producción inutilizada a causa de la recesión o de la obsolescencia, una inflación descontrolada. En 1973 los asalariados conservaban buena parte de los logros económicos y sociales obtenidos en las luchas reivindicativas a lo largo de tres décadas de desarrollo industrial; hoy estos sectores perciben salarios insuficientes para atender sus necesidades mínimas.

A esto deben agregarse dos nuevos factores: hoy, a diferencia de 1973, las fuerzas armadas han caído en el mayor descrédito de su historia y son considera-

das como el enemigo más peligroso del pueblo. Por otra parte, ya no está Perón y el peronismo está totalmente controlado por una derecha corrupta ligada a los militares. Los sectores progresistas que permanecen en el peronismo son reiteradamente agredidos por las pandillas armadas de Lorenzo Miguel y Herminio Iglesias. La agresión ha alcanzado, incluso, a las Madres de Plaza de Mayo, símbolo de la resistencia del pueblo argentino a la dictadura y del más hondo dolor de los miles de «desaparecidos» en los cuarteles.

Aires de libertad

La coincidencia de intereses entre el pueblo y la oligarquía en 1973 surgía de



considerar a Perón como el único que podía concretar sus aspiraciones. Para las mayorías trabajadoras, el triunfo electoral peronista significaba emprender un camino de transformaciones sociales profundas, como había ocurrido en 1945. La oligarquía, pese a repudiar el populismo de Perón, veía en él el único líder capaz de controlar las masas y encaminarlas dócilmente hacia un proyecto que estabilizara el sistema a largo plazo. De no concretarse esto, quedaba el recurso del golpe militar; alternativa para la cual las fuerzas armadas se prepararon desde el momento en que decidieron convocar las elecciones de marzo de 1973.

Hoy el voto a Alfonsín tiene distinta connotación fundamentalmente para los sectores progresistas, que ven en el triunfo del líder radical la posibilidad de salir de la oscuridad en que el terrorismo de estado les ha sumido. Significa la posibilidad de sentir, expresarse y luchar por sus justas reivindicaciones sin ser torturados o reprimidos por ello. Supone, además, la posibilidad de reorganizarse sindical y políticamente y volver a creer en un futuro mejor. En suma, significa la posibilidad de ejercitar la democracia. El proceso que se inicia adquiere una nueva dimensión frente al retroceso que significaron siete años de dictadura en todos los planos de la vida.

Diez años atrás un triunfo radical, aún con la democrática imagen de Alfonsín, hubiera significado un retroceso político para la clase obrera y los asalariados en general. Hoy, ante la magnitud de la vuelta hacia atrás concretada por la dictadura, este resultado se convierte en un avance democrático y expresa la eleva-

ción del nivel de conciencia política de las mayorías.

Intereses encontrados

Para las clases medias y altas de la burguesía no monopólica, mayoritariamente antiperonista, Alfonsín representa la posibilidad de recomponer su capital, desvalorizado por la política económica de la dictadura. Al menos, la promesa radical de reactivar la economía les permite soñar con la recuperación de las posiciones perdidas. A su vez, el sentido ético del mensaje radical, les permite liberar sus conciencias del sentimiento de complicidad con la barbarie militar por haber apoyado el golpe militar de 1976.

Finalmente, a la oligarquía financiera y rural, fusionada al capital extranjero, el triunfo radical habrá de beneficiarle pese a los ataques verbales recibidos de parte de Alfonsín durante la campaña electoral. Esta aparente paradoja se explica por la necesidad de lograr un cambio en las condiciones políticas y una mayor estabilidad social que permita reanudar la acumulación de beneficios. La represión de estos años fue sólo un requisito para llevar a cabo una transformación estructural de la economía, en función de las necesidades del capital transnacional. Por otra parte, tanto para las multinacionales y la oligarquía nativa asociada a ellas, como para el Pentágono norteamericano, es imprescindible detener la desintegración de las fuerzas armadas mediante su retirada del primer plano político. Para los primeros, debido a que éstas garantizan la preservación de sus intereses económicos. Para el Pentágono, por la necesidad

de descomprimir las tensiones en el Cono Sur americano, para poder centrar su actividad en acciones de terrorismo internacional, como la invasión de Granada, la agresión a Nicaragua y la intervención en El Salvador, África y Medio Oriente.

En síntesis, la satisfacción generalizada por el retorno a la democracia en Argentina, se explica por necesidades materiales distintas. En el plano interno son el producto de las contradicciones emergentes de la etapa dictatorial; y en el externo, de la estrategia agresiva del imperialismo.

Los distintos objetivos perseguidos por el pueblo, por una parte, y por los enemigos de la democracia, por la otra, hacen suponer que esa coincidencia sólo podrá ser transitoria. El escaso margen que otorga la grave situación económica planteará serias dificultades para otorgar concesiones en ese plano.

En lo político, la negativa de Alfonsín a la propuesta de los familiares de los detenidos-desaparecidos de crear una comisión investigadora de la represión ilegal, proponiendo a cambio que lo resuelva la justicia, podría significar el primer deterioro público del nuevo gobierno. El hecho de que sean los jueces cómplices de la dictadura — ya que es improbable su remoción — quienes juzguen a los militares convertiría dicha investigación en una parodia.

Mientras tanto, los argentinos intentarán disfrutar el nuevo aire de libertad, organizarse para defender y profundizar la democracia que no será real sin el justo castigo a los culpables del genocidio. Esa actitud activa de las mayorías trabajadoras será la forma de lograr que la muerte de miles de los mejores luchadores del pueblo y de sus familiares no haya sido en vano. ■

Economía contra la democracia

Los objetivos de reactivación económica van a verse seriamente dificultados por el vidioso tema de la renegociación de la deuda externa. Las condiciones que la parte argentina aceptó para el pago han sido calificadas de «leoninas». Se ha hecho táctica renuncia de la soberanía nacional al aceptar la jurisdicción del estado de Nueva York para la resolución de eventuales litigios. Además, deberá pagar 5.000 millones de dólares anuales tan sólo en concepto de intereses. Esta cifra supone más del doble del valor de los excedentes comerciales internacionales obtenidos por Argentina en 1982.

Alfonsín ha asegurado que investigará la legitimidad de las partidas que componen la deuda, pues más de 10.000 millones de dólares podrían ser fraudulentos. Sin embargo, la implicación de los militares hace dudar de la viabilidad de estas revisiones. Por otra parte, el manejo «secreto» de fondos y la imposibilidad de investigar los negocios de adquisición masiva de armamentos — que podrían ascender a la cuarta parte del total de la deuda —, limita en gran medida la posible investigación.

El nuevo gobierno argentino deberá llevar a cabo una política restrictiva que incremente la presión fiscal, disminuya los salarios y estimule a las multinacionales implantadas en Argentina para conseguir un aumento sustancial de las exportaciones que suplan la previsible caída del mercado interno y la casi segura ruina de las pocas empresas nacionales sobrevivientes al desastre provocado por los militares.

Alfonsín se ha comprometido a no participar en asociaciones internacionales de deudores y a negociar los pagos directamente con los acreedores, apelando a la comprensión internacional ante el nuevo rumbo político de la nación. Los banqueros internacionales, sin embargo, han impuesto como condición de la renegociación la capacidad de «supervisar las políticas internas en materias de crédito, moneda e impuestos». Esto supone mantener la situación de miseria general de los trabajadores de modo que — reducidos al consumo y la inversión privada — se deriven recursos para el pago de la deuda heredada. La satisfacción de los medios financieros internacionales tiene así como contrapartida la creciente crispación de un pueblo cuyo futuro está hipotecado por muchos años.

El doble de Fura

**NUEVO
FURA DOS**



El nuevo Fura Dos te va a gustar el doble. Porque hemos introducido en él muchas novedades. Porque hemos hecho un Fura que es el doble de Fura.

- Frontal de nuevo diseño.
- Faros halógenos. Mejor iluminación.
- Nuevas molduras exteriores.
- Llantas optimizadas.
- Cristal único en puertas anteriores con nuevo alzacristales.
- Nuevo cristal del portón trasero.



Fíjate muy bien en este coche, porque muy pocos modelos son capaces de superarse a sí mismos ofreciendo más cada vez. Evolucionando más para que tú puedas ser más exigente. Los nuevos Fura Dos incorporan un equipamiento aún mayor. Por dentro y por fuera



nuevos detalles completan el estilo Fura. Nuevas tapicerías, reposacabezas integral. Nuevo retrovisor interior con reloj digital incorporado. Nuevo salpicadero. Y Econotronic



opcional, un pequeño ordenador que te ayuda a controlar el consumo.

El Fura Dos es el doble de cómodo. El doble de confortable. Ven a verlo a cualquier concesionario de la Red Seat. Y vivelo con Fura.

NUEVO FURA DOS

El doble de Fura

Red Seat. La garantía más fuerte.



UAB
Biblioteca de Comunicació
i Hemeroteca General
CEDOC

mitologías

LA JET SOCIETY Y LA ROSA

MANUEL VAZQUEZ MONTALBAN

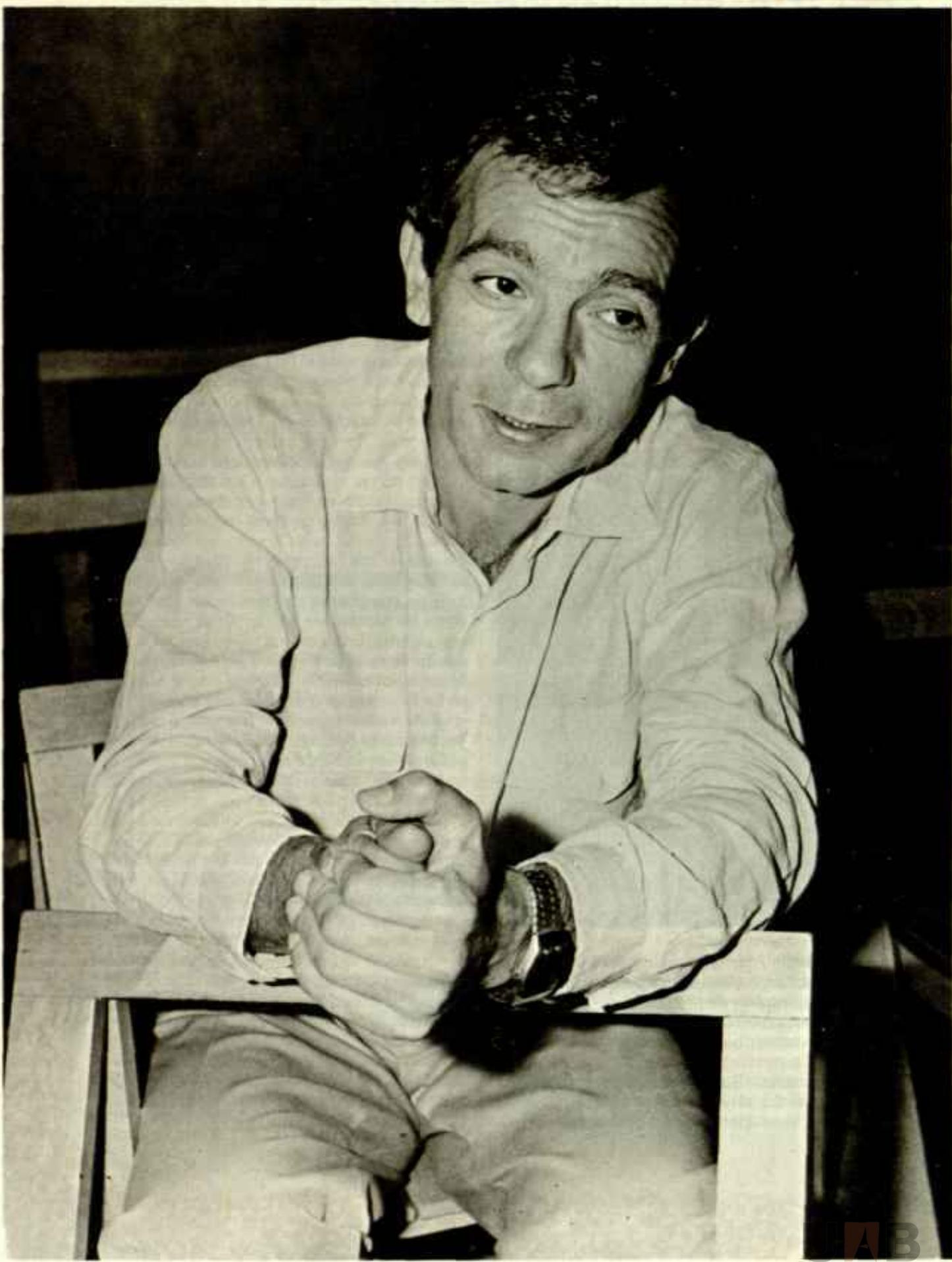
El que menos les gustaba era Guerra. Traducía una displicente plebeyez ilustrada, advertencias de Robespierre en el rictus burlón y condenatorio, manos de escultor de guillotina... Dios mío, estos rojos, siempre detrás de las carnes de María Antonieta. En su desinformación, un socialista seguía siendo un compañero de viaje de los bolcheviques, como Kerenski, y una dama, en Marbella, al borde del televisor y de la histeria, el 28-O de 1982 empezó a gritar: ¡Afganistán! ¡Afganistán! como si los tanques del PSOE estuvieran invadiendo Puerto Banús y los comisarios políticos del zar impusieran el racionamiento del whisky con soda. La transición les había preparado para una conciencia más relajada con dosis de alcaldes socialistas, profesionales liberales entre la zamarra y las corbatas Nina Ricci, a veces con zamarra y corbata Nina Ricci, pero deseosos de inclinarse ante los escotes y de demos-

trar su capacidad de comprensión con los perdedores de la Revolución Francesa. Pero una cosa era asumirles en su cuarenta por ciento y otra encontrarse de la noche al día el país ocupado por una mayoría absoluta ajena, absolutamente ajena la mayoría absoluta. Durarán poco, le decían los camareros pelotas a la princesa Von Bismarck, pero la princesa, más sabia que los camareros y sin haber tenido jamás la obligación histórica de ser camarero, no se engañaba a sí misma. Del mismo modo que Lisboa antigua y señorial no volverá a ser morada feudal ni a su esplendor real, la *jet society* era consciente de que la transición se había ultimado y no para bien. Proseguiría Francis en su destierro chileno, Cari Lapique y Goyanes en su hamburguesa flotante de salvación, allá en Miami, donde Julio seguía los cursos de español universal por correspondencia, mientras la Preysler, cada día más mona y más amueblada tenía un valor, tiene un valor, tiene un valor esta chica que no sabemos de dónde lo saca, en estos tiempos sonreír tanto, ser tan



marquesa. Afortunadamente Nini Montañ seguía abriendo y llenando salones con la didáctica aportación de poner un rojo en su cocktail, incluso un comunista a lo Curiel, que parece mentira que este chico sea comunista con el aspecto que tiene de hijo intelectual de un marqués. ¿Sabes qué te digo monina? Que entre el Curiel y el Guerra me quedo con el Curiel, más apersonado y con menos retran-

ca. Pero no estaba dispuesto el Guerra a aguar más la fiesta y su *amour fou* nació en un jet, con una chica nacida para ser de los suyos, es decir, de los de ellos y el malheriano arrebatado termina en Roma con un nombre ambiguo, Alma, nombre de espíritu y de carne, la maltratada carne de la sufriente Alma Mahler. Y por si fuera poca la concesión del Guerra, ahí está Boyer como coronel Townsend de la Preysler, que sí que no, que no que sí, que a la Parrala le gusta el vino y los hijos de tres o cuatro ministros en pase de modelos infantiles o en la fiesta de otros hijos, como si no fueran hijos de socialistas, al fin y al cabo son sus padres, y ellos al fin y al cabo son sus hijos, di que sí monina, que un padre siempre será un padre y un hijo siempre será un hijo, aunque sean socialistas. También hizo lo suyo Carmen Romero dejándose vestir por la Massiel y aunque se le reprocha la poca convicción con que se sube a los tacones altos o se cuelga de los *foulardes*, tiene un no sé qué de hija triste y cariñosa de un duque. En su desconcierto, la jet society aprende día a día que uno de cada tres ministros socialistas también tiene un hijo partidario del tecnorock, incluso practicante del tecnorock, como la chica de Morán, de Morán sí, el neutralista con pajarita. En su rosada rojez, España sigue siendo tierra de promisión y para muestra Philippe Junot convirtiendo cada noche Marbella en Montecarlo y a cualquiera en Caroline o a Sean Connery que prefiere el sol de España al sol de Gales o a Deborah Kerr, tan señora y sin embargo en apariencia tranquila en Marbella, a pesar de los socialistas, como si la fanfingarán los socialistas, con perdón. Y no es por exagerar, pero incluso, no sé si debo, aunque debiera, insinuar siquiera, la posibilidad remota, aunque por cierto, si mira, voy a decírtelo, a mí estos socialistas me han defraudado por que hacen la política que harían las derechas, con lo que una con lo princesa o lo jet que es se lleva otra desilusión. Si no fueran tan de derechas tal vez les hubiera votado en el ochenta y seis, pero como son tan de derechas votaré a las derechas. El resultado será el mismo. Sí, pero es otra cosa. Donde se ponga un Krugg del 80 que no se ponga un cava catalán en botella doricojónica. La casta. Ni se compra ni se vende. La casta es un contacto cotidiano con la realidad. Un aroma de vuelta al hogar. □



AB
Biblioteca de Comunicació
i Hemeroteca General
CEDOC

José Luis Gómez

Alberto Fernández y
José María Sulleiro

Sentado al fondo, en un discreto rincón del coqueto restaurante, José Luis Gómez exhibe ante sus entrevistadores una angelical expresión de conejo campestre sorprendido en la cocina de un convento. Decididamente bajito, y francamente afilado, el actor se llena la boca de apio y escarola, bebe un sorbo de cerveza y dice que «los socialistas no paran de hacer jardines». Después, mientras rebaña con candorosa fruición los restos de unas albóndigas, te mira a los ojos para convencerte de que «la textura impregnante de la vida es la poesía». Y, finalmente, ante la glauca mirada de una camarera rubia, apura la copa, enciende un «Marlboro» y recita a Brecht: los que vengáis después no nos juzguéis mal; hemos vivido tiempos difíciles.

La noche se prolonga en una copa más, y otra copa más, casi al filo del amanecer madrileño («¡Madrid es una ciudad que manda con jones!»). Un cigarrillo y otro, extraídos ahora de un arrugado paquete de «Lucky Strike». Párrafos de Calderón y de Brecht recitados en la intimidad de un coche que deambula en busca de ese sitio abierto donde aún sirvan el último whisky. Pascual Duarte, Edipo, Gaspar, Segismundo y Arturo Ui van desfilando en la voz entrevistada de José Luis Gómez. Todos se presentan para interpretar al personaje, un personaje que, desde el principio, batalla por seducirte con el dulce e infantil ardid de la sinceridad.

Así que pasen dos horas

La liturgia de la seducción había comenzado a las diez de la noche, en la puerta del madrileño cine Jorge Juan, donde se realizan los ensayos de «Ay, Absalón». Una tablilla, clavada sobre la puerta de acceso al patio de butacas, requería la asistencia de las «señoritas concubinas». Una pizca alborotados, los actores abandonaban el local con una alegría más propia de «fama» que del drama calderoniano en cuya representación se habían esforzado todas las tardes. En medio de la acera, José Luis Gómez despedía a sus pupilos con afecto auténticamente parroquial.

Dos horas después de esa escena, no hubiera sido necesario que Gómez empleara un tono de suave convicción para contar las anécdotas de Karl Valentín, aquel largo y hondo «clown» que supo descubrir la fatiga y el miedo en los guerreros de Brecht. A esas alturas de la madrugada, los presuntos entrevistadores ya estaban atrapados en el hábito de la narración. José Luis Gómez sabe contar historias. Sabe que los juegos, como el amor, están en la narración. Y es entonces cuando la seducción se despierta sola. Una vez más, la fascinación del estreno.

Y eso que la entrevista había empeza-

La liturgia de la seducción

José Luis Gómez

do a traición, sin que el actor permitiera la formación de esas incómodas bolsas de silencio. «Contadme: ¿por qué escribís sobre teatro? ¿Dónde habéis trabajado? ¿Qué tal va MAYO? Los periodistas ensayan una embarullada respuesta a dúo, pero Gómez, sin transición apenas, comienza un vívido relato sobre las zozobras de un director que intenta arrancar de los actores ese acento de pasión en que se apoya cada verso. «Es descorazonador. Cada vez que se inicia un montaje hay que partir de cero, buscar códigos nuevos, establecer la comunicación desde el principio. En este país no hay manera de asegurar la permanencia de un elenco.»

Sin embargo, él no ha escogido para «Ay, Absalón» a ninguno de los actores que trabajaron bajo sus órdenes en «La Vida es sueño». Piensa la respuesta durante unos segundos. Juguetea con el tenedor y, de improviso, se deshace en elogios de aquellos actores: «¡Qué intuición la de Ana Marzosa!, ¡qué monólogo el de Angel Picazo! Lo que pasa es que en «Ay, Absalón» necesitaba otros acentos. El problema es cómo conseguirlo.»

Tanto empeño pone en la descripción, que el entrevistador se mira en el fondo de sí mismo y descubre que se ha convertido en cómplice y protagonista de esa tragedia que dirigir en España. «Mirad: ni siquiera hablamos con los actores el mismo lenguaje. Si a un actor le dices que recite con velocidad, tienes que aclararle inmediatamente que velocidad no quiere decir rapidez, sino continuidad en la dicción, lo que los ingleses llaman *continuity*».

Entorna los ojos, mordisquea una corteza de pan y murmura con voz sugerente: «... ¿Y el acento? En cada verso hay una palabra que condensa todo el sentido dramático». Y, para explicarlo, Gómez recurre con apasionamiento didáctico a recitar un estremecedor texto calderoniano, lleno de implicaciones incestuosas, en el que la mancha transmitida por el hermano, tras la relación carnal, arranca un patético discurso en la deshonrada. «Para interpretar hoy ese verso he tenido que preguntarle a la actriz: ahí se habla de algo repugnante y seductor a la vez. Se habla de una mancha. Y a ti, ¿a ti qué es lo que te mancha? Ese es el problema. Hay que ahondar en la memoria».

Mancha y seducción. «Lo que sucede es que ahora no permitimos que muchas cosas nos manchen». (El entrevistador se pregunta cuántas veces habrá tenido este hombre que disimular, o hacerse perdonar, esa astucia afilada, con la que puede pe-

netrar a los demás sin dar una sola oportunidad a la turbación).

Así que pasen dos años

La agudeza de recordarle que él, como director del Teatro Español, ha fracasado en su intento de crear un colectivo estable de trabajo se ve pagada con el sello del enigma: «Esperad un par de años. Dentro de dos años se precipitarán una serie de transformaciones que se han ido gestando a lo largo de los últimos años. El asunto no es que haya mejores directores — que los hay —, ni que haya mejores actores — que también los hay —, sino que se está dando el caldo de cultivo para que nazcan esos colectivos estables».

Por enésima vez, se adelanta a la pregunta: «Desde luego que en el Teatro Español yo tampoco lo he conseguido. Imagino que ya lo sabréis, pero yo sólo tengo contrato hasta junio, y el resto del equipo, hasta el próximo mes de diciembre. El año pasado apenas cobraba 150.000 ptas... Tuve que plantarme, y ahora gano el doble. El gran problema ha sido siempre convencer a las autoridades municipales de que todo este trabajo requiere medios, muchos medios».

Hace una pausa breve, muy breve. Tan breve que apenas podría llamarse pausa. Sólo dura el tiempo imprescindible para cambiar de ambiente, y para evitar que el entrevistador caiga en la ordinarietà de una pregunta obvia. «Os estaréis preguntando por qué me he metido entonces en este lío. Pues, sencillamente, porque me interesa. En toda Europa la renovación del teatro ha venido de las instituciones. Sólo los poderes públicos pueden poner en tus manos los medios necesarios para un montaje con garantías. Ningún empresario privado podría hacerlo».

La penúltima albóndiga que yace sobre el plato contempla estupefacta la transfiguración. Ahora va a ser engullida por un Gómez-gestor, capaz de defender ante el Ayuntamiento de Madrid la enorme importancia de traer espectáculos que cuestan hasta diez millones de pesetas. Un gestor que en los últimos cuatro años sólo ha realizado tres espectáculos. «Sí, es cierto, pero es el precio que he tenido que pagar. Ahora, las cosas van a cambiar un poquito».

Esboza un gesto amplio, como si señalara ese largo camino, lleno de esfuerzos y contradicciones, que le llevó desde su Huelva natal hasta Alemania, donde se for-

mó, y de la que volvió trayéndose del brazo a Peter Handke y al mismísimo Brecht. Un recorrido que busca de pronto a los autores clásicos, especialmente a Calderón. «Volví muy nórdico, y no se puede decir que me haya convertido en mediterráneo. Lo que sucede es que los tiempos han cambiado mucho. Después del 68, y del 70, las cosas están cambiando. Es verdad. He vuelto a los clásicos. Pienso que nuestras necesidades se encaminan a intentar despertar esas zonas dormidas que hay en todos nosotros. Quedan muchas cosas en nuestro pasado. Mirad a los socialistas: no paran de hacer jardines».

«El sufrimiento, ese cáncer de la belleza»

El tema de los autores clásicos parece hacerle olvidar, por un momento, las largas horas de ensayo, el hambre y el sueño acumulado. Recita con medida entonación: «El sufrimiento, ese cáncer de la belleza». «Escuchad: ¿quién se atrevería hoy a decir, a escribir eso. Es tremendo, ¿no? Nadie, nadie se atrevería a decirlo. Y, sin embargo, todos lo sentimos. Todos sentimos miedo, soledad, necesidad de comunicarnos solidariamente con los demás. Es la lucha contra el tiempo, contra la muerte. Esa lucha, ese sentimiento, está en los clásicos. Y cuando vosotros, yo, los actores, el público lo oyen con el tono y acento justo, se provoca una ola de reconocimiento».

No nos hemos dado cuenta, tal vez confundidos por el denso sabor del café, o por la frialdad del whisky, o por el humo de los cigarrillos encendidos tras la cena, pero el caso es que la voz de José Luis Gómez se ha ido remansando, adquiriendo una amable densidad que llena de intimismo el ya casi desierto restaurante. «Tengo 43 años, y no me siento viejo. No soy viejo. Digamos que son mis padres los que envejecen, o que miro a mis sobrinos y descubro que son más fuertes que yo». Se lleva la mano al pecho, como si taponara una punzada. «A los 43 años ya siento y palpo más los hechos del tiempo existencial que los del tiempo histórico. Aunque no lo parezca, soy un hombre intuitivo. En los clásicos puedo hacer arqueología emocional, porque en ellos están los grandes arquetipos que son la substancia de nuestros sentimientos. Esa emoción latente que sólo un arte como el de Calderón puede hacer despertar».



«Perdonad que vuelva a hablar de mi mismo, pero aún recuerdo lo que sentí al hacer Edipo. Yo había procurado ser un buen chico, un chico aplicado, que cuidaba su salud. Sin embargo, me sentí desbordado por la densidad del tiempo. Mi estructura física no daba para más. Estaba agotado y fascinado al mismo tiempo. Esa es la angustia que provoca el teatro clásico. El hábito grande, que decía Valle-Inclán. Son sensaciones que, en estos momentos, no provoca ninguna obra actual».

El miedo al sacrilegio

La subrepticia aparición de una cámara de fotos no interrumpe el apasionado mo-

nólogo. El entrevistado se limita a componer levisimamente el gesto antes de seguir: «De Calderón me fascina esa férrea y lógica defensa del orden establecido, que se ve traicionada por el subconsciente, lleno de morbosidad y emoción».

Muestra un gesto de inquietud cuando le preguntas por qué no siguió adelante con «La devoción de la Cruz» cuando era director del Centro Dramático Nacional. «Es que la Cruz estaba demasiado presente, palpitaba. Estaba demasiado patente para subvertirla. Hubo una especie de miedo al sacrilegio que me paralizó». Fija la mirada en la muda presencia de un aparador que flanquea la mesa. «La verdad — confiesa dirigiéndose al mueble — es que nunca había hablado de esto... También vosotros fuisteis a un colegio religioso.

¿Los dos? ¿Tú también? Yo estuve en los salesianos. Es inútil negarlo, la formación religiosa influye mucho».

Otros tres whiskys, y sus correspondientes cafés, sirven para urdir nuevas coincidencias: «¿qué es Stanislavsky en el fondo? Un sistema, un sistema, un método que permite despertar los hechos en nuestras memorias. ¿Qué es Brecht? En el límite, poco más que eso. Pero Brecht es un filósofo, que toma partido y te obliga a tomarlo. Hubo una vez que cierto profesor me hizo recitar una poesía de Lorca: "Limonar / momento / de mi sueño (...). Limonar / mi amor niño, mi amor / sin báculo y sin rosa". El profesor me preguntaba: ¿Tu sabes de lo que está hablando ahí? ¿No notas que ese limonar es algo muy querido, muy íntimo, que se ha perdido pa-

José Luis Gómez



ra siempre. Yo medité, y lo descubrí como si fuera un fogonazo». Se queda con la palabra en suspenso, a la espera de nuestra respuesta al interrogante. "La memoria", murmuramos con inseguridad. "La memoria, ¡exacto!, la memoria, mi limonar".

La aparición irremediable de la factura

nos devuelve inopinadamente al realismo. José Luis Gómez sigue hablando impertérrito, como desde una momentánea ausencia: «¿De dónde viene todo? Del realismo, pero la estética no se puede detener en el realismo como última fuente. Hay que ir contra esa moda "naturalosa" que destruye cualquier estallido de la imaginación. En

el teatro español no parece haber sitio más que para la lectura sociológica de los textos teatrales. Es tremendo». «Brecht montaba las obras de modo que la propia disposición de los actores en el escenario ya constituía en sí misma una forma de narrar la fábula».

La memoria de las horas transcurridas parece mirarnos, no sin cierto reproche desde las seis tazas vacías, desde las seis copas apuradas. Hace tiempo que el restaurante está cerrado. El realismo nos lleva de la mano hasta la calle sin bácula y la noche sin rosa. Hace un frío que pela.

La última copa de la ciudad está fatalmente aparcada en el inefable «Oliver», un renegrido y céntrico «pub» decorado con un remedo de salas de estar en cuyas paredes sirven los libros de adorno, y donde, al terminar la noche, se reúne una lejana y pálida élite de periodistas, directores generales y otros personajes del espectáculo capitalino que intercambian ingenios y gin-tonics entre dos resacas.

En el coche, de camino hacia el «Oliver», José Luis Gómez repasa las experiencias del Centro Dramático Nacional procurando rebuscar más los acuerdos que las diferencias. «Igual que nosotros, se encuentran atrapados en una dinámica de éxitos y resultados, que es precisamente lo contrario de lo que debería hacer un teatro institucional. Pero, lo cierto es que no hay manera de escapar de esa espiral. Es una contradicción tremenda, angustiada. Un teatro institucional tiene que plantearse montajes rigurosos, que permitan un avance. Pero se nos exigen éxitos. Habría que tener la valentía de decir: esto es bueno, aunque todavía no guste».

A las cuatro de la mañana, en el vacío escenario del «pub», los camareros no saben cómo desalojar a esos tres últimos clientes que hablan de «La Vida es Sueño». José Luis Gómez es el cuento de nunca acabar. Cuando la historia ya está en sazón, el actor te ha convencido de que eres el interlocutor ideal.

Y, después, melancolía de calles desiertas durante la madrugada. El actor vuelve a llevarse la mano al pecho. «Es verdad que el teatro está ligado al momento en que se produce, a la existencia. Pero, a mí, cuando haya desaparecido, ¿qué me importa? Hay películas que duran menos en nuestro recuerdo que un montaje que no volveremos a ver. El cine, el gran cine, el que permanece, te puede emocionar. Pero, el gran teatro... cuando se logra la magia del teatro, recibes un castañazo que ya no podrás borrar jamás de tu memoria».

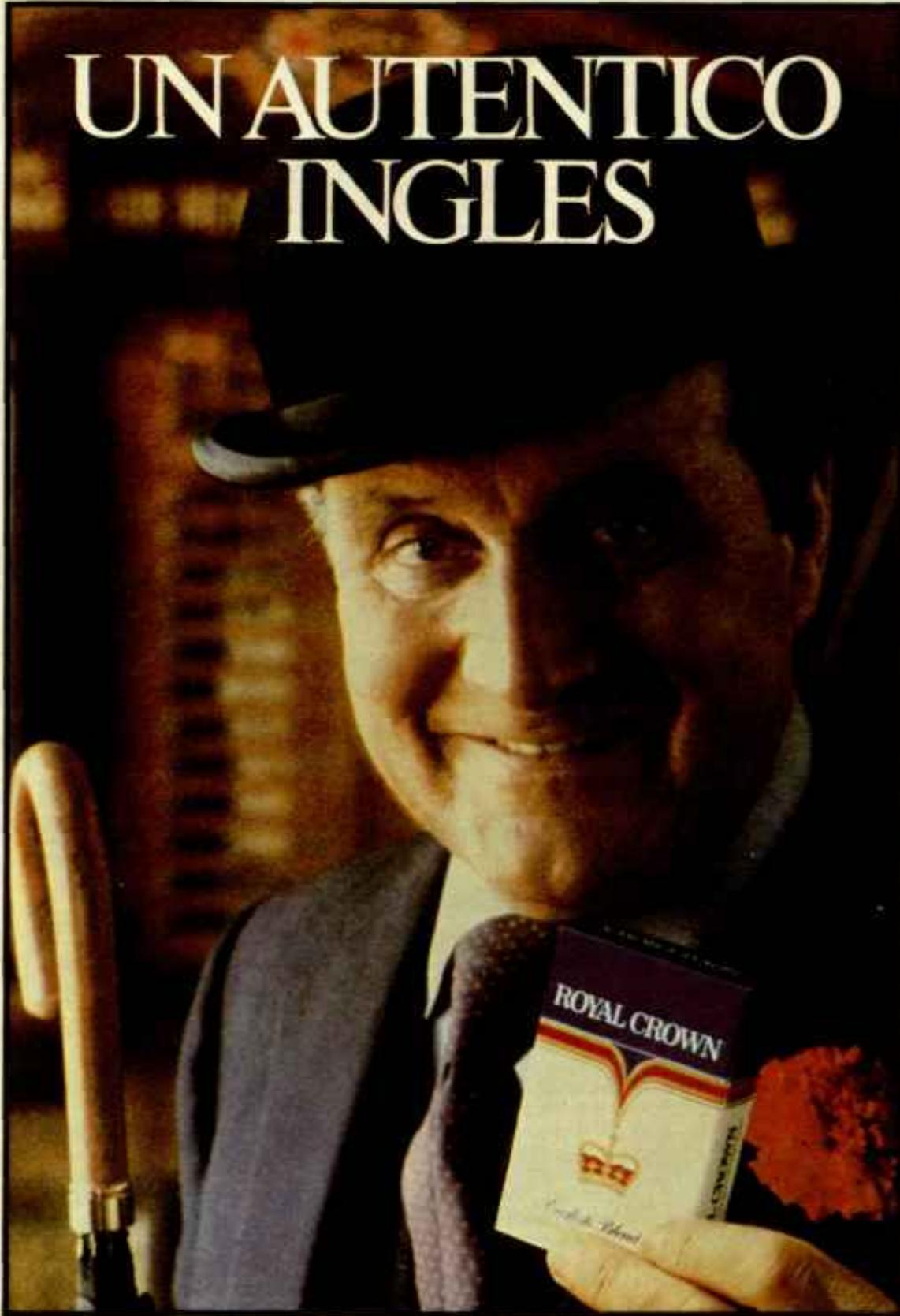
UN AUTENTICO INGLES

Elegir un buen tabaco es importante para disfrutar.

Ahora en España podemos optar por un auténtico rubio inglés a un precio muy razonable.

El sabor de Royal Crown es el resultado de una cuidadosa selección de tabacos frescos, del tipo Virginia.

Royal Crown, un auténtico inglés.

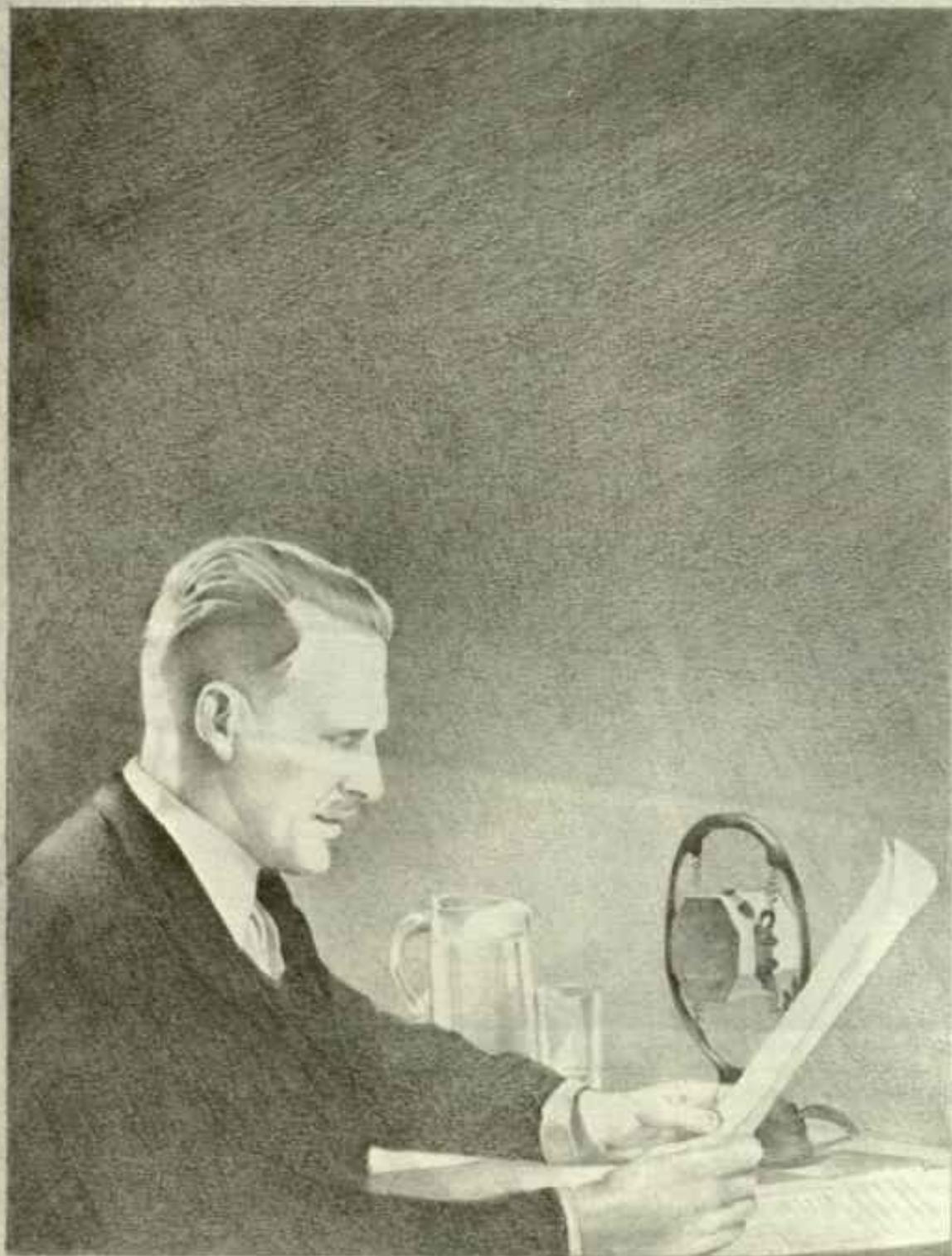


ROYAL CROWN

Rubio Inglés Tipo Virginia

UAB
Biblioteca de Comunicació
i Hemeroteca General
CEDOC

Tabacalera SA





La radio es el mensaje

¿Cómo atrapar ese escurridizo, multicéfalo y dinámico fenómeno llamado radio? ¿Cómo definir un invento que, sobre todo, ha sido arma de guerra, herramienta de homogeneización social y cultural y medio de distribución de mercancías-mensaje? La radio se resiste a las etiquetas, aunque en ocasiones cede el narcisismo convirtiéndose ella misma en noticia. En España, tras el prestigio adquirido la noche del 23-F, la radio trata de recuperar el tiempo perdido, pero sin modificar sus estructuras. Los intereses político-ideológicos y comerciales continúan mediatizando un medio todavía millonario en posibilidades.

PERU ERROTETA

Ilustraciones: Fuencisla del Amo

El paisaje ha cambiado. Hace tan sólo una década hablábamos de un modelo comunicacional de masas similar al de las relaciones de poder: un emisor centralizado, los mensajes emitidos a través de canales fácilmente identificables y los destinatarios, víctimas del adoctrinamiento ideológico.

Ahora, la multiplicación de los medios y la actuación de algunos de ellos como medios de los propios medios han difuminado el proyecto manipulador. «Ya no existe el poder aislado», concluye Umberto Eco, refiriéndose al fenómeno multimedia. Estamos en otro escenario y, por tanto solamente cabe preguntarnos sobre lo que está sucediendo.

España, que según el profesor Lluís Basets sigue «vagamente sintonizada con el mundo», no ha acusado aún el impacto de la nueva parafernalia comunicativa de masas. Una prensa sustentada sobre enclenques estructuras, una televisión oficial y la lenta penetración de otros medios configuran un modelo desarticulado, todavía rígido y, sobre todo, redundante en los contenidos.

Sin embargo, algunos fenómenos como el de la radio, comienzan a indicarnos lo que puede llegar a ser un universo interconectado, cruzado de mensajes de los más variados contenidos y procedencias. Una radio que ha llegado tarde, pero que en nuestros páramos informativos brilla con cierta luz propia y que, sobre todo,

cuenta todavía con un amplio campo de maniobra.

Buenos días, comienza la emisión

Veinticuatro horas sobre veinticuatro. Desayunamos con las noticias de la radio y nos acostamos escuchando la radio. La acción de apretar el botón constituye toda una experiencia vital, orientada a satisfacer necesidades emocionales. La sola idea de una jornada muda, sin la compañía de los medios, parece inconcebible. El hecho de que el medio comunique parece connotar que el mundo sigue funcionando con regularidad.

Según un reciente trabajo del catedrático Martín Serrano sobre el uso de la comunicación social por los españoles, en nuestro país cumplen tal refuerzo de la identidad social, la televisión y la radio. La primera ofreciendo la seguridad de que el mundo cotidiano permanece y la segunda complementando la sensación de que el futuro se va construyendo por sus pasos y que no será demasiado diferente respecto al presente.

De la encuesta realizada por Martín Serrano también se desprende que España cuenta desde años con una infraestructura holgada de receptores. Concretamente, sólo uno de cada diez hogares españoles no dispone de radio, tres de cada cinco pueden recibir la frecuencia modulada, dos de cada cinco cuentan con más de un receptor y cinco de cada nueve automovilistas tienen instalado un autorradio. Si a ello se suman los «walk-men» y los aparatos instalados en los centros de trabajo,

La radio es el mensaje

la red receptiva de los españoles parece bien dotada.

El interés por la radio es parecido entre hombres y mujeres, aunque cambia con la edad. Los primeros están particularmente interesados entre los 22 y 31 años y las segundas en la década posterior. La imagen que los españoles se hacen de la radio, se configura en torno a la música y, en menor grado, respecto a los contenidos informativos. En concreto, la opinión pública traza el siguiente perfil de la radio: tecnológicamente no muy moderna, barata y, sobre todo, útil. Estas características funcionales y su consideración como medio informativo próximo a la prensa, configuran una imagen muy favorable de la radio.

Paralelamente, los españoles se han homologado con sus vecinos del norte en la forma de escuchar la radio. La miniaturización y abaratamiento de los receptores ha individualizado la audición. El viejo aparato familiar ha sido definitivamente desplazado por la televisión. Lo más habitual es escuchar la radio en la habitación, el coche o el lugar de trabajo (que para las amas de casa es la cocina) y no faltan los que se duermen con el receptor encendido.

Desde el estudio, para toda España

Así como la demanda radiofónica española se encuentra confortablemente equipada de tecnología, no ocurre lo mismo con la oferta. La concesión de nuevas licencias sigue sin afectar sustancialmente al modelo asentado en las grandes cadenas. RNE, SER, COPE y RADIOCADENA siguen siendo las emisoras que monopolizan las audiencias. El resto de la tarta se reparte entre multitud de soportes, sobre todo en frecuencia modulada, que abarcan desde el ámbito local hasta el autonómico y que comienzan a resentirse de la competencia de nuevas cadenas como «Antena 3» y «Radio 80».

La mayoría de los paneles de audiencia, ponen de manifiesto que cerca de un treinta por 100 de los encuestados son incapaces de identificar la emisora que han escuchado la víspera, lo cual también es reflejo de las indefinidas estructuras de la radio española. Sin embargo, en el (dial) caben aún más frecuencias y estas van a llegar. Con la próxima concesión de trescientas nuevas emisoras de FM, por parte de las autonomías, los cuarenta millones de españoles contarán con más de mil soportes.

Demasiados, en opinión de Fernando Omega, Jefe de Informativos de la SER, «El

Bravo por la música

La música es la reina de la radio. Ambos fenómenos están tan ligados que resulta inimaginable una emisora o un mero programa carente de tan vital recurso radiofónico. La radio actúa en el terreno musical como imprescindible difusor de las grabaciones y, en consecuencia, como soporte privilegiado del mercado del disco.

De hecho, la diversificación de las emisoras, especialmente las de Frecuencia Modulada, se está produciendo en el marco de la música. En una ciudad como Chicago, alrededor de una veintena de emisoras emiten simultáneamente diferentes contenidos musicales desde la (Beautiful) music, hasta el rock duro, pasando por la clásica, el soul y el country. Basta con apretar el botón para que el altavoz reproduzca los sonos de nuestra preferencia.

En España nos encontramos aún alejados de ese magma sonoro que impregna la vida americana. En líneas generales la programación musical de la radio española es monótona, redundante y carente de originalidad. Las estrategias comerciales de las multinacionales del disco determinan los gustos.



espacio radioeléctrico, que también es escaso —sostiene Omega— no se corresponde con el espacio comercial. Por eso, muchas de las nuevas emisoras acabarán entregándose a algún poder».

De todos modos, la batalla entablada entre las grandes y las pequeñas emisoras está aún por decidir. A la tendencia de las primeras por copar el mercado, oponen las segundas una dura competencia. La exigencia de participación de los partidos políticos, las minorías nacionales y regionales, los grupos marginales y hasta de sectores económicos que ven en la radio una actividad lucrativa, son algunos de los factores que, en opinión del comunicólogo italiano Giuseppe Richeri, justifican la existencia de las pequeñas emisoras. Lo cual tampoco le impide reconocer que «lo que permanece es el hecho de la concentración como único modo de sobrevivir en la jungla económica del éter italiano».

Saludo a mi prima, que me estará escuchando

La radio está demostrando su capacidad para responder a exigencias variadas y a menudo contradictorias. La radio es flexible en la producción y difusión de mensajes, en la adopción de lenguajes y a la hora de adaptarse a las especificidades sociales, políticas y culturales del territorio que cubre.

Al mismo tiempo, la radio ofrece la posibilidad de crear nuevos mercados y nuevos canales para la actividad comercial. «Y es precisamente aquí —afirma Richeri— donde surgen las mayores contradicciones y donde el análisis del renacimiento del medio radiofónico debe pasar de los aspectos cuantitativos a los cualitativos». ¿Se contradicen los objetivos económicos con el desarrollo de las formas de expresión, información y cultura?

Pasar de unas pocas a centenares de emisoras que transmiten la misma música, la misma información y la misma publicidad presupone una notable merma de las posibilidades que ofrece el medio y, además, un despilfarro. Para Lluís Bassets, el resurgimiento de la radio coincide, además, con «un autoritarismo renovado que se resuelve triunfalmente en un mundo consciente de su propia finitud» y esto tiene mucho que ver con el propio autoritarismo del medio.

Para uno de los promotores de «Radio Negra», emisora libre que saldrá al éter madrileño el próximo mes, «la radio siempre es autoritaria porque envía mensajes y no

**Las personas como usted
encuentran hoteles confortables
hasta en la forma de pagar.**



**Las personas como usted
sólo necesitan Eurocard.**

Eurocard, una tarjeta exclusiva con ventajas concretas.

Eurocard, presente en más de 140 países.

Aceptada en más de tres millones de establecimientos.

Eurocard para disponer de dinero en efectivo en más

de 75.000 oficinas bancarias en todo el mundo y en la red de cajeros automáticos del Banco de Vizcaya.

Eurocard, para viajar cubierto por un seguro de accidentes () gratuito para Vd. por valor de 15.000.000 de pesetas.*

(*) Con la Cia. de Seguros Plus Ultra, S. A. y siempre que el pasaje se haya pagado con su tarjeta Eurocard.

Solicite la tarjeta Eurocard en los siguientes bancos del grupo BANCO DE VIZCAYA: Banco de Vizcaya, Banco de Financiación Industrial-Indubán, Banco de Crédito Comercial, Banco Meridional, Banco de Préstamo y Ahorro, Ahorrobán, Banco Occidental y Banco Comercial Occidental.



Banco de Vizcaya

La radio es el mensaje

los recibe. La retroalimentación no existe. Todo está basado en la compañía del ruido». La utilización de un auxiliar tan privilegiado como el teléfono, ha creado en la radio una imagen de «feed back» que, en realidad, es sólo espejismo. La proporción entre los oyentes de un programa y las llamadas que salen por antena es realmente ridícula. Sin embargo, el colectivo de oyentes llega a sentirse representado por esas llamadas.

Las técnicas de sondeo de la opinión pública están contribuyendo a que las emisoras afinen sus programas en función de las demandas. Sin embargo, la oferta sigue imponiéndose a las necesidades, con lo cual el gusto es en gran medida producto y prisionero del condicionamiento social y cultural, así como de la limitación de las posibilidades.

La imperiosa necesidad que las emisoras comerciales tienen de ofrecer amplias clientelas a los anunciantes, hace que los contenidos se homogenicen. «Nos dirigimos a millones de personas al mismo tiempo, desde el catedrático a la Sra. María, pasando por el campesino, lo cual nos exige un difícil equilibrio», reconoce Fernando Onega. En otros casos, como el de las emisoras «no-stop-music», la dependencia de los contenidos a los intereses comerciales (las multinacionales del disco) es, simplemente, escandaloso. Las necesidades de promoción y venta son las que imponen los gustos.

Presten atención, comienza el programa

La radio española, que vivió en el limbo desde 1936 hasta 1976, trata de recuperar el tiempo perdido. Según señala Lluís Bassets, nuestra radio no se dio por enterada del esplendor de la década de los treinta, que contó con figuras tan notables como Orson Wells, Artaud y Dylan Thomas; ni del modelo informativo y veraz, que inauguró la BBC; ni del fenómeno de las radios piratas en las costas del mar del Norte; ni tampoco de las radios libres italianas, de la mitad de los setenta. Solamente la radio política y propagandista llegó, de la mano del franquismo, a España. La pérdida del monopolio informativo por parte de Radio Nacional de España y la concesión de nuevas frecuencias abrieron la veda de los intereses comerciales y hoy nos encontramos con un modelo de contenidos monótonos, redundantes y, en definitiva, aburridos.

Los grandes programas de las radio-ca-

Aprender por las ondas

La versatilidad de la radio, que se ha puesto de manifiesto en fenómenos tan dispares como la guerra de liberación nacional de Argelia; el dramático conducido por Orson Wells, que hizo creer a los americanos que la tierra había sido invadida por extraterrestres y que vehiculizó el acceso de la marginalidad italiana a las ondas, también se ha constatado en un reducto tan estricto como la educación de adultos.

Algunos países del Tercer Mundo, que carecen de infraestructuras educativas, son los que más intensamente recurren al medio radio para sus campañas de alfabetización.

También en España se utiliza este método educativo. Cerca de 100.000 alumnos de EGB, BUP y formación universitaria han seguido todas o algunas de sus clases por la radio. Radio Ecce, a través de las veintidós emisoras de la cadena COPE, es uno de los bloques educativos fundamentado en la transmisión de contenidos lectivos. De otro lado, la UNED, con 78.000 alumnos y emitiendo a través de Radio 3, de RNE, trata de integrar con todos los recursos disponibles la «radio documento integrado» en las unidades didácticas.



denas se disputan el mercado a precios de futbolista. Los conductores de renombre cambian de empresa en función de salarios millonarios y los huecos que dejan son rellenados por nuevas figuras con el mismo estilo. Desde los boletines de noticias hasta los magazines, pasando por los programas de la noche, los modelos se mimetizan hasta casi perder su identidad. Luis del Olmo, José María García y «El loco de la colina», son tres inequívocos referentes, que crecen y se multiplican por el dial.

Existe en el campo de la música una mayor pluralidad, pero a la cual solamente se accede a través de la erudición. Salvo Radio 2, de RNE, que ofrece ininterrumpidamente música clásica, la mayoría de las emisoras programan todos los estilos y en diferentes horarios, con lo cual la posibilidad de sintonizar con una audición determinada se convierte en auténtico tormento. A lo cual se puede agregar la redundante monotonía del «no-stop-music», programada por las multinacionales y que encuentra en el programa «Los 40 principales» su más acabada expresión.

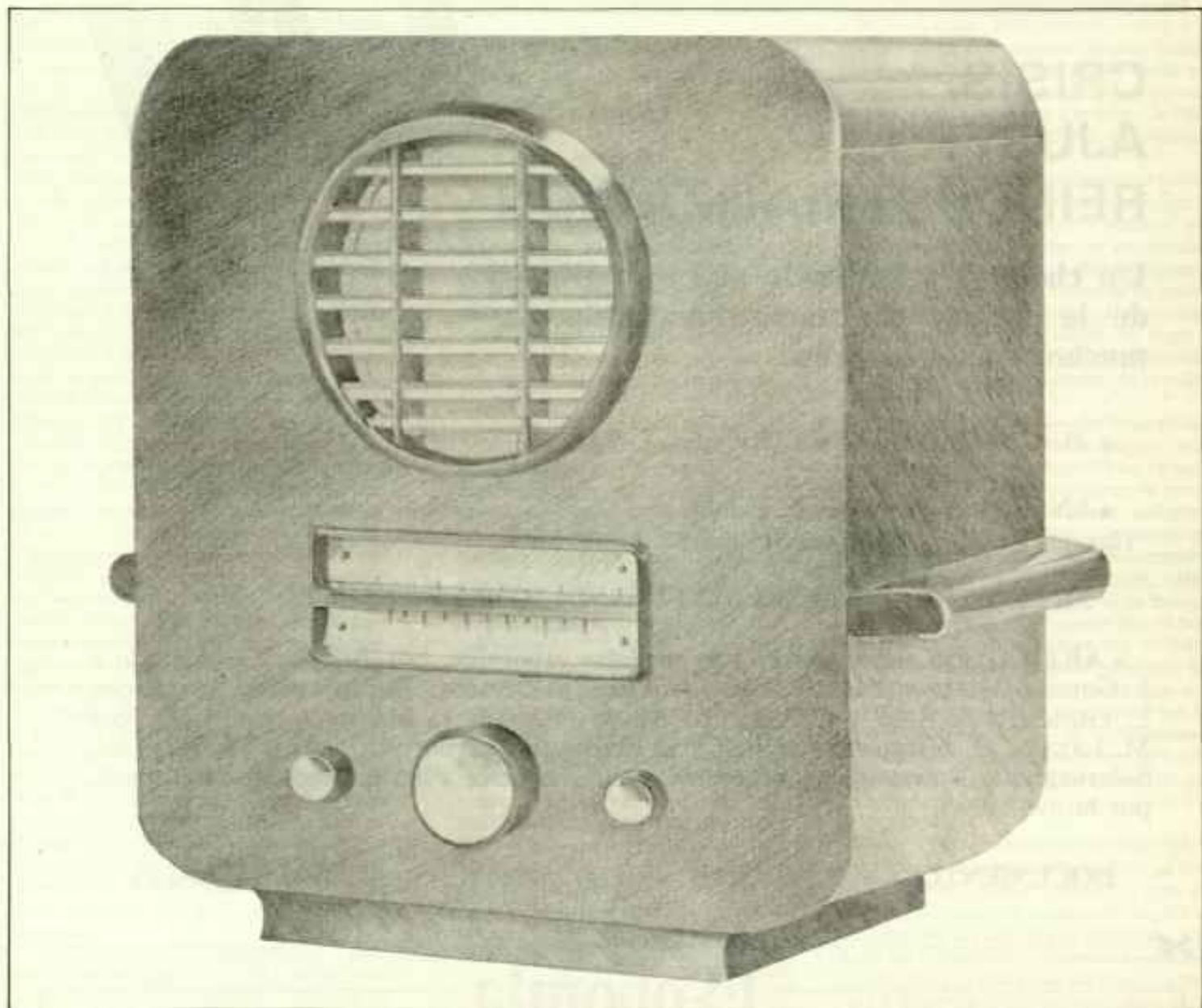
Se salvan de esta marejada uniformadora algunas excepciones como Radio 3, de RNE; las emisoras comarcales y libres; Onda Pesquera y pocas más. La primera con una programación cultural sistemática, las segundas orientándose hacia una información más próxima o alternativa y la tercera abierta al mundo del trabajo en el mar.

En caso de que la actual tendencia —mil emisoras y contenidos similares— llegara a cristalizar, quizá en la próxima década podríamos inaugurar el gran monumento al despilfarro radiofónico: criatura de gruesos tentáculos y pequeño cerebro.

En su receptor, «el parte»

¿Por dónde pasan las líneas divisorias de los intereses políticos, económicos o ideológicos de las emisoras? La ambigüedad, la instantaneidad y la homogeneización de los estilos radiofónicos, dificultan la respuesta. Efectivamente, se pueden llegar a detectar profundas diferencias entre soportes, pero en todo caso con mayores dificultades que en la prensa.

La propia necesidad de crear espacios sonoros ha dado a la radio un estilo cartón-piedra de falso optimismo, eufórico y agresivo que, felizmente, comienza a ser superado por una comunicación más intimista y modulada. En general, las emisoras y los programas más descaradamente comerciales optan por un estilo más ba-



nal, hasta rozar en ocasiones con lo chabacano, mientras los programas más cultos tienden a utilizar un lenguaje más sofisticado.

La radio, que es, además de un sector económico, un empleo y un arte, necesita elevar su sentido profesional; adoptar una sensibilidad que le permita obtener rendimiento de todo su potencial artístico, intelectual y cultural. Esta tendencia, que no ha estado ausente de ciertos profesionales y ciertos momentos de la radio española, choca también con las estructuras dominantes del medio. En un sistema mixto — radio pública, de dependencia estatal, y radio privada — como el nuestro,

los intereses político-ideológicos y económicos acaban imponiéndose.

En el caso de la radio pública y a pesar de los mecanismos de control, siempre tiende a imponerse la visión del mundo predeterminada por los gobiernos de turno. Los intereses comerciales y sesgada o abiertamente los políticos también acotan el campo de las emisoras comerciales. A fin de superar en la medida de lo posible estas servidumbres, el teórico británico Richard Hoggart, propone una buena reglamentación, entendida «como una delimitación de territorios para trabajar, jugar y experimentar; es decir, un sistema capaz de superar las flagrantes presiones geme-

las que constituyen el control político y la empresa comercial».

Por el momento y como corresponde a los grandes medios de comunicación masiva, en España disponemos de un modelo de radio democráticamente sancionado; soporte de una ideología del consenso, la integración y la paz social y con vocación sensacionalista.

La palabra a la calle

Las noticias radiadas son demasiado parcializadas, inmediatas y breves como

UJAP
Biblioteca de Comunicación
I Hemeroteca General
CEDOC

REVISTA

Economía Industrial



CRISIS, AJUSTE Y REINDUSTRIALIZACION

Un chequeo actualizado al Libro Blanco de la Reindustrialización realizado por muchos de sus autores.

- JUICIO CRITICO DE CCOO, UGT. Y CEOE.
- ENTREVISTA a Eduardo Santos:
"Hay que minimizar los costes del ajuste"

EL PROLOGO DEL MINISTRO DE INDUSTRIA Y ENERGIA

• ARTICULOS, entre otros: **Las medidas laborales**, por Aurelio Desdentado e I. García. **Ajuste y Planificación**, por Luis Albertosa. **Reconversión Naval**, por L. Gutiérrez de Soto y E. Vela. **La Reconversión de la industria electrónica**, por M. Lázaro. **El desarrollo regional y la Reconversión**, por A. Pinar y JR Vázquez. **Siderurgia: la Reconversión necesaria**, por F. Arenas. **Plan de Reconversión textil**, por Jaime Rubio.

DOCUMENTOS • NOTICIAS • ESTADISTICAS • BIBLIOGRAFIA



Suscribase a

Economía Industrial

Nombre o Razón Social _____

Domicilio _____ Teléfono _____

Ciudad _____ Provincia _____

Fecha _____ Firma y Sello _____

Precio de suscripción: 2.000 Pesetas (España); 2.500 Pesetas (Extranjero). Forma de pago mediante talón nominativo al Servicio de Publicaciones del Ministerio de Industria y Energía, Dr. Fleming, 7. Madrid-16.

Cada suscriptor recibirá anualmente, de forma totalmente gratuita, 12 fascículos conteniendo los resultados de las encuestas de Coyuntura Industrial y otros 4 sobre Infratilización de Capacidad Productiva.

UAB
Biblioteca de Comunicación
i Hemeroteca General
CEDOC

La radio es el mensaje

para lograr que el oyente capte su signo ideológico. Este reprocha que, en general se hace a la información en radio, es compartido por Fernando Onega: «La limitación de tiempo y de espacio, hace que nos sea muy difícil, por no decir imposible, contrastar la información. No reflexionamos, actuamos puntualmente y por eso en buena medida somos puros transmisores de lo que otros dicen».

Otro cuello de botella en nuestro actual modelo de radio aparece en la desequilibrada relación entre la multiplicación de las emisoras y la concentración de fuentes. Por ejemplo, casi toda la información internacional (que en el caso de la SER solamente alcanza el 5 por 100 del tiempo dedicado a los informativos) procede de la agencia EFE. Solamente en casos excepcionales, las emisoras se pueden pagar enviados especiales. La agencia de noticias UPI y La Voz de América regalan su información a las emisoras que se la pidan. Basta con marcar un número de télex.

Las grandes cadenas se nutren de información nacional a través de la conexión con sus emisoras. La SER cuenta con sesenta. Sin embargo, las pequeñas siguen dependiendo de EFE para este servicio. Solamente en las estaciones locales aparecen nuevas fuentes y un tratamiento diferenciado de las noticias.

Entre la tentación paternalista y la inclinación al sensacionalismo, la radio española sigue improvisando. Habla mucho del directo (de colocar los micrófonos en el lugar de los acontecimientos y, sin más retrasar, pero sólo lo utiliza esporádicamente; sigue sin disponer de fuentes sólidas propias y, en no pocas ocasiones, se deja arrastrar por un estilo tenso, y populista.

«Cada generación, cada sistema —indica Richard Hoggart— llama a su servicio a las personas que necesita». Por eso, la evolución ideológica y política de nuestra radio depende no solamente de los profesionales del medio, sino de las propias mutaciones de la sociedad española. En la medida en que ésta demande contenidos, diferentes irán abriéndose paso nuevos espacios radiofónicos, a pesar del autoritarismo inherente al medio. Por el contrario, un tejido social amorfo solamente se corresponde con una radio opaca.

Basta un duro para ser corresponsal

Con 200.000 pesetas se puede montar y equipar una emisora capaz de cubrir el

Instantánea, diversa e imaginativa

La rápida implantación de la televisión en EE.UU, Inglaterra y Japón a principios de la década de los 50, hizo creer que aquello era el principio del fin de la radio. El formidable desafío, que supuso un freno objetivo para el desarrollo de la radio y un condicionamiento para su futuro, obligó al invento de Marconi a modificar su estilo, al tiempo que se aprovechaba de las nuevas técnicas.

Con el nacimiento de la TVE, el futuro de la radio no estaba en competir con la pequeña pantalla, sino en afianzar su faceta de instantaneidad. Los programas dramáticos de la radio fueron los que más se resistieron con la irrupción del nuevo invento. Paralelamente, la radio sufrió el recorte de sus facturas publicitarias, en beneficio de la televisión.

El bajo coste de los equipamientos, el carácter más acusadamente intelectual del sonido sin imagen, las posibilidades de la estereofonía y otras características han hecho que la radio salga de su bache. Intimista, en ocasiones hermética, radio de reflexión o de animación, capaz en todo caso de proyectar sobre el radioyente su propia imagen, la radio es hoy el más diversificado de los «mass media».



área de Madrid. Este hecho, unido a la necesidad de dar voz a los grupos marginales, a los habitantes de las periferias urbanas y, en general a pequeños colectivos sociales, han hecho que a lo largo de 1983 hayan nacido medio centenar de emisoras libres en España.

Estos espacios radiofónicos «donde —en palabras de Lluís Bassets— juega el poder, pero sin jugársela en absoluto», conocieron su máximo esplendor a mediados de los setenta en Italia: 1.600 emisoras y un promedio de nueve millones de oyentes. El experimento, nacido de las propias convulsiones de la sociedad, no llegó a cristalizar aunque modificó profundamente la estructura y los contenidos de la radio italiana.

En España, el fenómeno ha llegado tarde y marginalmente. «Radio Negra», que emitirá desde Aluche (Madrid) ha optado por programas autogestionados de feministas, objetores de conciencia, exiliados latinoamericanos, pacifistas, además de otros dedicados a economía, asesoramiento jurídico, informativo y musical, atendiendo sobre todo a los grupos de barrio.

«Radio Negra», que cuenta con el trabajo gratuito de jóvenes parados, no sabe como se financiará, ni siquiera espera tener larga vida. Es un experimento que, entre otras cosas, está a disposición del libre arbitrio del poder, por emitir ilegalmente. De todos modos, el fenómeno está ahí, reclamando un lugar en el dial, lo cual parece más que difícil en el marco de la actual legislación.

Otro islote radiofónico que está jugando un papel en la extensión cultural es Radio 3, de RNE. Casi en solitario y con un cualificado equipo de colaboradores, el tercer canal de la radio oficial ha sabido traducir las actividades culturales al lenguaje radiofónico y, sobre todo, dar cabida a formas y movimientos creativos marginales. Para su jefe de programación, Victorino del Pozo, la fórmula de Radio 3 «es abierta, trata de adaptarse continuamente a la audiencia y establece con esta vínculos afectivos». Sin embargo, Radio 3 sigue adoleciendo de baja potencia, un mal técnico que en algunas zonas imposibilita su audiencia.

En este escenario, no muy alentador, evoluciona la radio española. Atrapados por el sistema mixto, algunos grupos y muchas posibilidades creativas seguirán fuera de juego. El viejo sueño formulado por Bertold Brecht —«La radiodifusión debería apartarse de quienes la abastecen y constituir a los radioyentes en abastecedores»—, sigue pendiente. □

El caballo ciego

Fernando Savater

El nacionalcatolicismo español practicó dos animadversiones principales —el anticlericalismo ilustrado y la herejía protestante— y rodeó dos nombres propios de especial anatemata: Voltaire y Lutero. Ni Marx, ni Stalin, ni siquiera don Manuel Azaña —que, como todo el mundo sabe, era mucho peor que los dos juntos— fueron tan minuciosamente denostados ni encarnaron con tan sombrío fulgor el ánimo diabólico. Voltaire, Lutero... ¡qué vecindad tan curiosa e improbable! No hay dos espíritus más opuestos que los suyos. La elegancia irónica contra el furor arrollador y grosero, el ingenio más mundano, encantador y mejor avenido con lo humano que imaginarse pueda frente a la negación perentoria de todo lo que no fuese la fe pura, descarnada, apocalíptica. Voltaire creía en el progreso e incluso patentó en sus obras la invención de esa recalcitrante maravilla que ha llegado a sernos tan necesaria; a Lutero le parecía imposible que el mundo, rebozado hasta el límite en concupiscencia y crimen, pudiera durar aún cincuenta años más. Hubo algunos a los que se nos despertó la afición a ambos malditos por la condena misma que pesaba sobre sus nombres. De Voltaire es fácil sentirse heredero y continuador, pues da la razón a cuanto hay en uno de intelectual laico, y crítico dentro de la *via modernorum*; pero Lutero nos desmiente, nos irrita, nos deja perplejos y también —al menos, tal es mi caso de aficionado a todos los excesivos, a los *gesticuladores* del espíritu— puede fascinarnos. Con motivo de la convencional efemérides de su centenario, será quizá oportunamente inoportuno dedicarle un pensamiento y unas palabras.

Lo peor que puede ocurrirle a un alma insólita, cuyo brío se opuso al sentido común de los tiempos hasta lo desafortado, es terminar haciéndose *verosímil* por obra y gracia de la sosegada acomodación de los discípulos. En estos días conmemorativos he tenido ocasión de leer diversas celebraciones perfectamente domesticadas de la figura de Lutero. Resulta según ellas un hombre recto y decente frente a la corrupción de la Iglesia establecida, que se propuso reformar la práctica cristiana para purificarla de los abusos clericales; un espíritu moderno y hasta ilustrado, que concedía más importancia a la recta conciencia que a los rituales externos. Empezó su carrera con insobornable determinación, pero con los años se fue volviendo más «conservador», hasta adoptar finalmente el partido de los señores en la revuelta de los campesinos alemanes que se reclamaban en buena medida de sus doctrinas. ¿No nos resulta perfectamente comprensible este esquema biográfico? ¡Pero si todos tenemos algún amigo de trayectoria no muy distinta! Lutero se convierte así en uno de nosotros, un teólogo inconformista y avanzado, casi un intelectual de izquierdas, aunque no fuera más que en su rebelión contra la autoridad de papas y emperadores, etc... Ciertamente puede documentarse objetivamente que Lutero fue mucho y aún casi todo esto que de él nos cuen-

tan; y, sin embargo, éste es un Lutero radicalmente *falsificado*. Leo, por ejemplo, un artículo del pastor Jacques-Noël Peres, presidente del Centro Lutero de París, que escribe en «El Correo de la Unesco», con motivo de este centenario. En él se nos dice, con serena cordura, que «además de dirigirse primordialmente a la práctica de la fe, a la que se proponía liberar de lo que consideraba adventicio, la reforma luterana se esforzó también por hacer del hombre cristiano un ciudadano responsable dentro del mundo de la creación en que Dios le puso. El hombre debe, así, ser responsable en la ciudad y en la sociedad en que le corresponde vivir». Palabras estimables y sensatas, a las que subyacen sin duda sentimientos que me apresuro a hacer míos; pero demasiado razonables y mundanas como glosa del pensamiento de uno que dijo: «El cristiano está por encima de las leyes» y también «los príncipes del mundo son dioses; el vulgo, Satanás» o «más vale que los tiranos cometan cien injusticias contra el pueblo, que no el pueblo una sola injusticia contra los tiranos». Sigue el pastor Peres: «¿No deberíamos pensar, siguiendo al Reformador, que efectivamente una buena educación es una educación resueltamente optimista, fruto de un diálogo constante, y cuyo objetivo es enseñarnos a vivir con la frente alta?» Por mi parte, no me disgustaría que mi hijo recibiese una educación como la que aquí se describe, pero quizá el Reformador en cambio fuera de otra opinión cuando escribía: «Para los cabezas duras y los hombres rústicos hay que recurrir a Moisés y a su ley, al maestro Juan y a sus vergajazos.» Y respecto al diálogo: «Está prohibido preguntar por qué Dios nos ordena esto o lo otro; hay que obedecer sin rechistar.»

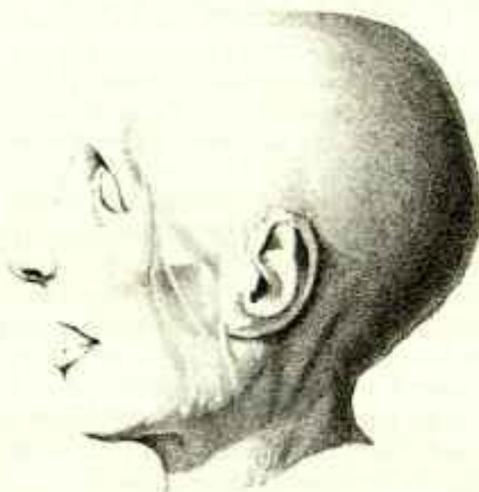
«Eres el liberador del cristianismo», dijo un día a Lutero uno de sus discípulos; y el heresiarca le repuso: «Soy como un caballo ciego, que no sabe a dónde le lleva su jinete.» Porque Lutero no se enfrentó con la doctrina oficial de la Iglesia para reparar las corrupciones e injusticias de ésta, sino arrastrado por un problema exclusivamente personal: buscar la paz de su alma. Recordando la época en que cumplía ejemplarmente sus deberes como monje agustino, escribió: «Yo permanecía inalterablemente fiel a mis votos de castidad, de obediencia, de pobreza. Pero bajo esta apariencia de santidad, en mi corazón se ocultaban la duda, el espanto y el ansia secreta de detestar a Dios.» ¿Por qué la tentación de este odio blasfemo? Porque ninguna buena obra, ningún sacrificio, ninguna motivación, ni siquiera el más ardiente amor al prójimo, basta para asegurar al hombre su salvación eterna. Esas meritorias acciones y encomiables sentimientos nos granjearán la estima del mundo, pero no tienen nada que ver con la apuesta transmudana que es la única que cuenta para el cristiano. «Tras la caída de Adán, el hombre es como un árbol podrido: no puede desear ni cumplir nada salvo el mal. La opinión según la cual la voluntad humana es libre de escoger entre el bien y el mal es falsa:

la voluntad humana es esclava. En la virtud humana no hay más que orgullo y desánimo, es decir, sólo pecado. En el hombre el amor de Dios no es natural y no puede provenir más que de la Gracia. Maldito quien cumple las acciones de la ley; bendito quien cumple las de la Gracia.» Todo se resume en esto: *sola fides*, la fe pura y desnuda, la fe por la que acatamos la predestinación de la Gracia, es decir, de la salvación. Por eso, cuando el hermano Martín, vestido con su pobre hábito de agustino, se alzó valientemente en Worms ante la pompa del Emperador Carlos, de los cardenales y los obispos, para reivindicar «que no renegaba de ninguna de sus ideas, pues no está bien ni carece del más grave peligro ir contra la propia conciencia», no lo hacía en nombre de la rebeldía del hombre moderno autónomo frente a la autoridad coercitiva y dogmática. Lutero odiaba la ética de Aristóteles y el humanismo ecléctico y sonriente de Erasmo. No, él se irguió sólo contra todos en nombre de un Dios que nos impone esclavitud absoluta, que no acepta la mediación de lo razonable ni de la utilidad pública, pero que está vivo. No vivo en el Papa ni en su Iglesia, no vivo en la lógica ni en el orden admirable de la naturaleza, sino vivo

en la negación radical del mundo y en el escándalo de la cruz.

Lutero no se sublevó contra lo que había en la Iglesia de abuso, sino contra lo que en ella era —y es— demasiado mundanamente justificable. ¿Qué le importaban los extravíos carnales del Papa Borgia a quien escribió: «¡Ojalá pudiera descubrir un pecado tan grande que el diablo comprendiese al fin que no tengo miedo de ningún pecado!»? *Ultimam Lutherus etiam taceat!*, gruñía escandalizado el pacato discípulo Melancthon. ¡Ojalá Lutero aprendiese a callar! Pero eso es lo único que este poseoso magnífico no podría jamás hacer: «Soy grosero, desenfrenado, furioso y muy belicoso; he nacido para combatir contra la innumerable multitud de monstruos y de demonios. Necesito desenraizar árboles, dar vueltas a las peñas... practicando nuevos caminos en el espesor salvaje de los bosques.» Así fue el verdadero Lutero, el hermano Martín, el gran heresiarca, «hijo de perdición y excremento del infierno» para los papistas, «liberador del cristianismo» para sus seguidores, caballo ciego para él mismo, dirigido y espoleado por el dominio irresistible de un jinete sin rostro □.





La tierra de nadie de la postmodernidad

Javier Sádaba

Cuando hablemos de modernidad no nos referiremos a manifestaciones muy concretas de aquella, de la misma manera que cuando habiemos de postmodernidad no nos referiremos a manifestaciones tales como el modernismo, los distintos vanguardismos, el surrealismo o tantas cosas más. Nos vamos a referir, más bien, a esos contornos culturales que encajan el pensamiento y la acción, les dan sus pautas y los limitan. Las heterodoxias colaterales no son nuestro objetivo. Estas unas veces rompen lo establecido y otras lo hacen más compacto. No suele estar dado a los humanos conocer de antemano cuando consiguen una cosa u otra.

La crítica a la modernidad ha sido todo un hábito a lo largo del siglo XX. Con aire cansado y mirada airada se le ha culpado de todos los males, de callejón sin salida, de espíritu angosto y engreído. Husserl y Heidegger, en filósofos, tronaron contra el robo de la vida que la modernidad habría traído consigo. La racionalización científica moderna estaría en la base de nuestra existencia distorsionada, de la pésima utilización técnica de unos bienes que, al final, ahogarían al hombre. Los existencialistas, por su parte, nos dieron esa crítica más a ras de suelo, novelando, produciendo un asco que se suponía gratificador. Y las oleadas de modas, más o menos minoritarias, no serían sino la concreción especializada —otras veces imbecilizada— de ese gran rechazo. Reeditaban la acusación contra aquel mundo calculador que —se decía— evolucionaba positivamente, sin lastres precientíficos, como desperzándose del sueño medieval.

Una de las expresiones más claras —y la tomamos por su trivial originalidad— de sumisión al poder de la modernidad, al poder que ésta ejerció hasta entrado el siglo actual, nos la ofrece un movimiento minoritario ya olvidado que tuvo lugar dentro del redil de la iglesia católica y que recibió el nombre de modernismo. Fue este un movimiento teológico de finales de siglo —similar, aunque con cierto retraso, al protestantismo liberal— que se empeñó en ser moderno; es decir, creyó que para construir un cristianismo moderno, en su versión romana, tenía que racionalizar la fe. ¡Fuera lo sobrenatural!, fue su grito. El hombre, con su razón, hecha a la medida de todas las cosas, se bastaría a sí mismo. El hombre es autosuficiente incluso desde el punto de vista religioso. El modernismo, así, es uno de los tributos más típicos, y más ridículos, de la modernidad.

Pero, ¿qué es la modernidad? Lo moderno, lo dijo Hegel alborozado, es el momento en el que el hombre deja de ser un naufrago y pisa tierra firme, la tierra firme de su conciencia, de una conciencia autónoma, emancipada que sólo recibe consignas de sí misma. El hombre dentro de sí y desde allí dominador de todo el mundo, de sus diáfanas leyes y de los carriles por los que discurre. Esta es la imagen del hombre moderno. Lo que ocurre es que el alborozo de la llegada traerá consigo, maldita y fatalmente, el hastío de la última estación. La cuestión no es sólo que se puede llegar a un lugar no deseado, sino que *no hay, ya, un más allá que lograr*. El parón es terrible. Un parón que hace tambalearse a quien lo da. La semántica de nuestros días lo refleja: cuando alguien quiere mostrar

sus señas de identidad posmodernas se autodefine, paradójicamente, como moderno o modernísimo. Y tal ambivalencia anida en la conciencia del presente. Se quiere salir de lo moderno, pero se tiene un miedo atroz a soltar su cordón umbilical, su malla protectora. Así, después de condenar, por ejemplo, la rigidez de una razón malamente divina se vuelve subrepticamente a ella, asustados de que los nuevos dioses nos dominen, nos dejen en alta mar, lejos de la tierra firme.

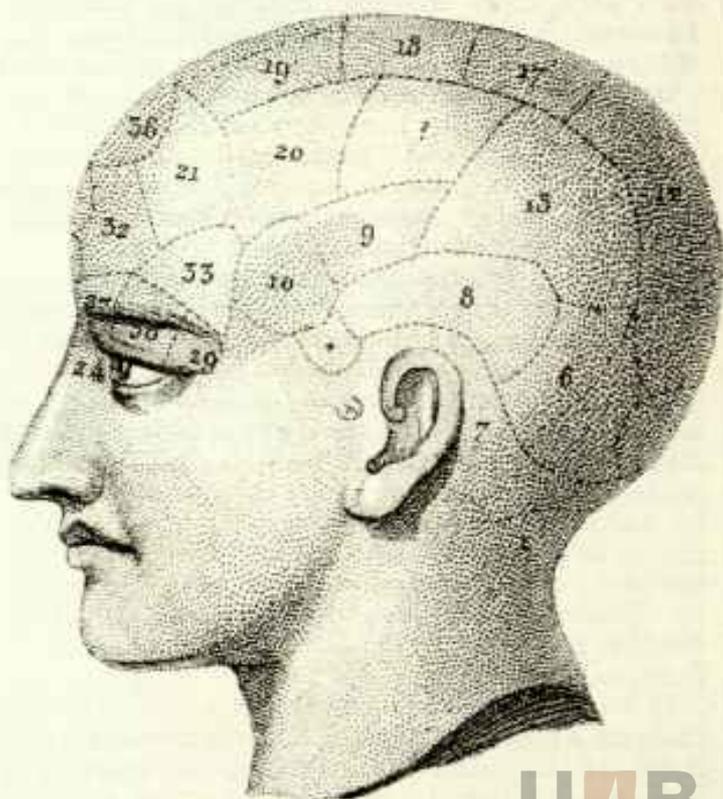
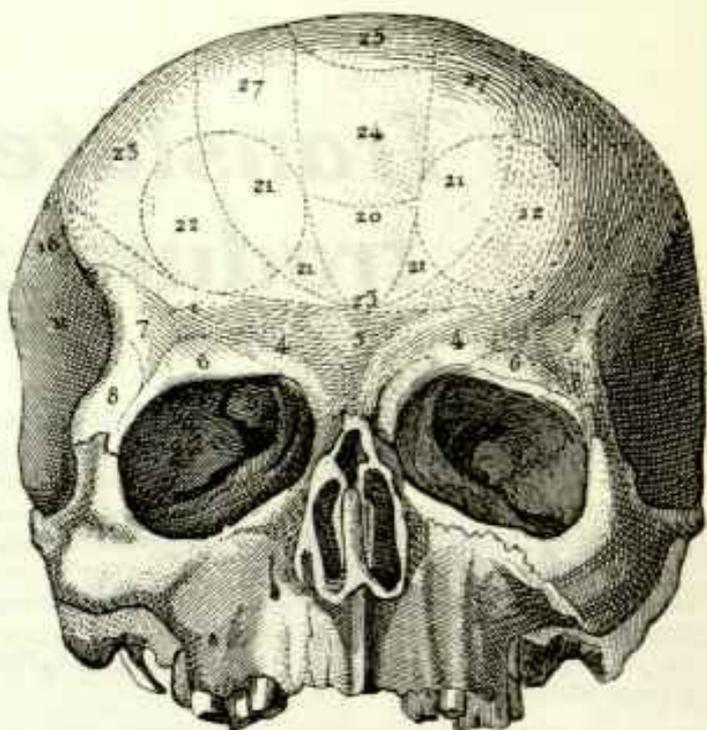
De entre los aspectos más sobresalientes que caracterizan esa conciencia postmoderna vamos a seleccionar tres. Uno, lo hemos adelantado ya, tiene que ver con vaivenes que paralizan. El segundo se refiere al individualismo entendido como contraréplica al individualismo típico de la modernidad. El tercero y último se relaciona con la nueva sensibilidad y su instrumentalización. Veámoslos.

El postmoderno tiende a la moderación. Vivir por encima de lo moderno es vivir con más resignación que Nietzsche, Freud y Marx. O lo que es lo mismo, es estar al cabo de la calle, hartos de valentía, de vida plena del inconsciente o de revolución. Es estar instalados —a lo *nouveaux philosophes*— en el código, la tranquilidad, el reposo en dogmas no creídos, balanceándose en hamacas poco violentas. El positivismo y el evolucionismo habrían dado ya todos sus frutos: mucho éxito y poca gloria como diría Max Scheler. Frente a tanta positividad se desea algo más negativo: que no nos molesten. Y frente a tanta evolución se desea algo más estable: poder descansar.

Por eso, y en segundo lugar, importan más los individuos que las conquistas colectivas. Sólo que aquí el postmoderno se hace un lío. No quiere más individualismo clásico, del de la modernidad, puesto que éste, al hacer a todos intercambiables dentro de la ley y la generalidad, arruinaba —sólo lo dejaba en palabras— la peculiar individualidad. El postmoderno, entonces, si no quiere repetir eso que detesta no tiene más recursos que la salida de tono, lo cómico, el silencio o la excentricidad. El postmoderno intenta ser un nuevo cínico en un mundo que no permite ya tales aventuras. En la búsqueda de la diferencia se topa con la imposibilidad de encontrarla. Sólo le queda soñar con los heterodoxos, libertinos y marginados.

Finalmente, el postmoderno repudia el tedio de la razón instrumental; de esa razón que hace fines de los medios con lo que nos deja en la ignorancia de si algo vale porque vale para otra cosa o de si vale porque vale por sí mismo. Si lo primero remite siempre a un más allá y si lo segundo no remite a nada. Y lo propio de la modernidad es suprimir lo que no remite a otra cosa. Ante esta situación el postmoderno bascula entre acariciar un gran fin —y, ¿dónde idearlo hoy?— o desarrollar una *sensibilidad* instrumental. Suele ser esto último lo que impera. El ambiente —necioconsumista— es propicio. Se siente pero no se siente con la pasión del romántico, sino reducido a las cosas pequeñas. El resultado es un espíritu raquíutico, conservador y estrecho.

Napoleón pensó que la política moderna había desplazado a la tragedia. Ahora, por medio del hacer político, seríamos dueños de nuestro destino. El drama postmoderno se juega en ser prenapoleónico, esto es, en nadar entre la tragedia y la resignación o en ser postnapoleónico, es decir, en hacer una política que no sea napoleónica □.



Translate, traduire, tradurre: Traducir

Julio Cortázar

Los derechos de autor llegan o no llegan, pero si llegan es casi siempre tarde, razón por la cual un escritor que no sea hijo de un sheik petrolero o de Henry Ford III pasa buena parte de su vida ganándosela como puede. (Falencias de la lengua: ¿por qué no «torcidos de autor», por qué no «perdiéndosela»? Obstinate hipocresía de ese vocabulario cómplice de la sociedad en lo que tiene de peor, sepulcros blanqueados de tres o cinco sílabas.)

En fin, quiero decir que como nunca esperé derechos de autor (y tal vez por eso acabaron por llegarme, consejo indirecto a muchos jóvenes ansiosos), pasé buena parte de mis ya copiosos lustros traduciendo libros, partidas de nacimiento, patentes, facturas consulares e informes del director general de la Unesco, estos últimos en colaboración con diversos y jocosos colegas catalanes, ecuatorianos, argentinos, vascos y gallegos. Trujamán silencioso, en mi juventud viví tiempos de delicia mientras traducía libros como *Mémoires d'Adrien*, de Marguerite Yourcenar, o *L'immoraliste*, de André Gide, y años después los pagué con jornadas de horror o de letargo frente a los informes de algunos expertos de las Naciones Unidas en las esferas (ellos lo escriben así) de la sociología / alfabetización / regadío / medios masivos de comunicación (*sic*) / biblioteconomía / reactores atómicos de agua pesada, etc., que en general merecían su denominación de «informe», pero en segunda acepción.

De todo eso me ha quedado el amor por las sutiles transmigraciones y transgresiones que se operan en la traducción de cualquier texto cuando su significado franquea los puentes idiomáticos y es la de San Quintín, las pérdidas, las derogaciones, a veces las felices paráfrasis y a veces la pata hasta la rodilla; en el espejo de la traducción nada del original se refleja de lleno, las equivalencias absolutas no pasan nunca de lo más embrionario, de escribir *mañana es jueves por demain c'est jeudi*. No hablamos ya de la más sutil distorsión que impone el devenir histórico y cultural; Borges lo mostró como nadie en *Pierre Ménard, autor del Quijote*, donde ni siquiera hay traducción, sino reproducción literal que, sin embargo, difiere por completo del primer texto.

El día en que gracias a mis relevantes méritos pasé de traductor a revisor en las organizaciones internacionales, el cotejo de las versiones ajenas me deparó momentos no fácilmente olvidables. Un ejemplo que pertenece ya a nuestro folklore profesional es el del siguiente texto en fran-

cés: *Comme disait feu le président Roosevelt rien n'est à craindre hormis la crainte elle-même*, que fue alegremente traducido por: *Como decía con ardor el presidente Roosevelt, el miedo a las hormigas lo crean ellas mismas*. Se admitirá que la versión es más rica y más metafísica que el original, cosa igualmente perceptible en el caso de un informe sobre becas de estudio otorgadas por los Estados Unidos a México, y en el que la palabra *scholarship* fue entendida como «un barco cargado de escolares» puesto a navegar con gran soltura por páginas y páginas.

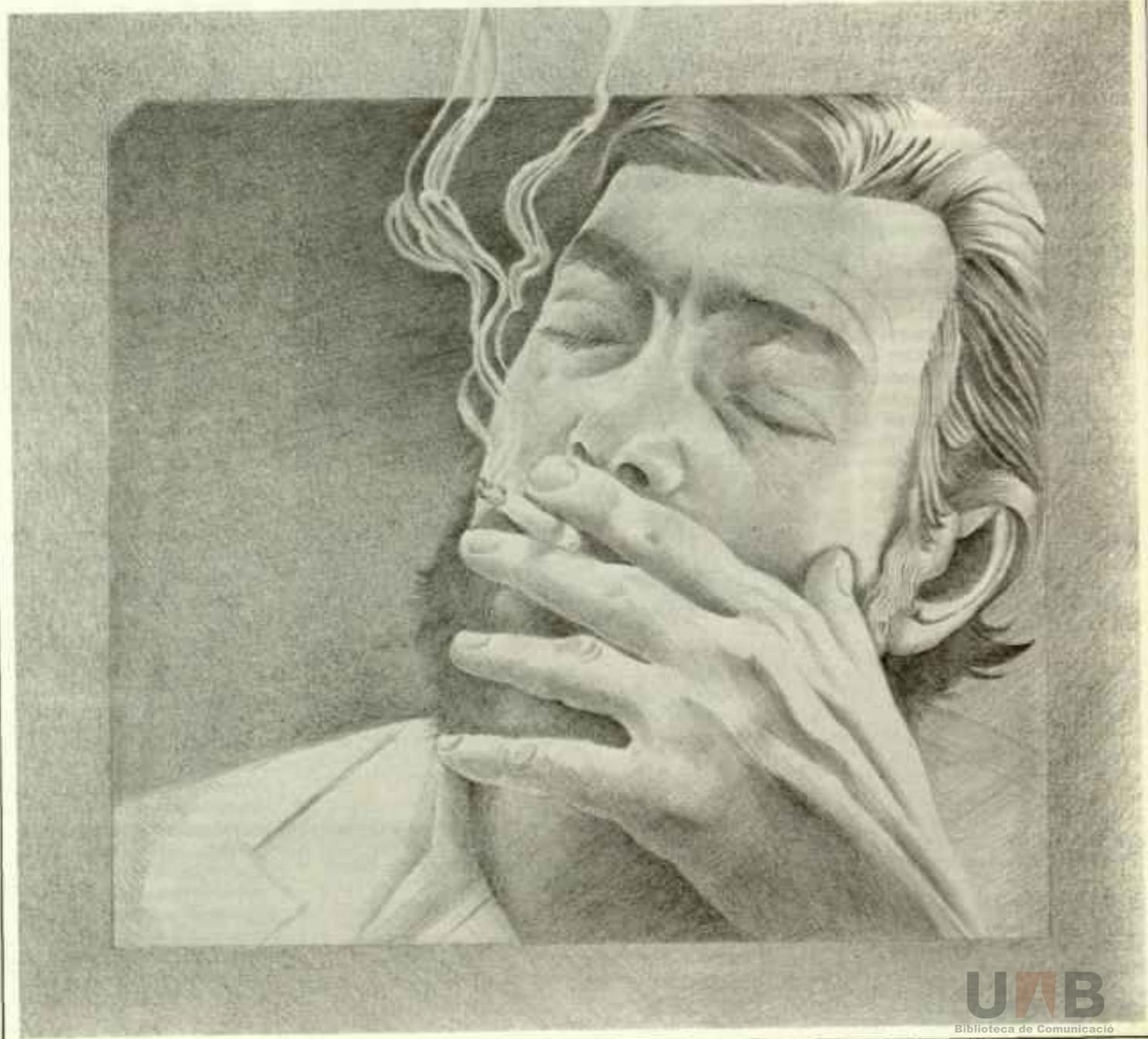
(Y cómo resistir a la historia del candidato español que pasó un examen de traducción del italiano, y le confiaba a un amigo: «Facilísimo, chico, un texto de derecho internacional sin problemas para mí que soy abogado. Eso sí, lo que no entendí bien es por qué de cuando en cuando aparecía un loro, pero aparte de eso...».)

Está visto que no soy capaz de hablar seriamente de la traducción, porque también me estoy acordando de un ministro que padecimos los argentinos en los años veinte y que pasaba por latinista y helenista emérito. Tanto metió la pata que el pueblo le inventó, seamos piadosos, versiones morales de locuciones tales como *Alea jacta est*, que daba «la jalea está hecha», *per secula seculorum*, «por el cerco se colaron», *res non verga*, «la vaca no habla» (versión muy argentina como se ve), y una reflexión profunda a un amigo el día en que a éste le falló una carambola en el billar: *Nosce te ipsum*, no se te hizo.

Pocas actividades son menos aleatorias y falibles que la del traductor, cosa que le da a este oficio una especie de simpática locura cuando se lo practica con humor y bonhomía. He palidecido de releer fragmentos de mis viejas versiones literarias, como en el caso del célebre pero olvidado estudio del abate Brémond sobre plegaría y poesía, donde me equivoqué sobre el *esprit* en el sentido de ingenio o agudeza y lo traduje derecho viejo como «espíritu», estropeándole el pasaje al buen abate. Claro que peor le ocurrió a Borges, que en un poema creo que de Francis Ponge tradujo *sol por sol*, en vez de *suelo*, pero ya se sabe que esas cosas pasan en las mejores familias *vide* San Jerónimo. A mí me han traducido a veces memorablemente, como cuando mi microcuento *Continuidad de los parques* apareció en Francia como *Continuité des Parques*, lo que bien mirado lo enriquecía considerablemente, gracias al inesperado ingreso de Cloto, Laquesis y Atropos. Puede ocurrir que al meter la pata se encuentre un tesoro enterrado, pero no es un sistema que deba recomendarse sistemáticamente (© EFE. Colaboraciones Especiales) □.

El cine y la música
e por la palabra

Ilustración: Francisco del Arco



Vicente Molina Foix

«Prima la música e poi le parole»

En los días en que tramaba por celos —según una leyenda— el envenenamiento de Mozart, el abate Salieri compuso una ópera bufa que, bajo el título de matiz interrogativo «Prima la musica e poi le parole», insinuaba un dilema que parece insoluble en el campo de la música vocal. Richard Strauss, doscientos años más tarde, homenajea a Salieri y cierra su extraordinaria carrera operística con «Capriccio», en la que, siguiendo una idea de Stefan Zweig, plantea en clave metafórica ese duelo entre música y letra: una alta dama, la Condesa, no sabe decidirse entre el amor de sus dos pretendientes, el músico Flámand y el poeta Olivier, que fogosamente se lo declaran con el soporte de sus respectivas maneras artísticas. Conceder la mano al poeta supondría primar a las palabras, y lo contrario subordinar la poesía a la música. La ópera termina ambiguamente: el corazón de la Condesa seguirá indeciso; dice no a los dos, con lo cual, concluye Strauss, ni palabras ni música tendrán la precedencia en el corazón de la señora operística.

La creciente serie de películas sobre óperas trae a colación ese dilema, que podríamos acomodar a otro no menos espinoso terreno de disputa: esas cintas, ¿son o deben ser simples servicios de difusión musical, ópera filmada con estática fidelidad, o, por el contrario, se ha de intentar que, primando el cine, la ópera sea únicamente una convención dramática, la silueta de un género, como si del western o de un musical americano se tratase? Claude Lévi-Strauss, en unas declaraciones formuladas hace años, dio a mi entender la respuesta precisa. El antropólogo se declaraba partidario



de un cine encaminado a la «gran ópera», en el que, por medio de la técnica y los artificios de iluminación, montaje, etc., el séptimo arte tendría

«la posibilidad de mostrar la sustancia de los sueños y hacerla plausible».

Ese cine operístico que, en la concepción de Lévi-Strauss

Recomendamos

Una vulgarización del *A bout de souffle*, de Godard, en clave de rock y «comica»: *Vivir sin aliento*, de Jim McBride.

El triunfo del espectáculo puro con sus gotas edípicas: *El retorno del Jedi*, de Richard Marquand.

La prostitución como arte amateur: *La mujer flambeada*, de Robert von Asperen.

Un documental rescatado sobre la transición política: *Después de...*, de Cecilia y José J. Bartolomé.

La marginalidad triunfante: *Entre tinieblas*, de Pedro Almodóvar.

no tendría por qué ser siempre musical, si podría, según él, llenar una importante laguna de la producción cinematográfica: inventar el repertorio entero de la ópera «filmado con toda la pujanza de medios que posee el cine moderno; en colores, sobre pantalla grande, con actores que deberían ser danzarines y mimos, todos de gran belleza, y doblados, claro está, por los más grandes cantantes, acompañados de las mejores orquestas (...). Se vería así verdaderamente a los dioses subir en arcoiris a sus castillos celestes; caballos cabalgando por las nubes, sirenas en el fondo de las aguas; todo eso se nos mostraría, y se nos haría creer en ello».

¿Responde «La Traviata» a esas aspiraciones? La respuesta es no. Hay que reconocer que la película da un paso decisivo en la resolución del dilema que planteábamos al comienzo; Zeffirelli ha pensado su ópera en imágenes, ha roto los espacios escénicos, ha introducido «flash-backs» y otras artimañas de la gramática filmica. En «La Traviata», por tanto, el cine —al contrario que en los ejemplos alemanes e italianos de los años cuarenta y cincuenta— no es ópera enlatada, refundición servil de un arte superior.

Lo malo es que la realización de esas buenas ideas resulta pobre y cursi, superficial, inane. Los loables deseos de «agradar a mi cocinera» expresados por el realizador en una entrevista se han traducido, desgraciadamente, en una transcripción de la ópera más atenta al lujo que al drama, en la que una amanerada fotografía de empalagosos tonos pastel y una mayor atención a los grupos que a los protagonistas redundan en espectáculo, sacrificando la intensidad del melodrama verdiano.

A la espera de la «Carmen» de Rosi, con el provocativo apunte sincopado de Godard en su «Prénom: Carmen», el modelo de auténtica, fiel, libre, inventiva y revolucionaria recreación cinematográfica de una ópera sigue hoy siendo el magistral «Parsifal» de Hans-Jürgen Syberberg.

La nueva sensibilidad cinematográfica

El director no es la estrella

José Lozano

Algo está cambiando en nuestra manera de ver cine desde hace unos años. Algo que abre una nueva fase en la historia del consumo de imágenes animadas, que es al mismo tiempo nuestra propia historia como espectadores: empezamos yendo al cine a ver a los actores y a las actrices. Seguimos por los directores. Ahora, por fin, nos damos cuenta de que hay algo más, nos estamos abriendo a una valoración más integral del hecho cinematográfico como creación colectiva.

Tal como éramos

Lo suyo ha costado. La culpa la tienen los franceses. Aquellos chiquitos (y no tan chiquitos) de los *Cahiers du cinema* se inventaron, a mediados de los cincuenta, la *politique des auteurs*, y por razones que no son del caso, consiguieron convencer universalmente: allí en Europa, aquí en África y hasta en América, donde envuelta en el resplandor cultural de la vieja Europa les devolvieron una visión distinta de su propia cinematografía. Sin duda animados por una idea tan europea como reciente del cineasta (bajo el ejemplo de sus cercanos maestros Welles, Rossellini, Antonioni, Bergman) los críticos franceses se dedicaron a reivindicar el carácter de autores de los directores de cine, el sello, la marca del director sobre el conjunto de su obra.

La exigencia no dejaba de tener sus efectos altamente positivos: se rompía la maniquea división entre el gran arte europeo y la manufactura americana, el director de cine adquiría definitivamente su estatuto de creador y el cine entraba a formar parte del patrimonio cultural al mismo nivel que las artes tradicionales. Y así Godard podía decir, comentando una simple película de Gary Cooper: «Da la impresión de que Mann reinventa el western, a la manera que por ejemplo Matisse reinventa los trazos de Piero della Francesca.» Pero para los franceses no se trataba sólo de una ambición teórica. Había una exigencia práctica, un intento de reivindicarse ellos mismos como autores, una nueva manera de entender el trabajo del cineasta, el control in-

dividual del director sobre el conjunto de su obra, el *cine de autor*, que ya alentaba en las hirvientes cabezas de los futuros directores de la *nouvelle vague*.

Y nos lo creímos. No era difícil, inmersos en la tradición cultural burguesa del autor-individuo donde a diferencia de lo que ocurre en un cantar de gesta, una catedral gótica e incluso en un taller renacentista, estamos habituados al hecho de que cada coma de *Guerra y paz* la pusiera el conde Tolstoi y que cada pincelada de *Vapor en la ventisca* la trazara Turner.

Pero ahora, cautivos y desarmados los últimos reductos filmidealistas de nuestra educación sentimental nos damos cuenta de que hay que volver a pensar la Historia del Cine y darse cuenta de que las cosas no son como un día las quisimos.

La sombra de una duda

Todos hemos visto aquella preciosa película que se llamó *El Forastero*, con Gary Cooper y con Walter Brennan haciendo de juez de la horca enamorado de la actriz Lily Langtry. Cojamos una secuencia, una sola, la del entierro del padre de la chica. Su intensidad emotiva hace unos años se la hubiésemos adjudicado sin pensarlo a su director William Wyler. Hoy, sin embargo, tenemos que entenderla como una suma: las palabras que el guionista (y excelente novelista) Niven Bush acertó a poner en boca de Jane-ellen Mathews, el tema musical de Dimitri Tiomkin, los densos cielos filtrados en rojo de la fotografía de Gregg Toland y la perfecta composición de Wyler. Incluso en un director tan ególatra como Orson Welles, recordemos esa foto que viene en todas las historias del cine, el plano de *El Cuervo Mandamiento*, en que Georgie y la tía Fanny hablan en la escalera de la mansión Amberson. ¿Qué pertenece realmente a Welles?, ¿la escalera del fabuloso decorado de Mark Lee Kirk?, ¿el fuerte contraste de resonancias expresionistas de la iluminación de Stanley Cortez?, ¿la expresión neurótica de Agnes Moorehead? ¿Qué sugirió Welles? ¿Qué le fue sugerido? En los revolucionarios avances narrativos y visuales del mismo *Ciudadano Kane*



Archie Mayo dirige una secuencia de *El bosque petrificado* (1936), con Humphrey Bogart, Bette Davis y Leslie Howard.

Biblioteca de Comunicació
i Hemeroteca General

CEDOC

(narración prismática, composición en profundidad...), ¿qué responsabilidad tuvieron el guionista Hermann Mankiewicz y el operador Toland? El famoso tema *fordiano* (grupo de hombres unidos ante el peligro común) es de Ford o de sus guionistas? ¿No es *West Side Story* una película de Jerome Robbins, el coreógrafo, antes que de Robert Wise, el director? Y en el mismo cine europeo, ¿cómo separar a De Sica del guionista Zavattini, al Eisenstein sonoro de Prokofiev, al Bergmann de su operador Sven Nykvist?

Retorno al pasado

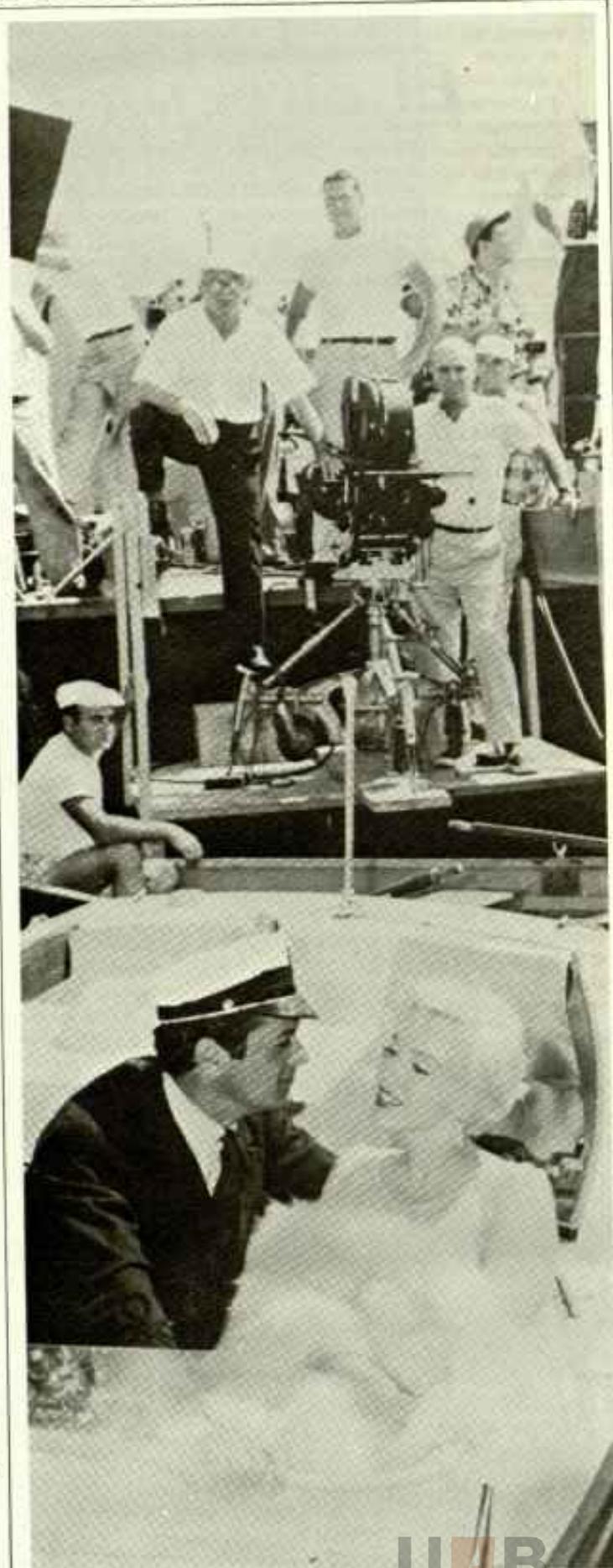
Toda una concepción de la Historia del Cine, nuestra seguridad apenas adquirida sobre la aportación de los grandes directores se tambalea. Una simple mirada al cine americano basta para ponerlo a prueba. El taylorismo de la producción cinematográfica, la creciente especialización del trabajo llegó a hacer que en una gran película colaborasen no menos de 246 profesiones diferentes. En la división de funciones el director se limitaba fundamentalmente a dirigir a los actores, a desglosar en planos el guión, y a componer los encuadres. Y a veces ni eso, porque estas últimas funciones venían dadas en el guión o en los story boards (especie de «comics» del tratamiento visual de la película hecho por el escenógrafo), condicionados por el decorado y la iluminación e interferidos por el productor ejecutivo. Lo cual no resta un ápice de importancia a aquellos directores que como Ford, Walsh, Hawks, Wilder o Hitchcock consiguieron en tan reducido espacio de intervención expresar su mirada personal sobre el mundo, crear su propio estilo definido.

El director no era consultado sobre el guión y no intervenía para nada en el montaje. Junto a él vemos acrecentarse la importancia de otros miembros del equipo. Por ejemplo, la de los guionistas. Baste recordar que los mejores escritores americanos de la época — Ben Hecht, Will Faulkner, Lillian Hellman, Scott Fitzgerald, Horace Mc Coy, Thornton Wilder, Dashiell Hammett — figuraron en la nómina de los departamentos de guiones y que la aportación literaria de gentes como Dudley Nichols, James Agee o Dalton Trumbo está aún por hacerse. La de los músicos siempre estuvo más clara por entrar dentro de la competencia de otra industria, la discográfica, y siempre se supo quiénes eran Max Steiner, Dimitri Tiomkin, Victor Young o Miklos Rosza.

Pero, sobre todo, las nuevas estrellas de esta recuperación son los decoradores y los directores de fotografía. Los decoradores o más propiamente escenógrafos, o mejor aún *Art Directors*, como pomposamente se bautizaron en la época de oro, jugaron un papel decisivo en el cine de Hollywood. Su importancia creció muy por encima de la de los propios directores. Ellos fueron los verdaderos magos del espectáculo. Cientos de personas trabajaban a sus órdenes empleando toneladas de escayola, madera, tela, cemento y cartón para hacer realidad el sueño de sus bocetos. Su papel fue aumentando hasta que llegaron a ser los auténticos responsables de toda la parte viva del film. Sin necesidad de remontarse al expresionismo alemán, hay películas que son más de escenógrafo que de director. Si hay algo perdurable en *Lo que el viento se llevó*, además de sus intérpretes y el tema de violines de Steiner, es la concepción escenográfica (baile, incendio de Atlanta), de William Cameron Menzies, mucho antes que la inofensiva dirección de Víctor Fleming. La crisis del cine espectáculo, las nuevas exigencias realistas del cine enterraron a ambos lados del Atlántico la importancia de los Art Directors, pero las últimas tendencias (*Star Wars*, *En busca del Arca perdida...*) parecen augurar un retorno de la escenografía, aunque sea necesariamente aliada al efecto láser computerizado.

Encuentros en la tercera fase

La fotografía de cine también ha resultado rescatada a nuestra ceguera parcial. Los que anteaer íbamos a ver una película



Un difícil artilaje de Billy Wilder para *Con faldas y a lo loco* (1950), con Tony Curtis y Marilyn Monroe.

porque era de Henry Fonda o de John Wayne y ayer porque era de John Ford, hoy vamos, además, a disfrutar de la fotografía de Joe Mc Donald, Joseph August, Arthur Miller o Gregg Toland. La fotografía de cine ha seguido evolucionando hasta el punto de que se puede afirmar sin rubor que, más o menos estabilizada la convención narrativa y los modos de dirigir, la gran transformación de la imagen cinematográfica en la última década ha venido de mano de la fotografía (en parte gracias a la existencia de emulsiones más sensibles, objetivos más luminosos, etc.). Como el fenómeno es reciente está aún por trazarse la línea que va desde G. R. Aldo (operador de los primeros Visconti) y Di Venanzo (Antonioni, Fellini 81/2) hasta Willis y Storaro pasando, quizá por razones más técnicas que estéticas, por Coutard (Godard). En esta línea se consagra el tránsito de una iluminación convencional, de luces directas, sombras marcadas, auras de santo orlando a los actores, a una iluminación moderna. Una iluminación más natural, rebotada, creadora de ambientes y atmósferas, respetuosa con la luz que reina en los interiores naturales (forzándola lo justo para que registre sobre la película). Una iluminación que mezcla la luz natural y la artificial conservando los dominantes (naranja de las bombillas, verde de los fluorescentes) de ésta, que gusta de las condiciones extremas de luz (la hora bruja, la noche, la luz de las velas), que no teme a las sombras ni a las zonas oscuras del decorado. Una iluminación capaz de pintar con luz sobre el encuadre las gamas y tonos de una nueva estética □.

ART DIRECTORS

Reivindicados hace pocos años por una exposición en el Victoria & Albert Museum, esta es, para los amantes del cine clásico, la Santísima Trinidad de los escenógrafos hollywoodienses: CEDRIC GIBBONS (MGM) (fineza, inventiva, humor): *Ana Karenina*, *Una noche en la Ópera*, *San Francisco*, *La jungla de asfalto*.

RICHARD DAY (United Artist, MGM, RKO, Warner) (eclectico, realista): *Qué verde era mi valle*, *La ruta del tabaco*, *Un tranvía llamado Deseo*, *La ley del silencio*.

HANS DREIER (Paramount) (imaginación, atmósferas misteriosas): *La emperatriz roja*, *Sansón y Dalila*, *El crepúsculo de los dioses*.

GUIA DE DIRECTORES DE FOTOGRAFIA

Pese a su diversa importancia y valor, éstos son algunos de los más conocidos.

DAVE WATKIN: *La última carga*, *Marat-Sade*, *Carros de fuego*.

JOHN ALCOTT, Kubrick: *Barry Lindon*, *El resplandor*.

GORDON WILLIS: Coppola, (El Padrino I y II); Woody Allen, (*Manhattan*, *Stardust memories*, *Zelig*); *Vida de estudiante*, *Ventanas*.

VITORIO STORARO: Bertolucci, *Il conformista*, *El Tango*, *Noventa*; Coppola, *Apocalypse Now*; Beatty, *Reds*.

NÉSTOR ALMENDROS (nacido en Barcelona): Diversos, Rohmer y Truffaut, *La vallée*, *Kramer contra Kramer*, *El lago azul*, *Días del cielo*.

Además: Michael Chapman, *Taxi Driver*; Conrad Hall, *Dos hombres y un destino*, *Fat city*; Haskell Wexler, *Esta tierra es mía*; Vilmos Zsigmond, *El cazador*, *Encuentros en la tercera fase*; Owen Roizman, *Confesiones verdaderas*.

TAMBIEN, EN ESPAÑA

La historia de la decoración española desde Alarcón y Palmero hasta los opuestos Gil Parrondo (Oscar por *Nicolás y Alejandra*) y Pablo Gago (Nuevo Cine Español). También lo está la historia de la fotografía desde Guerner hasta Luis Cuadrado pasando por Larraya y Berenguer padre. De los operadores actuales, a pesar de las distancias entre ellos, suenan los nombres de: TEÓ ESCAMILLA: (Saura). Después de la muerte de Cuadrado y Gutiérrez Aragón.

JOSÉ LUIS ALCAINE: *La vieja memoria*, *Después de...*, *El Sur*.

ANDRÉS BERENGUER: *Viaje al fondo de la tierra*, *Freddy el croupier*, *Victoria*, *El arreglo*. El único español (y uno de los cuatro europeos) miembro del A.S.C. (*American Society of Cinematographers*).

JUAN ANTONIO RUIZ ANCHIA: *Reborn*, *Crónica del Alba*.

Teatro

Alberto Fernández Torres

Autores «jóvenes»: In memoriam

El teatro María Guerrero de Madrid, regentado por el Centro Dramático Nacional, ha abierto sus puertas a una obra de uno de los mejores —y escasos— autores valencianos «jóvenes» conocidos: Rodolf Sirera. Con este estreno, se ha repetido la periódica y esporádica aparición que consiguen de cuando en cuando los «nuevos» escritores dramáticos en los escenarios de los teatros institucionales (ya que, en los teatros privados, sus presencias son prácticamente nulas). Las comillas de «jóvenes» y «nuevos» vienen a cuento de que —como ellos mismos subrayan con ironía no exenta de amargura— resulta un tanto abusivo seguir aplicando tales apelativos a individuos que, en su mayoría, sobrepasan la cuarentena de años cumplidos y la veintena de textos escritos. Algunos han preferido llamarles «auto-

res no estrenados», lo cual tampoco deja de ser inexacto. Utilicemos, pues, las comillas para entendernos.

De hecho, la situación periférica de Rodolf Sirera y la indudable ligazón que tiene su obra teatral con la problemática del País Valenciano le hacen un caso aparte —y quizá un caso más grave en el olvido—, en relación con el de otros escritores de su misma generación. Otro tanto ocurre con no pocos autores catalanes, si bien es cierto que el mayor dinamismo de la oferta teatral catalana les ha permitido alguna cita con el público. En cualquier caso, todos ellos —en mayor o menor medida— han sufrido y sufren el estigma de no conseguir una relación estable con el hipotético destinatario de sus textos. La Administración teatral franquista les marginó por revoltosos. Los empresarios privados —antes y ahora— consideran que sus obras resultan poco comerciales, poco acordes con el gusto dominante. Los hombres en los que ha estado la posibilidad de programarlos, una vez fenecido el General, han juzgado que sus textos, al haber sido escritos en y para un período muy concreto, han quedado lamentable y cruelmente superados por el paso de la Historia.



De izquierda a derecha López Maza, García Pinedo, Diego Salvaterra y Luis Matilla.

Departamento de Investigación y Hemeroteca General
CEDOC

Hoy, el acuerdo generalizado sobre este último aspecto es tan abrumador (el tiempo, por otra parte, juega obviamente en favor de dicho argumento), que resulta casi «demodé» traer el asunto a colación. Ocurre, sin embargo, que muchos de los principales hombres y mujeres de nuestro teatro siguen insistiendo en la inexistencia de autores actuales y los escenarios se pueblan masivamente de textos clásicos — nada hay en contra, por otro lado; pero no deja de ser casual —. Y esa insistencia, reconocámoslo, resulta tanto o más «demodé» que el propio asunto.

La programación de los teatros institucionales incluyó de cuando en cuando alguna de las obras de estos escritores. Así, en Madrid fueron estrenados, entre otros, Luis Riaza, Luis Matilla, Angel García Pintado, Fernando Quiñones... Algún colectivo privado se atrevió con Francisco Nieva y con Alfonso Vallejo. Otros, ganadores de premios Lope de Vega, tuvieron su oportunidad, por mor de las propias condiciones de la concesión de dicho premio, que obligan al estreno de la obra galardonada. Fueron, por ejemplo, Domingo Miras, Ignacio Amestoy, Fernando Fernán Gómez... La mera enumeración de estos nombres (y los de Jerónimo López Mozo, Miguel Romero Esteo, Alberto Miralles y tantos otros) refleja el «cajón de sastre» que constituyen los apelativos de autores «nuevos», «jóvenes» o «no estrenados». Estilos, tendencias,

objetivos y escrituras tan dispares quedaron sumidos en el juicio único e inapelable de que su teatro no era mayoritariamente más que la respuesta oscura, semiclandestina, críptica y puntual a una situación política ya periclitada.

Por lo que puede comprobarse, el tronco esencial de ese ambiguo (en sus fronteras) grupo de escritores lo constituían autores que, en reacción contra el realismo-naturalismo imperante aún hoy, buscaban sus señas estilísticas de identidad en la vanguardia dramática europea del segundo tercio de siglo; que, ante la imposibilidad de encerrarse en un teatro social inestrenable, dieron lugar a textos que se centaban en temas tales como la opresión, la violencia, la represión, el absurdo, la insatisfacción... tomados en su sentido más general y universal; que, para evitar una excesiva intelectualización de sus escritos, se refugiaron en la farsa y otras formas de humor (negro) para conseguir una hipotética atención del público... Unos — pero estamos seguramente equivocados — hemos visto siempre en estos textos antes el peligro de la excesiva abstracción, de la intemporalidad, que el de la excesiva temporalidad. Han sido enterrados, en definitiva, bajo una lápida equivocada.

Habría sido más sensato y honesto juzgar estos textos en su supuesta inoportunidad teatral que en su supuesta inoportunidad política. Pero los tópicos mandan. Quizá, quizá, lo único que pasa es que esos

textos simplemente no gustan, están mal estructurados, carecen de interés y de personalidad. En cualquier caso, más valdría emitir este juicio cruel y categórico, que buscar la coartada de que se encuentran encerrados en un estrecho antifranquismo.

Hubo un tiempo en que algunos — pocos — abogaban por la necesidad de que estas obras fueran masivamente confrontadas con el público soberano. Tan terca fue esta insistencia como la negativa, en general, de los teatros públicos y privados a dar su brazo a torcer. Hoy, ya lo hemos dicho, la polémica está «demodé». No exijamos ya, por tanto, esa imposible confrontación. Pero guardemos, al menos, el buen nombre de unos escritores que probablemente tienen todos los defectos que sus detractores no les han echado y son ajenos a la mayor parte de las acusaciones que se han vertido sobre su teatro.

Y asistamos, en consecuencia, a la presencia de Rodolf Sirera en el teatro María Guerrero como quien asiste estrictamente al acontecimiento que afecta a un autor individual con su público. Con el respeto de quien presencia una obra — como mínimo — interesante, de un autor cuya pluma dio lugar, hace no mucho tiempo, a un texto teatral, musical y cinematográfico que se encuentra entre lo más hermoso que se ha escrito en los últimos años: «*Plan y en la mort d'Enric Ribera*».

RECOMENDAMOS

«*Por la calle de Alcalá*» (Teatro Alcázar). Antología de la «revista», a cargo de Esperanza Roy.

«*Mata-Harí*», de Aldofo Marsillach (Teatro Calderón). Un espectáculo musical decididamente ambicioso.

«*El precio*», de Arthur Miller (Sala Cadarso). La puesta en escena es convencional, pero la interpretación (en especial, la de Oscar Ferrigno) tiene una enorme solidez.

«*La vida del rey Eduardo II de Inglaterra*», de Marlowe-Brecht (Teatro María Guerrero). Un nuevo trabajo de Lluís Pasqual, uno de los directores más rigurosos del momento, y del escenógrafo Fabià Puigserver, que no le va a la zaga.

«*Absalón*», de Calderón de la Barca (Teatro Español). Tras el éxito obtenido con «*La vida es sueño*», José Luis Gómez se enfrenta a un nuevo «calderón». Esta vez, exclusivamente como director.

Arte

Angel González García

(Pues bien: Se mueve)

Digámoslo así, con la boca pequeña y en un aparte: la pintura se mueve o nosotros nos movemos por ella disfrutando de estas mañanitas de otoño.

El disgusto de los americanos de «Tendencias en Nueva York» se desvanece con un paseo por El Retiro, y mientras uno tritura las hojas caídas, el recuerdo de la *Venus de los trapos*, de Pistoletto, se vuelve confortable y casi delicioso: ¡quién nos iba a decir en 1975 que echaríamos de menos el arte povera!

Pero ¡ojo!, que esta embriagadora paradoja no se nos suba a la cabeza: los que proclaman con mal disimulada alegría la decadencia de la pintura americana están cavando su propia tumba. Quien quiera entenderlo que lo entienda. (La solución consiste en detestar a los americanos sin resentimiento.)

Hay, sin duda, en el arte internacional un estado de crispación, más que de crisis, que se le achaca de inmediato a la pérdida de credibilidad de la vanguardia y con ella, a la proliferación de facciones «postvanguardistas» provinciales, cuyo mayor deseo es, sin embargo, tomar al asalto la decrepita capital del imperio. Esa bárbara ambición de hegemonía, o de revancha, tal y como gusta hipócritamente de presentarse a sí misma, está llevando a algunos artistas — pintores, sobre todo — a desconfiar de unos y de otros; de los vanguardistas melancólicos y de los postvanguardistas sanguineos. Cuando la metrópoli se desmorona (¡habrá que verlo!) y las colonias conocen la frágil pujanza de su emancipación, la única actitud inteligente es temerse lo peor — a saber: nuevas y más feroces servidumbres — y buscar un refugio que sólo podrá ser me-



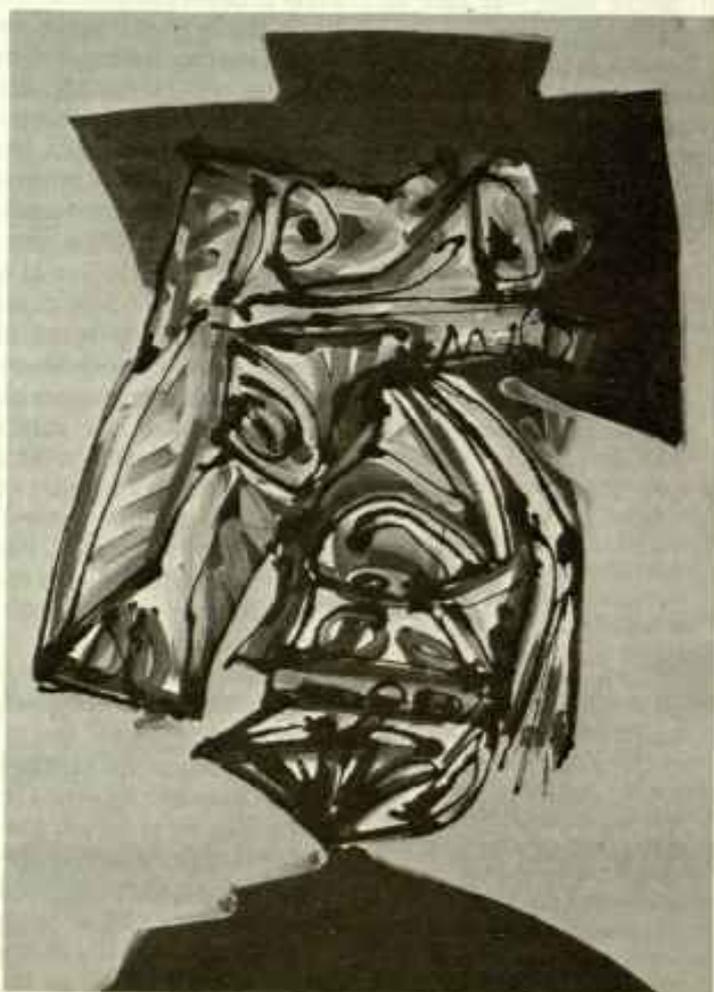
dianamente seguro, pues nadie se libra del ruidoso y muy poco estimulante encuentro entre la sabiduría desfallecida y el vigor ciego, por lejos que se encuentre del escenario principal.

«Cuando la serpiente artística se muerde la cola — escribe Antonio Saura en el catálogo de su exposición —, este dilema (*on ne peut pas se débarrasser, n'est pas?*) resurge con viveza.»

La de Saura es una de las tres exposiciones madrileñas que me han dado pie a estos paseos de otoño y pretexto para este artículo. La de Guillermo Pérez Villalta y la de Manolo Quejido son las dos restantes. En todas ellas he creído advertir un disimulado gesto de horror; un púdico movimiento de resistencia; un mudo, pero inequívoco reproche a esos amigos de última hora que no se resignan a que el objeto de su admiración «pierda el tren de la historia». Saura, Pérez Villalta y Quejido, cada uno a su modo, parecen, en efecto, dispuestos a perderlo y yo les alabo aquí el gusto; pues digo yo: ¡habrá otros medios de transporte!

Por tratarse de un pintor con el que cierto «neo-expresionismo» en boga podría sintonizar, Saura es el que lo tenía más difícil. Su nueva serie de *retratos imaginarios* me hace sospechar que está perdiendo el dichoso tren, por entretenerse con el enigma de la persistencia de algunas de sus más antiguas obsesiones: *on ne peut pas se débarrasser*. Una *Dora Maar*, de Picasso, que en 1964 había sido «revisada» es ahora «visitada» con familiar cortesía. En 1964 la «caligrafía» de Saura era sintomática y furiosa; ahora es como una de esas muestras caligráficas de los Morante en las que de un solo trazo magistral se «escribe» un rostro conocido y frecuentado. Ni rastro de la bravuconía y montañez ignorancia con que los nuevos «expresionistas» europeos rehacen la pintura moderna.

También Quejido parece haber querido evitar tan indeseable parentesco, borrando de su pintura los gestos de fiera que, como bien dice J. L.



Brea, constituyen el característico «toque Quejido», y demostrando de este modo, por si alguien lo dudaba todavía, que es un pintor cabal y nada estereotipado.

En cuanto a Pérez Villalta, el riesgo que corría es muy distinto, pero no menos desastroso: el de convertirse en la versión «glamour» del eclecticismo ascendente. Hace un año declaró en público y con santa indignación que la «transvanguardia» italiana le producía náuseas, pero no olvide que en 1980 volvió de Nueva York decepcionado de la pintura americana y que a partir de entonces su propia pintura ha sufrido un cambio radical, que algunos de sus admiradores comienzan a maliciarse: con pesadumbre, unos; con histérica complacencia, otros.

Y es que de toda esta pintura podría decirse lo que aquel ilustre escritor y aficionado, cuando un día, en Vista Alegre, media plaza gritaba que se devolviera un toro al corral: «¡No está cojo! ¡Es su manera de andar!»

Recomendamos

Pistoletto, Palacio de Cristal, Parque del Retiro, Madrid.

Antonio Saura, Galería Antonio Machón, Madrid.

Guillermo Pérez Villalta, Salas Pablo Ruiz Picasso, Madrid.

Manolo Quejido, Galería Montenegro, Madrid.



Reiser, o le temps des roses

José María Vallés

De alguna manera, cada quisque se busca, incluso haciendo trampillas, un óbito homogéneo, una sentencia azarosa que rubrique el final de la propia película, o sea, la vida de uno. El cáncer óseo —*et bête et méchant*—, que según los periódicos mató al genial cronista Jean-Marc Reiser a la temprana edad de cuarenta y dos años no viene a ser, por jodido, un colofón menos notable a su empecinada carrera en el *humour noir*. Si André Bretón lo hubiese sabido... En el amor, como en la muerte, el *coup de foudre* es un traje hecho a medida.

El joven Reiser iba para aparejador o perito. Pero hizo unos dibujitos y se presentó en «Harakiri» y allí ya se enredó. Fascinado por la tropelía, el alcohol y el constante desatino de la *bande à Charlie* se consagró en cuerpo y alma a la barbarie, a ser *bête* y *mechant* sin tregua, a la burla y a la profanación sistemática de todo lo burlable y profanable. Su natural modosito había encontrado la perfecta réplica, su Mr. Hyde. Y la exploración radical a la que sometió el entorno ha provocado las más grandes carcajadas del siglo. Intensidad excesiva, precocidad de su desaparición. Como siempre, conceptos aparejados. Mal veo yo un Reiser ya achacoso metiéndose con sus colegas. Me resulta difícil concebir a Reiser haciendo el chiste diario para el periódico al que se ven abocados los profesionales en su declive como putas en su jubilación.

La fugacidad de su estrellato, su intensidad lumínica, marcan también —como en el cielo astronómico—, señales profundas, momentos significativos. Con Reiser —más encarnado que sus compañeros Wolinski, polaco al fin y al cabo, menos *lycéen* que Gebe, Cabu o Cavanna—, muere una cierta Francia con resabios rabelesianos, provinciana y mullida, madre de Brassens y De Gaulle, patria del *Grand-Guignol*. Para mí, la última Francia entrañable. La Francia que es capaz de dudar seriamente si sus exquisiteces burguesas son anteriores o posteriores a la Edad Media.

Y Reiser mantiene constantemente —por sus temas, por su aproximación— esta perplejidad. Su afán sacrilego, su fuerza profanadora, su épica de la miseria, su cachondeo de la abyección no es sólo un notabilísimo antídoto contra la *Grandeur* histórica francesa, sino contra todo amago de idea de progreso que nos hacen tragar a diario. Su obra es un vasto (y basto) ejercicio de lucidez que conecta y nos sitúa de repente en aquél punto interior —que todos guardamos en la memoria biológica de la especie— de conciencia medieval que era la de los espectadores ante el ajusticiamiento en la plaza pública. **una conciencia**



radical de los temas básicos del mundo antes de que se inventaran los periódicos de izquierda, la *nouvelle cuisine*, el eurocomunismo, los curas autónomos y el osito Chulin.

Reiser ofrece carcajadas, no sonrisas. Mandíbulas desencajadas que no entienden de psicologismos, y cuyo único límite es metafísico: *morir de risa*. Esa contemplación medieval del mundo hace que sus historias vengan a ser las mejores rosas del estercolero, parecidas en algún modo a las perlas anónimas y llenas de sabiduría que uno encuentra a veces en la pared del retrete. Ese rasero común, y su afán de zoólogo, iguala en él a los hombres con los animales. Bueno, o casi: los animales beben poco alcohol, se tiran pocos pedos (o menos artísticamente), no se sacan pelotillas de la nariz (por lo menos no tan asiduamente), no llevan calzoncillos (o por lo menos no los duran seis meses), no se meten mano, no tienen bragueta, etc. Pero eso sí: los pobres desgraciados de la clase media (para poner un ejemplo de humanidad) sí follan como perros, comen como los cerdos (peor, en general), se les cae la dentadura postiza, la fatalidad se ceba en ellos, pierden el ojo de vidrio, e incluso hablan. No es que digan mucho, pero hablan. O sea: que todavía hay clases.

A partir de esta premisa, yo propondría para Reiser un Museo Imaginario con menos caligrafía fina que el de Hergé-Tintín, *menos bonito* si ustedes quieren, pero con más carne y más sangre. Un Museo viviente de Horrores impresentables, en el que, además del portero deforme de rigor a la entrada, figurarían inexcusablemente: el borracho y su hijo, el niño de las orejas rojas, una orgía de perros inseparables, una *baguette* de pan con dos *merguez* y dos *tampax*, tres *guarronas*, grandes pósters con *chancros* de todo tamaño y condición, cinco obispos, dos *carniceros* borrachos sirviendo carne hedionda, una *pandilla* de misioneros lúbricos, un extraordinario accidente de automóvil con muchos sesos, ojos y miembros despatastrados, una colección de *crottes de nez*, otra de militares tricolores, tullidos, embarazadas, ratas, cocodrilos, moscas, elefantes y basuras a discreción.

¡Ah! Y se me olvidaba: *Oscar, Ivá y Já* de traductores simultáneos. Como lugar apropiado me pediría la Fundación Miró, y como honores póstumos exigiría para Reiser, defendiendo la propuesta si hace falta ante el Consejo de Europa, que sea nacionalizado español. ■



Música Clásica

Alvaro del Amo

Telemann

El maestro de música constante: Edith Mathis, Hertha Topper, Ernst Haefliger, Gorry McDaniel, solistas; Coro Bach de Würzburg, dirección, Josef Ulsamer (Archiv, álbum de 5 discos).

Música para banquetes: Schola Cantorum Basiliensis; Dirección, August Wenzinger (Archiv, álbum de 6 discos).

Dos colecciones, ideales para iluminar nuestra vida cotidiana presente con una luz cruda. Cruda, por la exquisitez de la música. Cruda, por la rareza de su destino primitivo. Cruda, abundando en el adjetivo, porque hoy, en un aire tan fabulosamente mediocre, la exquisitez es una aspiración que suele dirigirse a confusas salsas de una cocina de alambique. Cruda, aludiendo al origen, porque las publicaciones más o menos periódicas no se ocupan, ni poco ni mucho, de ofrecer a los lectores, a los compradores, la entrega de unas partituras que exijan para su ejecución de un virtuosismo que los lectores, los compradores de hoy no entregan, por lo visto, a los instrumentos musicales, sino a ambientar su, quizá irremediable, mezquindad, a base de pulsar botones, acumular, atesorar cacharros curiosos, o a ahorrar para algo y, a la postre, contra alguien; cruda, en nueva alusión al origen, porque ahora, en los banquetes, a los comilonos no llega un grupo reducido de músicos a desplegar delicadezas, sino que lo que se entiende por comer se acompaña, en familia, por el bramido del televisor; en conmemoraciones más o menos empresariales, la música de fondo no se encarga al oboe, sino al chistoso, al ocurrente o al malvado que sólo emborrachándose pronuncia el discursito; en restaurantes o locales públicos no hay «ouverture-suite» ni «trío», sino que la casualidad actual reserva aún, para los

trémulos comensales que han decidido desesperadamente comer o cenar fuera de casa, la más que probable irrupción de un conjunto de negros fantasmas que, adornados de cintajos e improvisando cabriolas, son muy capaces, bajo el aún vigente nombre de *tuna* (vocablo que ya pertenece al campo semántico de *abyección*), de atragantar gargantas confiadas, de cerrar estómagos desprevenidos, de congelar pobres tráqueas que se abren, inocentemente, para dejar paso al clarete, por cierto regular, *de la casa*.

Telemann (1681-1767), compositor poco conocido entre nosotros, preparó dos colecciones estupendas, dos tesoros que, cuando el estupor se calma, invitan a un muy lento y provechoso paladeo, desde el triste hoy.

El maestro de música constante es un conjunto de 62 composiciones distintas, publicadas en una revista con el fin de procurar, a los lectores, a los compradores, de partituras excelentes para los más diversos instrumentos, como flautas de pico, flautas traveseras, flautas de pan (también llamadas *siringas*), oboes, zampañas, trompas, trompetas, trombones, cémbalos, clavicordios, tiorbas y positivos (pariente del órgano), entre muchos otros; aparte de arias para que los lectores barítonos y tenores, para que las compradoras sopranos y contraltos, pasaran tardes agradabilísimas, no acompañando a torpes vástagos, bajo la lluvia improbable, a la academia donde no aprenderán judo, jazz o, más recientemente, aerobio, sino tocando y cantando tan ricamente.

Música para banquetes, para tocar en banquetes; música de primerísima calidad, organizada en un sistema llamado con una palabra que nos trae un súbito ramalazo moderno y, antes de explicarlo, alarmantemente televisivo: *producción*. Hans Hickmann, en el interesante folleto que el álbum ofrece, lo explica muy bien. «¿Qué entendía Telemann por *producción*? Evidentemente, una sucesión de composiciones in-



Georg Philipp Telemann (1681-1767).

dividuales para cámara y orquesta dispuestas de acuerdo con conceptos tonales y formales generales, y que abarcan desde la sonata para un instrumento solista hasta la suite para orquesta y el concierto para uno o varios instrumentos, inspirándose en prácticamente todas las clases de música entonces al uso.»

Las grabaciones son magníficas. Por su fidelidad. A la hora de elegir los instrumentos, a la hora de seguir las indicaciones de la partitura, a la hora, sí, también, de comprender que estas piezas no hay manera humana de *actualizarlas*. Se escribieron en otra época y para otra educación. La fidelidad, aquí, no es sólo rigor en el respeto a las bellezas del pasado. Es mucho más, es el impulso que tiende a resucitar tales primores (de invención, de diversión, de imaginación, de combinación, de seducción) para colocarlos sobre el televisor, tapando tal vez el vídeo y, mediante un invento también en decadencia (el disco de microsurco), ofrecerlos humildemente al contribuyente de hoy para, en el caso quizá no del todo impensable de que de ello fuere capaz, que se adentre en

estas piezas para virtuosos remotos, previstas para banquetes que él, pobre, no conocerá (por muchos tenedores que ostente el restorán pagado con tarjeta de crédito), con el fin, no tanto de que compruebe lo que se ha perdido no aprendiendo a tiempo a tocar la trompa selvática, sino, sencillamente, de facilitar algún raitillo de escucha indescifrable, ideal para los grandes descubrimientos: su alma probable se estremece con la viola da gamba. Enhorabuena, buen hombre, no todo se ha perdido aún.

Recomendamos

War Requiem, de Britten, editado por DECCA, deseando que sea el prólogo a la publicación de las obras, aún prácticamente inéditas en España, de uno de los grandes compositores del siglo veinte.

Nota: Los libros citados en el artículo del número anterior están publicados por Taurus Ediciones.

Música Rock/jazz

¿Jazz en España?

El IV festival de jazz de Madrid, celebrado en la última semana del pasado mes de octubre, sirvió —entre otras cosas— para una redefinición de posiciones. La asistencia al

mucho más arriesgada y rupturista que en otras ocasiones. Aunque existieron muestras —y muchas!— de las formas más tradicionales y clásicas del jazz establecido (homenaje a *Louis Armstrong*, los *Hombres de Count Basie*, numerosos representantes del *be-bop* en todas sus expresiones más o menos duras, pianistas de corte casi académico, etc), bastó la presencia de algunos músicos y espectáculos de vanguardia para que cundiese el pánico, y el Palacio de Deportes madrileño se viese en tales ocasiones abandonado continua y sistemáticamente por los aco-



Winton Marsalis.

mismo siguió siendo casi tan masiva como en ediciones previas, pero también se apreciaron los primeros síntomas de «cansancio» por parte de muchos asistentes, dato que puede acentuarse en temporadas sucesivas, a poco que éste fenómeno quede reducido a sus límites estrictamente artísticos y musicales, desprovisto de esos tintes de suprema novedad a los que se añaden, inevitablemente, los peores rasgos de la moda y el esnobismo culturales.

Sucedió, simplemente, que la oferta del presente año era

modaticios y arribistas de turno.

En este sentido, los conciertos protagonizados por *Miles Davis* y *Cécil Taylor* fueron sintomáticos y ejemplares. Sus búsquedas, airadas en ocasiones, histéricas en otras, pero búsquedas al fin y al cabo, no pudieron ser soportadas por los que esgrimían como coartada el consabido «eso no es jazz». Fusión de partículas musicales africanistas y futuribles, expresión plástica y corporal de un sonido tantas veces incorporado, improvisaciones alocadas y múltiples sobre un piano a veces machacado como

si fuera propio, el quehacer del radical Taylor y sus músicos — que parecían descendientes directos del Black Power, vía Panteras Negras — asustó a muchos asistentes, horrorizó a otros cuantos y, en todo caso, sorprendió a la inmensa mayoría. Aunque sólo fuera por ello, su exhibición mereció la pena.

El otro gran aliciente del festival fue el encontronazo de los reputados músicos de jazz (*Chick Corea, Max Roach*) con la música establecida de Occidente, personificada en una de sus mínimas representaciones: el cuarteto de cuerda. En las

llegaremos de nuevo al dogmático y rotundo «esto no es jazz», arrogándonos la exclusividad del término.

Música de jazz es la que suelen hacer los músicos de jazz, y sus mentes no parecen estar tan acortadas ni esquematizadas como las de muchos seguidores y «críticos». Y también es reconfortante ver y comprobar cómo las audiencias, y en especial las más jóvenes, están abiertas a tales innovaciones y semejantes experimentos, por extraños que parezcan.

Pero, el fervor que se de-

los pocos clubs que en nuestras ciudades son, y conformándose, a la fuerza, con algún que otro discreto recital ofrecido en recinto universitario o semejante. Y aún en tales casos, tales empresas, las privadas, y las de iniciativa cultural, se las ven y se las desean para cubrir el expediente de gastos.

Y nada digamos de la publicación y adquisición de discos del género. Sabido es que la industria fonográfica atraviesa hoy uno de los peores momentos de su historia, fundamentalmente por el alto nivel económico de sus productos, y

los últimos años como más bien escaso y minoritario. ¿Dónde están esas multitudes que asisten, una vez al año, a las grandes salas de conciertos? ¿Compran, aunque sea de vez en cuando, algún disco de jazz?

Ya no se puede esgrimir aquello de que el mercado nacional olvida y margina al jazz. Ese argumento fue bueno hasta el año 1980, aproximadamente. Hasta entonces, el nivel de edición, en este país, de discos de jazz, era ridículo. Solamente intentos esporádicos, sin ningún rigor ni continuidad, y ediciones-sorpresa, de vez en



Harold Land.

Miles Davis.

antípodas; temáticas y formas, de la «vuelta a la negritud» que predicar: *James Baldwin* y *Leroi Jones*, no cabe duda de que ahí encontramos otro camino válido de experimentación para el jazz contemporáneo. Aunque algunas de sus mejores virtudes de siempre se queden en el camino: esa pulcritud expresiva, ese sometimiento a la partitura, esos escasos márgenes para la improvisación, esa construcción arquitectónica un punto fría y preconcebida... todo ello dice poco en favor de la «pureza» de esta música. Pero, si seguimos por ese terreno, pronto

muestra de tanto en tanto, en espectáculos en directo, en los que priva el «factor social del regalo», es decir, la exhibición personal en los lugares donde se produce el show de la modernidad, ¿se corresponde en nuestro país con una auténtica y decidida «vocación», con un sincero y comprometido interés por la música en general, y el jazz en particular? La respuesta, en este caso, no puede por menos que ser pesimista. Pasadas y abandonadas las farándulas luminosas del Gran Festival, esta música vuelve entre nosotros a su habitual marginalidad, refugiándose en

también por la saturación existente en el mercado. Sin olvidar el factor, decisivo en los últimos tiempos, de la tremenda competencia (que algunos llaman desleal) ofrecida por los nuevos sistemas de grabación y/o reproducción, ya sean de tipo doméstico o de andar por casa, como aquellos otros más sofisticados de la venta clandestina de grabaciones «pirata».

Pero, contando con estos y aquellos factores, hay que señalar inmediatamente que el mercado potencial de discos en España se ha revelado en

cuando y sin que nadie se lo esperase (recuerdo ahora los célebres discos del sello Impulse, con algo de lo mejor de *John Coltrane* («A love supreme»), *Ornette Coleman*, *Sonny Rollins* o *Sun Ra*, en los años sesenta. Y poca cosa más, como no fuesen aquellos recopilatorios, «samplers», del estilo de «Iniciación al Jazz», «Lo mejor de Louis Armstrong» y etcéteras.

En los últimos tiempos, esto ha mejorado muy considerablemente. Casi todas las casas discográficas establecidas publican, más o menos asiduamente, algún disco de jazz, y

las hay que han creado exclusivamente series dedicadas a la llamada (pretenciosa y exclusivista) «música del siglo XX».

Los sellos «Pablo Jazz Records», distribuidos por la nacional Columbia; «Jazz Stop», que ha cumplido recientemente los cien títulos publicados en su catálogo (perteneciente a la C.F.E., subsidiaria, a su vez, de Zafiro) «Gigantes del jazz», y otras ediciones de las casas Dial, Hispavox, Movieplay han dinamizado el mercado en los últimos meses. Otras casas, de más reciente creación, como Nuevos Medios y Linterna Música prefieren la divulgación de los jazzmen de vanguardia, y de los olvidados españoles (el sello ECM, la primera, con nombres como los de Don Cherry, Jan Garbarek, Pat Metheny, Keith Jarrett, Chick Corea, etc.) y artistas, como los hermanos Pardo, o *La Orquesta de las Nubes*, la segunda). Finalmente, las multinacionales, tipo CBS, WEA, Ariola, Polygram, Emi Odeón también editan, si bien más tímidamente y con muchas menos alegrías, algunos de los nombres consagrados del jazz mundial. Pero podrían hacer mucho más.

En cuanto a los medios de comunicación (radio, TV, Prensa), sólo un comentario final, a modo de ráfaga. Es cierto que han proliferado en los últimos tiempos, los espacios radiofónicos especializados, y

que se ha posibilitado a los mejores profesionales del género el acceso a la divulgación de esta música (José Ramón Rubio, en la emisora Radio El País; Paco Montes, desde Radio-3, de Radio Nacional de España; Juan Claudio Cifuentes, en la cadena de Antena-3, y otros programas de carácter local o regional a cargo de Alberto Mallofré, Narciso Munñé, Luis Badal, Jorge Arnaiz, Gonzalo Moure, Pío Lindergaard, etc.) Pero, curiosamente, las horas de emisión de estos programas suelen ser coincidentes o bien absurdas, a altas horas de la madrugada o escondidas en lo más recóndito de las, generalmente, anodinas y vulgares programaciones.

La Prensa ofrece un panorama mucho más desolador. Una sola revista de ámbito nacional, dedicada al jazz, «Quarta Jazz», editada en Barcelona, y escaso, por no decir nulo (re)conocimiento y profundización del tema en la Prensa diaria, excepción hecha del diario «El País» y, si acaso, «ABC» y «La Vanguardia». En cuanto a TVE, solamente en el pasado más reciente se ha enterado de que existe una parcela importante de la música de este tiempo, que se denomina «jazz». Pero es que allí se han enterado hasta hace poco de escasas, poquísimas historias.

Alvaro Feito

Y nadie dijo nada

Juan Francia

«S

ois acusados, levantaos. El orador sólo puede hablaros si estais de pie. De pie como para «La Marsellesa», de pie como para el himno ruso, de pie como para el «God save the King», de pie como ante la bandera.»

Con estas palabras de Picabia, leídas por André Breton y acompañadas al piano por Marguerite Buffet, se iniciaba el 27 de marzo de 1920, en el Theatre de l'Oeuvre y en medio de los aullidos de un público disconforme, la presentación de uno de los tantos manifiestos DADA.

Cincuenta y tantos años después, en un plató televisivo, una dama, también de pie, con los cabellos erizados, de pie, ante un público que se mantenía de pie, intentaba recordar el espíritu DADA, un espíritu maldito y poco proclive a salir de su tumba, viajar a Madrid y servir de carnada que alimente el inquieto espíritu de nuestras jóvenes modernidades.

La presentadora del acto —de la cual no se conocen, hasta el momento, intentos de suicidio— calificó de «muy marcado por DADA» el contenido de su programa. Dicho esto —con una sonrisa poco dadaista: Paloma no sabe reírse como los dadás— invadieron el escenario unos querubines galácticos, a los que nadie había aconsejado previamente que rompieran sus instrumentos ciegos en el escenario, tal como recomendó en su día Tristan Tzara a la Orquesta Filarmónica de Berlín.

Los querubines galácticos —tal vez por eso de las alas atiendan por «Aviador Dro»— ofrecieron una interesante sesión de expresión corporal, en la que destacaban una jovencita muy mona, con espasmos muy acompasados, y un chico de metabolismo cambiado, bastante obeso él, con una marcada y profunda tendencia a teorizar sobre las oscuras naturalezas de la música vanguardista.

Y seguía la fiesta DADA. Ya que no había leones, ni jóvenes domadoras francesas ni arriesgados trapeceístas, Paloma Chamorro se sacó de la chistera un pintor verdaderamente extraordinario, firmemente decidido a embardar paredes con el solo concurso de lo que parecían extremidades: brillante logro de una entidad tan altruista como «Artis Mutis». Dio el joven artista la impresión de no haberse planteado jamás la inutilidad de la obra pictórica en general, mucho menos de la suya propia. De todos modos, muchos creyeron que era DADA, por lo de que «la obra de arte no debe ser la belleza en sí misma, o está muerta».

Y en una ingenua progresión hacia el apoteosis, pasen y contemplen a los chicos del conserje; a esa pesada que todos los días pide invitaciones y a mis cuñados pequeños, con su pandilla de cafres. Todos a punto de degustar un plato suntuoso. Igual que en Zurich entonces, pero hoy



Gary Burtón y Chick Corea.



Ilustración: David Santa Isabel.

aquí, en Madrid, flamante Olimpo en promoción. Sin Tzara, Arp ni los demás, pero todavía con Lenin despiojándose en la otra acera. Seguramente sin terminar la velada a cuatro patas, por debajo de las mesitas con coquetos manteles de color salmón, aunque mucho más pragmáticos: «Cabaret Voltaire», el encanto de la provocación, servido en bombonera.

Lo nuestro es *glamour*, lo nuestro es poesía, lo nuestro es bueno, lo nuestro es una religión, lo nuestro es sofisticado y fascinante, lo nuestro es mágico, lo nuestro es el futuro.

Viáticos apañados para pasar la semana, cicatrizados en falso en los templos de a diario y que aquí cuentan con su pantalla.

Las hordas de muchachos desmayados, con aire de haber sido gravemente ultrajados y los moños en la estratosfera, pugnarán después por quién llega a ser el más obtuso, mientras tragan sin rechistar sustancias letales de diversa índole, milagrosamente persuadidos de que tienen en sus manos lo mejor, aunque apeste a garrafón. En el mejor de los casos.

Un chico de poco talento puede, perfectamente, votar al partido Ruralista; defender su honor, comentar en público la última entrevista de Ciorán y comprar con toda libertad su ropa interior. También coronaría con éxito su aventura de «Pop-Star».

Es exagerado pensar que, a partir de un miserable conocimiento de la vida, unas divinidades canalizadoras insisten en hacer bailar el ritmo que ellas tocan.

Un comentarista musical, pongo por caso, tampoco piensa en el suicidio. Sin embargo, puede poseer la mejor colección de vídeos, inyectarse morfina en los meñiques, pasearse desnudo por Ibiza en verano, y no olvidar nunca el Día de la Madre.

Las divinidades, ahora, están muy ocupadas comprándose diccionarios de sinónimos y dejando sus últimas dioptrías en dar con *lo último*, para después enviárselo con rosas a su promotor más cercano.

Es completamente falsa la especie de que el proceso de creación de nuestra música modernísima se asienta sólidamente en la sombra que proyectan cuatro personajes. Han olvidado que uno de ellos está en la mili y otro aún se repone del disgusto causado por el fulminante abandono de su mujer, días después de dar a luz unos preciosos gemelos —«El Nutribén que se lo dé tu teclista, só Heavy!», dijo al marcharse.

Así mismo hay que salir al paso de unas declaraciones recientemente publicadas —sin ningún rigor— en el sentido de que no es tan grave la falta de creadores como el poco interés que estos se toman. Las honras, las dignidades, la fama que ya acompaña a muchos son la recompensa al trabajo y la superación. Podemos enorgullecernos de ser la comunidad que ha becado a más torpes por metro cuadrado del mundo. Y todo a base de esfuerzo.

Nadie dijo nada. Seguramente porque estaban gozando de la oportunidad de contemplar el marronazo que se viene encima, más rápido de lo que parece; y eso tiene su atractivo.

Y aunque ya sé que no viene mucho al caso, como hoy en día cualquier matao que se precie ha de ilustrar sus intervenciones con diversas citas que muestren su erudición, voy a someter esta —enormemente DADA— a las iras del respetable:

«Los idiotas (dijo Tristán Tzara) empollan el siglo —vuelven a empezar algunos siglos después—, los idiotas permanecen en el círculo durante diez años, los idiotas se balancean en el cuadrante de un año —yo (idiota) me quedo ahí cinco minutos.» ■

Viajes

Ana Puértolas

A la sombra de Vesubio

El día amaneció despejado y aparatosamente limpio. Desde la ventana de mi hotel, en la Vía Sauro, la bahía se dibujaba con todo cuidado, quieta, brillante, ausente ese ligero aire relamido que le prestan las mejores postales. Una sensación de belleza total me invadió el cuerpo y formó un nudo denso a la altura de mi garganta. Nápoles, a mis espaldas, era tan sólo una referencia cierta y casi inexistente. A lo largo de la semana, pensé, tomaría el barco para Capri, Ischia, y me acercaría a Procida.

Dejé apresuradamente la habitación, me interné por la Vía Sta. Lucía, y me dirigí a la plaza del Plebiscito, que se abre frente al Palacio Real. Allí me estaba esperando desde siempre un coche pequeño y plateado que me acompañaría en el viaje. No tuve ninguna dificultad — más tarde pensaría con asombro en ello — para salir de Nápoles. La carretera, ancha, bien trazada y curiosamente desierta, me condujo sin apenas sentirlo a la gran mole del Vesubio. A mi derecha el mar se hacía más y más claro sin perder para nada su apariencia inabarcable y profunda. Los recuerdos de las sucesivas, mortíferas erupciones del volcán se apretaron en mi memoria convirtiéndome en presunta víctima. Cubierta de leves lienzos púrpura me vi corriendo a través del atrio de mi casa, saliendo desesperada a la calle y huyendo bajo el fuego en dirección a la muerte. Cargada de niños llorosos, contemplé, siglos más tarde, cómo las lavas cubrían las viñas que durante años había-mos mimado toda la familia. Ahora, una vez más, me estaba acercando a los infiernos. Resplandeciente, suavemente



Ilustración de Ricardo Buzos

recortado en el cielo de azul intensísimo, tan hermoso estaba el Vesubio que tuvo el poder de calmar mis recientes terrores. En el olvido, un pasado de siglos en llamas no había perdido un ápice de su majestuosidad. Aparqué el coche en el lugar correspondiente y me dirigí al telesilla que sube hasta el cráter. No le vi cara a cara hasta que no estuvimos al borde del abismo: la terrible perfección del golfo de Nápoles, los recortados perfiles de la península de Sorrento, la desoladora amplitud del mar, la cercana presencia del vértigo se impusieron sin ningún resquicio sobre cualquier otra realidad. Pero debía estar hace tiempo, ya que ningún coche había llegado tras el mío ni persona alguna estaba antes de mi subida a la cumbre. Bajo una hermosa pérgola cubierta de buganvillas moradas se asomaba hacia la bahía absolutamente inmóvil, perfectamente real, como si hubiera estado allí desde siempre. El tiempo se paró en ese justo instante y me es imposible precisar ya cuando sentí sus pasos tras los míos, cuando su mano rozó

con suavidad mi hombro y sus palabras en un italiano que se hizo perfectamente entendible, me hablaron de rutas imposibles y barcos poderosos. Pude recordar, sin embargo, con toda nitidez su rostro, de facciones estrechas y claras, su forma de mover el cuerpo, su manera de andar rápida y a golpes. El resto fue una mañana sin límites, Amalfi, la marreante gargante de Furore, las casas relucientes en la roca, una Pompeya descubierta para nosotros, el ahogo total.

Una sacudida más fuerte sin duda que las anteriores me hizo parpadear y entreabrir los ojos. Frente por frente, un matrimonio de aspecto adinerado y rostro impassible se dedicaba a la tarea de hojear revista tras revista. Recorrí con la mirada el nuevo escenario. Era, efectivamente, el departamento del tren en que, recordé, me había instalado un rato antes. Cerré de nuevo los ojos con fuerza y brotaron por un instante las buganvillas. Atrás quedaban Positano, Afrani y la trasparente gruta de Smeraldo. Atrás, no, allí donde habitan los dioses y los sueños.

Recomendamos

Para los aficionados a la nieve y el esquí, los programas del Club Independiente de Esquí, una de las organizaciones que más viajeros mueve en este campo, y con precios razonables. Dos ejemplos: en España, una semana en Baqueira Beret con alojamiento y desayuno en hotel de tres estrellas, y remontes incluidos, desde 16.700. En los Alpes franceses, mismo tiempo y alojamiento en apartamento, unas 13.000 pesetas. Y ofertas especiales y baratas para el fin de año.

Libros

La ruta del Argo

Quinientos años después que Homero, Apolonio de Rodas, antes Apolonio de Naucratis, quiso escribir una epopeya equiparable a «La Iliada» o «La Odisea».

Eligió como tema uno muy conocido y antiguo que narra el viaje de los argonautas a la búsqueda del vellocino de oro y le dio forma auxiliándose con los datos que en la Biblioteca de Alejandría le proporcionaron Píndaro, Ferécides, Heródoto, Esquilo, Sófocles, Eurípides, Hesiodo y el nombrado Homero, más otros que hoy no conocemos.

Sabemos, sin embargo, de su triunfo, de los honores que disfrutó y también de la pervivencia del relato o de algunos de sus episodios en la literatura posterior de muy distintos países.

En 1944, más de dos mil años después que el poema épico de Apolonio y tres mil más tarde que el viaje real que está en sus orígenes, en la aldea de Galmpton del Devonshire el poeta inglés Robert Gra-



Biblioteca de Comunicación
Hemeroteca General
CEDOC

ves escribió, con el mismo tema, una novela histórica en la que el narrador es un erudito mitógrafo del siglo II a. de C., que conoce lo que sabían en 1945 arqueólogos, historiadores, mitógrafos y filólogos.

Mientras la redactaba, trabajando contra el tiempo como él mismo dice, le interrumpió una súbita obsesión abrumadora que tomó la forma de un esclarecimiento no solicitado sobre un tema que había significado muy poco para él: una batalla de árboles ocurrida en algún lugar de la Britania prehistórica que le hizo abandonar a toda prisa el mapa del Mar Negro, en el que iba trazando la ruta del Argo para escribir, durante toda la noche y todo el día siguiente, con tan vertiginosa velocidad mental que le era difícil a la pluma marchar al mismo paso que sus pensamientos. Tres semanas después había terminado «El corzo en el soto», el embrión de su obra más importante, «La diosa Blanca», y la más larga, ardua y cierta de sus travesías.

Graves dejó la ruta del Argo para internarse por un camino que conducía al vellocino de oro y su significado, y más allá de él a una fe de cuyas creencias poéticas ha subsistido,



Las cajas chinas de J.J. Millás

En 1977, cuando apareció *Visión del ahogado*, muchos saludaron la presencia de una voz nueva, personal y enormemente sugestiva en el no muy espectacular panorama de la joven narrativa del momento; incluso ahora, con casi siete años transcurridos desde su publicación, un crítico tan poco dado a las alharacas como Luis Suñén se ha referido a *Visión* como «una de las narraciones fundamentales de los últimos diez años».

Atrás quedaban, sin embargo, otras dos novelas, lo que demuestra una vez más que el talento es (también) una larga paciencia. Una de ellas, *Cerberos son las sombras*, había obtenido un unánime Premio Sésamo (1974) y permitió que el nombre de Juan José Millás comenzara a ser conocido por los críticos y por un grupo —no muy numeroso— de lectores atentos. La otra novela —la primera cronológicamente— cuyo nombre ignoro, fue condenada a descansar eternamente en el fondo del sólido cajón autocrítico del autor.

En 1981, y con una promoción insuficiente, Legasa publicó *El jardín vacío*, en mi opinión la mejor novela de Millás. Los críticos, aunque coincidentes en reconocer la calidad del producto, se mostraron desconcertados. *El jardín* era ya un plato fuerte, una obra ambiciosa cuya tensión era la resultante de un universo que pivotaba sobre dos fulcros distintos: un lector apresurado podía dejarse fascinar por uno de ellos y olvidar que las claves se encontraban en el juego del conjunto. La historia, además, era dura, inclemente, como esos espacios urbanos tan contemporáneos en los que resplandece la atracción del desastre. *El jardín vacío* era una novela intempestiva y su lectura requería, por lo menos, el esfuerzo de asomarse a parcelas no muy agradables de lo real: muchos no deseaban hacerlo.

Papel mojado es, aparentemente, una incursión en el género policiaco. Por muchas razones Juan José Millás tenía que escribirla. En primer lugar, desde luego, porque le divertía, sabía que podía hacerlo y porque era una manera eficaz de llegar a públicos más amplios y diferentes. Luego, porque algunos de los motivos del género estaban presentes en su obra anterior y siempre me había temido que un día u

otro tenían que aparecer de forma más explícita (debo advertir que, a causa de un oscuro, pero sin duda culpable, desajuste con mi generación, nunca he conseguido gustarle a las novelas policiacas).

Pero *Papel mojado* es, como ya se ha dicho, algo más que un «serie negra» a la española. Muchos de los temas del autor aparecen en esta novela tratados de diferente manera, como llevados de la mano por la conducta de unos personajes que son algo más viejos y sobre cuyo fracaso se arroja una mirada tierna e irónica impensable en *Cerberos* o *El jardín*. La amplitud de registros del autor, señalada por Constantino Bértolo en el extenso apéndice que se incluye en el volumen, se enriquece aquí con el humor, necesariamente matizado por la amargura y el horror en la novela anterior. Este registro humorístico, sostenido en descripciones y diálogos deudores técnicamente de la gran novela negra norteamericana, sirve no sólo para ubicarnos frente a esos personajes lúcidos y cansados, sino para introducir el oblicuo apólogo moral que se queda flotando en el espíritu mucho después de haber dado la vuelta a la última página del libro.

Millás se siente cómodo en el género porque penetra en él utilizando claves paródicas que le permiten prescindir un poco de la rigidez de la lógica; ese es uno de los caminos que utiliza para conducirnos a la sorpresa final, en la que el tema apariencia/realidad explota en una traca pirandelliana con el truco de esas geometrias imposibles dibujadas por Escher. Aquí, en este último capítulo en el que, según las convenciones del género, todas las piezas deben encontrar su acomodo, Millás desliza una carga de profundidad que afecta —fecundándola— a la propia estructura del relato. En este sentido, *Papel mojado* puede interpretarse como una caja china en la que, por medio de superficies no euclidianas, el recipiente interior fuera mayor y más sólido que el que lo contiene. Si esto no es literatura —tout court— y artificio, ya me explicarán ustedes qué otra cosa puede ser.

Manuel Rodríguez Rivero

Papel mojado, Juan José Millás, Ediciones Generales Anaya, Colección Tus Libros, Madrid, 1983.

aislado y gigante en la poesía inglesa contemporánea, y que aún hoy conserva como talismán infalible de su probidad de poeta. Y en Graves, la poesía ahonda donde no llega la marca que se imprime en la superficie del papel.

Cuando regresó a su manuscrito de «El vellocino de oro» y al gran mapa y a las aventuras de los héroes argonautas, el inicio de la trama acaecía en Deyà —el pueblecito de Mallorca donde Graves residía y todavía vive— y la razón de la misma había cambiado sustancialmente, ahora era la diosa Blanca y no Zeus la engendradora de la saga y a ella y a su culto pertenecía el triunfo del débil Jasón.

Por coincidencia poética restituía así el posible espíritu de Apolonio cuando a los dieciocho años, en Naucratis, compuso y publicó un primer texto de «Las Argonáuticas», hoy perdido, al que sus biógrafos, sin darnos razones, califican de notable fracaso.

La novela de Graves describe minuciosamente el periplo del Argo y es tan digna e imaginativa como la mejor geografía de la época, detalla, además, innumerables ejemplos de ritos y costumbres hoy olvidados y apura, más sofisticadamente que Apolonio de Rodas, el esquemático contenido psicológico de los personajes. Su lectura es más coherente, mitológicamente hablando, que cualquiera de las que conocemos. Descarta, aunque no sumariamente, sino previo y cuidadosísimo análisis, todo incidente que no corresponda al alma de la época, improvisa poco e intercala, no sin fundamento, varias interpolaciones que amplían las hazañas de algunos de los argonautas, enseñándonos sus peculiares talentos y aproximando el relato a su primitivo carácter literario: una balada que refería las pruebas rituales del coraje de un rey previas a su coronación y bodas con la reina y señora, representante de la diosa.

Mariano Navarro

El vellocino de oro, Robert Graves, Edhasa, Madrid, 1983.

Teoría y equilibrio

Desde que Kant redactase sus tres óperas magnas, la cultura occidental ha conocido una sucesión constante de discursos que se reclaman de la misma intención; la modernidad se parece al reino de la *Crítica*: desde la economía política (Marx) hasta la música (Atali), pasando por la razón dialéctica (Sartre), el signo (Baudrillard) y la razón narrativa (Faye). Pero, también desde Kant, los intelectuales se han convertido en profesionales del saber. No es este el caso de Régis Debray quien, a pesar de haber escrito una densa y penetrante *Crítica de la razón política*, se las ha arreglado para permanecer en algún lugar equidistante del Poder (Mitterrand), la Resistencia (las luchas revolucionarias) y el Dogma (la teoría marxista), pagando por ello un coste humano considerable.

Durante mucho tiempo se pensó que el socialismo (en el Este o en el Oeste) terminaría con la irracionalidad política, lacra de los modos de producción pre-marxistas, y haría entrar al mundo en la Edad de la Razón. Pero la práctica del socialismo realmente existente (en el Este o en el Oeste) ha desmentido la esperanza de

una política racional y razonable —las razones del Estado permanecen indiferentes a sus propietarios. De esta evidencia nace la necesidad de describir «las formas a priori de la práctica política en general». ¿Contrasentido? ¿No es cierto que, puesto que la razón no determina la práctica política, la razón política es siempre «a posteriori», siempre racionalización y nunca del todo racional? Pero Debray no dice otra cosa: que la Ideología es el elemento de la existencia política y la creencia en general su forma a priori (encarnada históricamente en las religiones mucho antes que en las ideologías), que es el reino de la opinión (y no el de la Razón) el que constituye los esquemas colectivos preconscientes que hacen posible el comportamiento político, que ligán, en definitiva, las «representaciones» con las acciones.

Lo que Kant designó con el nombre de «razón pura» no era otra cosa que un puro delirio. La «razón política» de Debray también es un absurdo, «pero lo absurdo, en este caso, no arruina el sentido, lo funda». Lo delirante es aquí el sueño de una política absolutamente racional, sueño común a Comte («profesional de la fe colectiva») y a Marx («crítico profesional de la fe»). Gödel demostró a primeros de siglo que ningún sistema axiomático puede

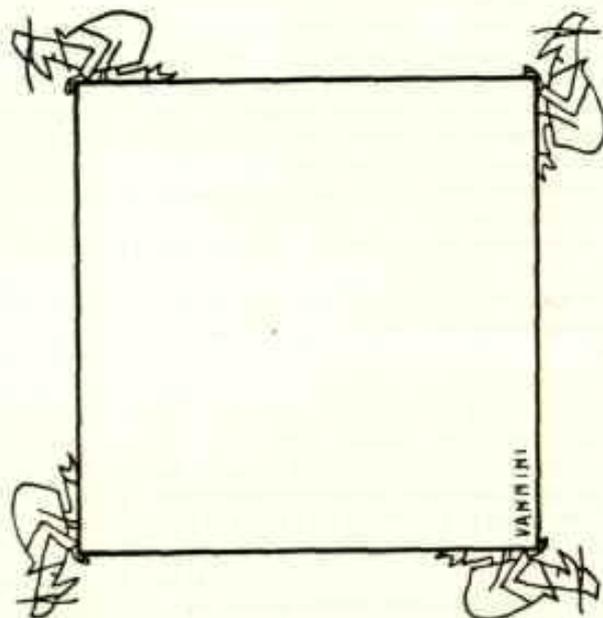
ser a la vez coherente y completo. Y este es el resultado que la crítica aplica a la antropología grupal: cuando la razón política se cree completa, racional y científica (es decir, cuando rechaza toda creencia, execra la ideología, prohíbe la religión, abole el culto y la sumisión) se vuelve contradictoria —genera las creencias más estúpidas, la ideología más ciega, la religión más fanática, los cultos y sumisiones más zafios—. La razón crítica renuncia a esa utopía (autogestión total, representación directa y no parlamentaria, disolución de la autoridad, no delegación del poder, etc.), para alcanzar coherencia. Pero remite siempre a su carencia, remite a un inconsciente político (y no psicológico, como el de Jung), cuya forma es la religión natural (y no la materia de alguna religión concreta). «La incompletud es el instituyente de lo sagrado social, y la religión natural su institución.» La crítica es trascendental: rechaza el determinismo infraestructural. «Las estructuras del comportamiento político no se modifican radicalmente por la sustitución del modo de producción y son independientes del grado de desarrollo de las fuerzas productivas.» Pero la crítica es materialista: rechaza el sujeto fundacional. No hay sujeto libre más que en grupos fetichizados que lo someten. La autonomía del sujeto humano forma parte del ideal trascendental de la razón política, esa ilusión (necesaria, pero ilusión en fin) de la razón práctica. Invitación a reconocer en la religión nuestra castración política como precio de la coherencia social.

El mensaje de Régis Debray tiene más de pragmático —e incluso de romántico— que de pesimista. Kant miraba hacia Francia, Debray mira a Latinoamérica. Y prefiere cien Sandinos religiosos antes que la religión científica del Kremlin.

José Luis Pardo

Crítica de la razón política, Régis Debray, Cátedra, Madrid, 1983.

Biblioteca de Comunicación
y Hemeroteca General
CEDOC





Turgenev, cien años después

Vicente Molina Foix

En su libro misceláneo de vejez «Reminiscencias literarias», Turgenev incluyó un texto titulado «A propósito de *Padres e hijos*», que es, en apariencia, una réplica o justificación moral ante la lluvia de acusaciones e insultos que le lanzaron los radicales rusos del momento por su ácido retrato del personaje central de *Padres e hijos*, el nihilista Bazarov. Turgenev, antes bien, lleva a cabo a lo largo de dicho escrito, y entre líneas, una defensa oblicua de una literatura cuya máxima aspiración es «reproducir la verdad y la realidad de la vida correcta e intensamente (...), incluso si esta verdad no coincide con las propias simpatías».

Sería erróneo, sin embargo, catalogar al novelista ruso, como vienen haciéndolo los manuales y algunos perezosos, de mero exponente del naturalismo de «hijo de su época». En una literatura como la rusa de la segunda mitad del siglo XIX, poblada de gigantes de voz en ocasiones campanuda, conscientes de su rol de profeta o mesías (la atormentada etapa final de Gogol; Dostoievski, Tolstoi), Turgenev, sin eludir a veces el conflicto de ideas ni el trasfondo social, habla con la distante voz del creador de ficciones; del *retórico* que, como ha sugerido Wayne Booth, no sólo nos atrae por su magistral dominio de ciertos tropos y recursos estéticos, sino por el modo irrepetible y distinto con que nos persuade a aceptar la realidad y los valores de su mundo ficticio. En ese sentido, Turgenev es, a mi juicio, el primer novelista moderno por su voluntad de creación de personajes emblemáticos y un paisaje geográficamente limitado pero abierto a dimensiones abstractas, donde los decorados, los utensilios, los animales y los tipos se repiten simétricamente según la pauta de unas variaciones melódicas.

Su primera novela, *Rudin* (1856), no alcanzando la categoría de sus obras maestras posteriores, es un libro profundamente significativo y con pasajes de gran belleza. Aún teatral en su construcción, y por ello a veces verbalmente sobrecargado, *Rudin* tiene en su protagonista a uno de los personajes para mí más modernos de la literatura decimonónica, comparable en resonancia moral y riqueza de trazo al Frédéric Moreau de «La educación sentimental». En ese libro ya ensaya Turgenev el modelo dramático que utilizó de cañamazo en sus novelas capitales, y

que procede, por cierto, de su comedia «Un mes en el campo» (donde, con un avance de cuarenta años, está todo Chejov). Ese modelo, sintetizadamente, gira en torno a la llegada o retorno al medio aletargado de la pequeña nobleza campesina de un personaje desclasado, quien, por sus ideas de ruptura o desdén y por complejos lazos amorosos, introduce en dicho medio pasión, discordia y cambio, pero, a su vez, indefectiblemente, se pierde en sus anhelos, que más parecen sueños, y acaba en el fracaso. El sino de esos personajes protagonistas es ser *superfluos*; hombres cuyo quijotismo revolucionario se nos pinta admirativamente sin dejar de ser al mismo tiempo suavemente ridiculizados, y cuya trayectoria termina por acercarlos más a Hamlet, personaje que, como Turgenev escribió en un hermoso ensayo sobre esas dos creaciones de Cervantes y Shakespeare, «está constantemente preocupado por su situación y no por su deber».

Turgenev, él mismo un carácter dubitativo y melancólico, amante encadenado por historias prohibidas, europeísta convencido pero secreto nostálgico de una reinsertión definitiva en su entorno original, resume las paradojas del superfluo en la carta de ruptura que *Rudin* dirige a su amada *Liza*: «Es mi extraño, casi cómico destino estar dispuesto a entregarme completamente, avariciosamente, absolutamente y, sin embargo, no poder hacerlo. Acabaré sacrificándome por algún desatino en el que ni siquiera creeré.» Destino del ser no-original y lúcidamente inacabado, escindido, como el propio Turgenev, entre dos patrias y dos compromisos, ético el uno y el otro sensual.

Sanin (el protagonista de «Lluvias de primavera») rememora sombríamente en la vejez la debilidad de su carácter, motivo de sus tragedias amorosas; *Rudin* y el *Bazarov* de «Padres e hijos», suicidamente ambos, aunque en buenas causas, mueren sin permitirse los últimos entumecimientos de la conciencia desdichada. El derrotado Lavretski es el único que, al final de «Nido de nobles», se instala apaciguado en sus dominios «para arar la tierra». Turgenev murió en Bougival, muy cerca de París, en la casa que compartía con los Viardot, y en sus delirios de agonía abominó momentáneamente de la amada Pauline y quiso despedirse de todos los presentes con un adiós, «como hacían los zares de la antigua Rusia» ■.

Preludios de una tragedia

El estudio de la derecha en el período republicano se había centrado hasta el presente en el análisis de sus organizaciones políticas, tema en el que contamos con algunos trabajos excelentes, pero había orillado el estudio de las agrupaciones económicas de la patronal. Esta laguna era importante, dado que nada permitía afirmar — como tendía a hacerse — la homogeneidad o idéntico comportamiento de los distintos sectores de aquélla. Por otro lado, la destrucción del sistema de partidos de la Restauración iba a afectar de modo muy particular a la representación política de buena parte de dichos patronos, lo que obliga a diversificar las fuentes del estudio para conocer sus métodos y ámbitos de participación o contacto con los poderes públicos.

Cuando José Félix de Lequerica escribe en plena Dictadura de Primo de Rivera, que «entre los mantenedores de lo actual varía el procedimiento de la defensa», distingue dos supuestos: «Los que confían en el uso de las formas llamadas durante un siglo democráticas, de sufragios electorales, de libertades públicas, creyéndolas más tranquilizadoras para las masas, y al mismo tiempo perfectamente manejables contando con la potencia y agilidad de la riqueza en sus formas modernas; y los que ponen su esperanza en la tradición autoritaria y prefieren concentrar el poder en uno o en pocos, sin necesidad de las grandes movilizaciones dinerarias que el primer sistema reclama» (*Soldados y políticos*, Bilbao, 1928, p. 18).

La llegada de la República iba a manifestar la existencia de nuevas dificultades para aquellos «mantenedores de lo actual»; la Dictadura ya había expresado no tanto la preferencia por la opción del autoritarismo (barato) sobre la democracia (cara), sino el agotamiento del modelo de democracia (ni tan cara ni tan democrática) que había venido fun-

cionando durante la Restauración. La caída de la propia Dictadura expresaba, por otra parte, la crisis del otro modelo citado por Lequerica. La década de los años treinta, en la que se asiste a la quiebra del modelo político del primer liberalismo y a la crisis de los partidos de notables, iba a tener sus especialidades en España, donde tales partidos habían entrado definitivamente en crisis en los primeros años veinte, y donde no siempre van a poder ser sustituidos por otros en la República.

Y en este marco, que supone la aparición de un nuevo tipo de reconocimiento y actuación del pluralismo político, la burguesía española (o, al menos, algunos influyentes sectores de la misma, pienso en la siderurgia vizcaína) iba a carecer de instancias partidistas que permitieran con una mínima eficacia la representación

y actuación de sus intereses, además de encontrarse con nuevas dificultades para acceder directamente al Gobierno o a la Administración. Serán, precisamente, estas modificaciones las que obligan a atender a sus otras instancias de representación/participación/presión: las organizaciones patronales, y ello es lo que lleva a aplaudir no sólo la oportunidad del estudio de Mercedes Cabrera, sino el modo de abordarlo. Es de destacar, a este respecto, la que entiendo más sistemática y completa utilización de un tipo de fuentes apenas aprovechado hasta hoy: los archivos de las propias organizaciones patrona-

les, así como sus boletines y órganos de Prensa y toda la suerte de publicaciones más o menos de coyuntura impulsadas por las mismas.

Desde la información suministrada por tales fuentes, y tras un somero y claro recorrido por la evolución de las organizaciones políticas en los dos primeros bienios y por los principales problemas con que éstas se enfrentan, la autora emprende la descripción de las diversas patronales y, sobre todo, emprende el estudio del marco de problemas económicos en que aquellas organizaciones realizan su actividad.

Hablar de la política de las



MAYO

Boletín de suscripción

Deseo suscribirme a la revista MAYO, de periodicidad mensual, al precio de 2.600 ptas., por el período de un año (12 números) y renovaciones hasta nuevo aviso, cuyo pago efectuaré mediante:

- Domiciliación bancaria
 Envío talón a nombre de EDICIONES PARA EL PROGRESO, S. A.

Nombre _____
Apellidos _____
Domicilio _____
Población _____ Dist. Postal _____
Provincia _____ Tel. _____
País _____ Fecha _____
Firma _____

Para el extranjero, enviar adjunto un cheque en dólares:

	Ordinario	Avión
Europa	50 \$	60 \$
América	60 \$	70 \$

DOMICILIACION BANCARIA

Lugar y fecha _____
[Banco o Caja de Ahorros] _____
D.P. _____
[Domicilio completo de la entidad bancaria] _____
(N.º de la agencia) [N.º c/c o libreta de ahorro]

Muy Sres. míos:
Ruego a Vds. que, hasta nuevo aviso, abonen a EDICIONES PARA EL PROGRESO, S.A., Libertad, 37-3.º izda. Madrid-4 (España) con cargo a mi c/c o libreta de ahorros mencionada, los recibos correspondientes a la suscripción o renovación de la revista MAYO.

Atentamente le saluda:

Fecha _____ Firma _____
Titular _____
Domicilio _____
Población _____

Copie o recorte este cupón y envíelo a:
EDICIONES PARA EL PROGRESO, S.A.
Libertad, 37-3.º
Madrid-4 (España)

Biblioteca de Comercio
i Hemeroteca General
CEDOC

diversas agrupaciones patronales supone hablar de los problemas económicos en que se mueven los diversos sectores productivos y exige, como necesario contrapunto de los análisis que los empresarios realizan sobre su propia situación, una reflexión sobre el origen de tales problemas. La crisis económica de los años treinta no es la causa de la penuria en que se mueve la economía española de la época, pero no dejó de tener incidencia en la misma, y particularmente en algunos sectores más vinculados con la exportación, y que van a recibir más directamente los efectos de la recesión del comercio internacional. Con efectos diversos en los distintos sectores, la interrupción de la política económica primorriverista, la contracción del comercio exterior, y las dificultades monetarias y determinados estrangulamientos provocados por acontecimientos «fortuitos» que contribuyen a hacer trágicamente presentes los anacronismos de la economía española (estrangulamientos a los que habría que añadir los derivados de la incidencia de la política social republicana) son los diversos factores que explican la depresión económica española de los años treinta. Y sólo el análisis de cada uno de estos sectores, de los conflictos sociales planteados en cada uno de ellos y de la opinión de las respectivas patronales ante la crisis explica la política emprendida por éstas.

No es el menor mérito de esta obra el haber profundizado precisamente en la diversidad de situaciones en que se encuentran los distintos sectores patronales. El análisis de Mercedes Cabrera permite conocer las reticencias de las entidades económicas (con la salvedad de las agrarias) ante las políticas económicas de corte intervencionista inauguradas por el «New Deal» o ante el organicismo o corporativismo emprendido por nazis y fascistas. Su apoyo electoral a la unión de derechas en 1933 o a las candidaturas contrarrevolucionarias en 1936 no es apoyo a una salida fascista, ni su

conducta permite afirmar la existencia de un proyecto antirrepublicano, siendo claro — a juicio de la autora — el apoliticismo y defensa del orden legalmente constituido mantenido por la que puede considerarse principal organización patronal industrial, la Unión Económica. Pero, como es notorio, no fue ésta la postura de toda la patronal española, y no cabe aquí sino remitirse a la lectura del magnífico trabajo de Mercedes Cabrera para su mejor conocimiento, trabajo con cuyos dos últimos párrafos acabo: «Unión Económica, el Fomento del Trabajo Nacional, la Liga Vizcaína de Productores hicieron gala de "gubernamentalismo" — de respeto a la legalidad republicana —, aunque exigiendo una política de orden y de estímulo a la iniciativa privada, con mucha más credibilidad que las entidades agrarias. Pero la República que pedían no era posible porque implicaba sacrificar las expectativas despertadas en la clase obrera. La democracia republicana del Frente Popular era expresión de un voluntarismo político despegado de las tensiones sociales. Ni la burguesía industrial ni las fracciones burguesas reformadoras y republicanas ni la clase obrera fueron capaces de articular una nueva hegemonía.

Eso era lo que ocultaba la bipolarización ideológica — revolución/contrarrevolución, España/anti-España — que propició el levantamiento de fuerzas marginales a la producción económica, que asumieron la tarea de imponer por la fuerza la salida a una crisis de hegemonía que no se resolvía por cauces pacíficos. La amenaza de la «revolución» y del «desmembramiento de la patria» no expresaba una amenaza real, sino que recogía el *impasse* creado y la incompatibilidad del mantenimiento del sistema democrático con las tensiones de clase generadas.»

Javier Corcuera

Mercedes Cabrera: **La patronal ante la II República. Organizaciones y estrategia. 1931-1936. Siglo XXI, Madrid, 1983, 337 págs.**



Informática y sociedad. Presente y futuro

Jesús M.^a Minguet Melián

Los términos informática, ordenador, robot, programación, microprocesador, se han convertido en moneda corriente en el lenguaje de nuestros días. Los objetos a los que se refieren han entrado por derecho propio —y de algunas multinacionales— en la vida cotidiana de muchos millares de hombres y mujeres de los países desarrollados. El siguiente artículo se propone examinar el estado de la cuestión de un fenómeno que se anuncia como la última gran revolución tecnológica del mundo contemporáneo.

La microelectrónica ha revolucionado de forma espectacular la investigación, las comunicaciones, la burocracia, la ciencia militar, la enseñanza y el empleo, afectando a la sociedad y prometiéndonos «una nueva sociedad» en un «mundo feliz» (1).

Para aumentar nuestra «felicidad doméstica» el mercado abre nuevas tentaciones y nos ofrece el *ordenador personal*; la posibilidad de introducir en nuestras casas la informática para ahorrar energía, proporcionarnos entretenimiento o llevarnos las cuentas de la hacienda familiar. En otras palabras, pone al alcance de todo el mundo los servidores que eran característicos de las clases privilegiadas: el secretario, el guarda, la institutriz y el bufón (2). Todo a muy bajo coste y sin problemas de costos de seguridad social o huelga.

Pero la informática aplicada necesitará para su funcionamiento de analistas y programadores, tanto especializados como poco expertos. Es necesario, por tanto, preparar informáticos: miles de informáticos en los diferentes niveles educativos, desde el universitario al hombre de la calle, que usará su propio ordenador (3). Universidades, centros de formación profesional o academias particulares se ofrecen a prepararnos para este futuro, ofreciéndolo como una alternativa al paro de la sociedad industrial. Quieren que estemos preparados para la sociedad postindustrial; para la sociedad informatizada (4).

¿Y el futuro?

Pero, ¿cómo evolucionará esta nueva sociedad? ¿Tardará mucho en llegar? ¿Nos puede resolver la crisis económica?

El hombre siempre ha intentado, de una forma u otra, predecir tanto su futuro individual como colectivo desde la más remota antigüedad. La astrología es la prueba más evidente de este planteamiento.

La versión científica moderna del intento de anticipar el futuro es la Prospectiva, y la Informática tiene mucho que ver en sus planteamientos y desarrollos.

¿Podrá el abuso de la informática llevarnos a un mundo controlado y despersonalizado como nos hace temer Orwell en su novela 1984? (5). O por el contrario, ¿será una civilización del ocio, en la que el hombre alcanzará mayores niveles culturales y de vida como nos pronostica von Neumann? (6).

Según dijo John Von Neumann en 1948, en una conferencia titulada «La teoría general y lógica de los autómatas», las máquinas tendrán la capacidad de reproducirse bajo el control de un programador humano que les dé un sencillo programa de tres pasos (7).

De alguna forma podemos temer una sociedad con ordenadores, robots y autómatas. ¿Será una sociedad segura? ¿No perderemos el control sobre las máquinas, como sucedía en «2001: Una odisea en el espacio»? (8).

Asimov nos asegura que no (9), ya que un robot debe ser construido obedeciendo las *Tres Leyes de la Robótica*, que garantizan que un robot no puede causar daño a ningún ser humano.

Pero de todas formas no necesitamos elucubrar demasiado, porque tenemos actualmente elementos de juicio suficientes proporcionados por las aplicaciones actuales. Repasemos el futuro hoy, porque *el futuro ya está aquí*.

El presente

De hecho, la sociedad está ya informatizada (10), e influye en numerosos ámbitos de aplicación, relacionándose tanto con las técnicas, como con las ciencias, la sociología y las relaciones humanas (enseñanza, comunicación, etc.). Conocer mejor la informática es conocer mejor la sociedad en que vamos a vivir. La sociedad de hoy está informatizada y siguiendo a Shakespeare en *Julius Caesar*. «debemos tomar la corriente cuando es útil o perder nuestra ventura».

Gran parte de la influencia de la informática en nuestra vida la tiene el desarrollo de las redes de comunicación. Estas redes, que se construyeron para la comunicación, se dirigen hacia sistemas que causarán un gran impacto en la sociedad entera. Nuestros hijos se verán afectados por las decisiones de actuación en este campo. Las tecnologías de las comunicaciones que hicieron posibles la civilización en sus diversas formas están en un período de cambio revolucionario. De hecho podemos hablar de un mundo cableado (11). La tecnología de la información y de las comunicaciones evoluciona continuamente (12), afectando a la educación, a los negocios, a la cultura, al proceso político, al individuo y a la sociedad. Este impacto de la tecnología informática sobre la sociedad ha preocupado y preocupa a las naciones más desarrolladas, hasta el punto de haberse celebrado un Congreso Internacional sobre «Los impactos sociales de la tecnología de la información» (13). En ella, los expertos de Francia, Noruega, Gran Bretaña, Alemania, Japón, EE.UU. y Hungría plantearon sus preocupaciones y vaticinios de futuro.

Pero para conocer estos problemas de aceleración de cambio económico, posible deterioro cualitativo de la vida laboral, aislamiento social, etc., es necesario evaluarlos en el presente y cara al futuro, mediante investigaciones, tanto a nivel micro como macro, con el fin de hacer una evaluación social analítica, pragmática e instrumental (14). En la actualidad existen proyectos de investigación en Austria, Bélgica, Dinamarca, Estados Unidos, Francia, Inglaterra, Noruega, Alemania y Suecia.

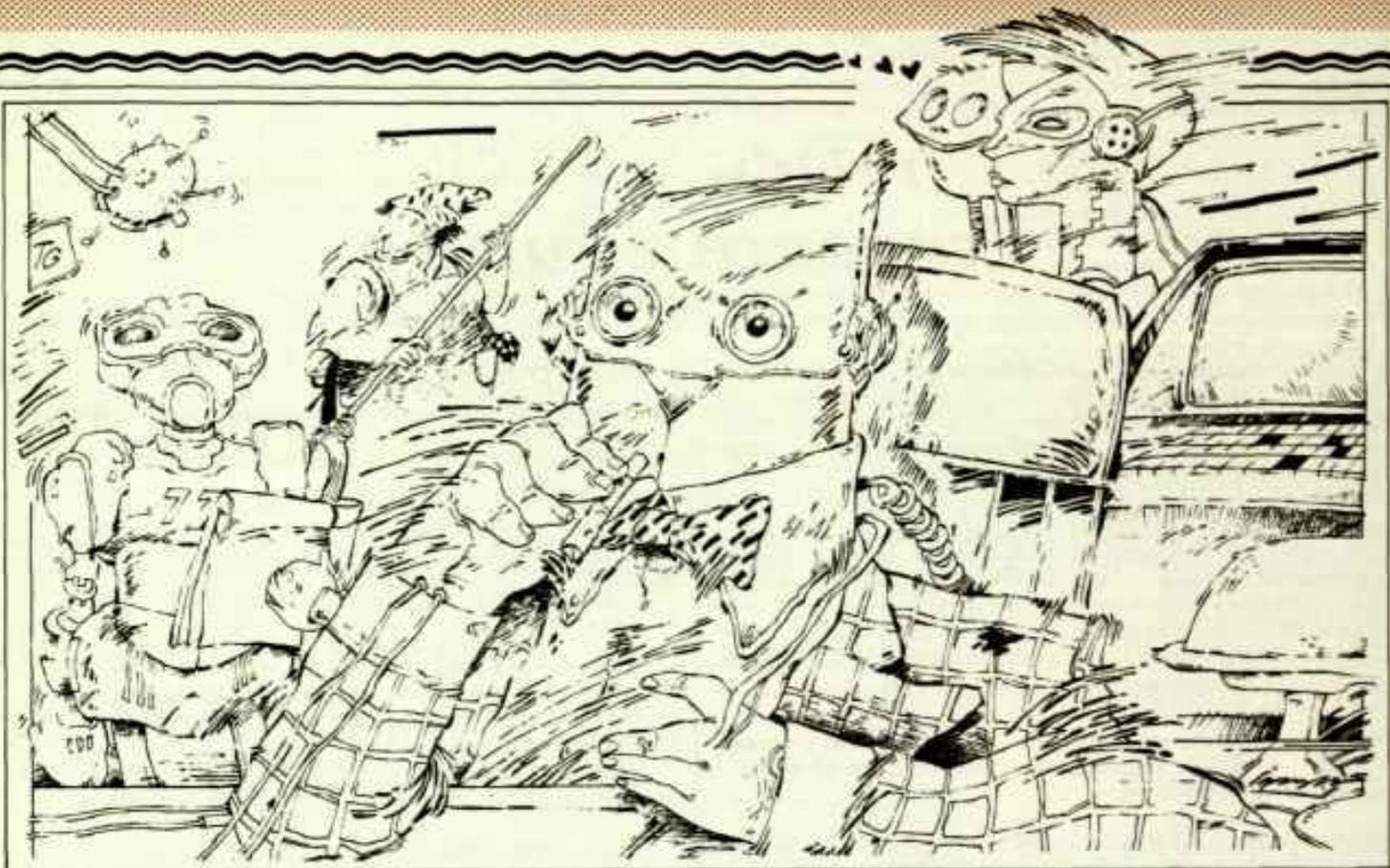


Ilustración: Tino Gatagán.

Conocer la informática

Hemos indicado que la informática forma parte del presente y por consiguiente no podemos considerar los ordenadores como máquinas esotéricas que pertenecen más al reino de la magia que al de la ciencia. Por consiguiente es conveniente responder a preguntas como éstas: ¿Qué son los computadores? ¿Qué pueden hacer? ¿En qué se diferencian de otras máquinas? ¿Cómo se comunican con las personas? (15). ¿Qué perspectivas se dibujan para el futuro?

Problemas tan dispares como la predicción del tiempo, la complejidad de la estructura nuclear, la dirección y control de cohetes interplanetarios, el análisis de textos literarios, la reserva de billetes de ferrocarril o la obtención de dinero cuando el banco está cerrado, pueden ser resueltos gracias a los ordenadores (16). El hombre ha vencido en la lucha para disponer de un modo más rápido y exacto de efectuar las operaciones de cálculo (17).

Hoy día es necesario conocer términos informáticos como «hardware» (las máquinas) «software» (los programas), memoria, periféricos, y también las posibles aplicaciones, es decir, el mundo de la informática (18). Además, el ordenador se ha introducido en nuestro hogar para ayudarnos en nuestro trabajo y en nuestro ocio. Los ordenadores domésticos y personales se venden a precios tan asequibles como cualquier otro aparato electrónico (TV, video, compactos, etc.), por lo que es útil conocer para que podemos utilizarlos en casa (19).

Pero el ordenador, en el fondo, no es nada más que un bobo que calcula muy rápidamente. Es necesario que el hombre se comuniquen con la máquina para poder darle instrucciones, que le indique lo que queremos de él (20).

Ventajas

El ordenador y las comunicaciones conjuntamente nos ofrecen importantes ventajas. Esta asociación, denominada telemática, permite acercar la potencia de cálculo de un ordenador si-

tuado a cientos de kilómetros y crear redes de ordenadores que cooperan en la atención al usuario (21).

Un aspecto muy importante es su aplicación a la rehabilitación de personas discapacitadas, en especial para las personas ciegas (22). Hoy día existe en España una sucursal bancaria adaptada para invidentes, gracias al uso de terminales especiales de ordenador.

Las técnicas de gerencia han cambiado debido a la informática, tanto en el sector público como en el privado, aumentando el rendimiento de la información y ayudando a los procesos de decisión (23).

Los microprocesadores, en conjunción con sensores, han revolucionado los sistemas de control, desde la apertura de puertas por control remoto al control de una refinería de productos petrolíferos (24). La introducción del ordenador en la escuela puede cambiar totalmente la enseñanza. La memoria cada vez es menos necesaria, ya que el ordenador puede almacenar grandes bases de datos.

El alumno aprende a interactuar con la máquina y a resolver problemas, volviéndose más creativo.

En resumen el ordenador puede ofrecernos importantes ventajas en casi todos los campos. Pero el usuario tiene que aprender su papel en el juego (25).

Inconvenientes

Pero tantas ventajas, ¿se nos dan gratis? La microelectrónica, la informática, la telemática, ¿son ángeles o demonios? Esta pregunta centra un debate tan fundamental, que en él se perfila lo que será nuestra vida en el futuro (26). Tanto que organizaciones internacionales, como la OCDE, se preocupan por los problemas que van a engendrar este rápido desarrollo de las técnicas de la informática y las telecomunicaciones (27).

También se detectan esfuerzos por parte de los sectores más actualizados de la ciencia y de la filosofía jurídica, por suscitar una conciencia tecnológica entre los juristas (28).

«Las nuevas tecnologías han generado un nuevo tipo de ri-

queza» (Director del Instituto de Automática Industrial). «Es muy posible una verdadera revolución de las formas de la vida» (Catedrático de Antropología Filosófica). «O tenemos microelectrónica o no hay nada que hacer» (Director de Tranor. «Vamos hacia una sociedad comunicacional» (Filósofo). Todas las frases anteriores son opiniones de destacados especialistas españoles (29). ¿Pero es compatible dicha necesidad con el empleo?

La mayoría de los estudios coinciden en que cualquier innovación que es un precio inevitable que hay que pagar a corto plazo. En algunas áreas del sector servicios (banca, administración, etc.), la reducción esperada es del 30 por 100, y en el del automóvil, del 80 por 100 (30). Mientras que en el pasado había falta aumentar la inversión para aumentar los puestos de trabajo, hoy en día cada puesto creado para la construcción de robots elimina cinco puestos en el resto de la industria. La introducción de un robot (cuya construcción cuesta menos que enseñar a un trabajador y que además no está afiliado a ningún sindicato), aumenta la productividad de la empresa. La sustitución de trabajadores por robots depende de los precios relativos del robot y del salario del trabajador (31). Una solución, según el premio Nobel de Economía Wassily Leontief, está no en oponerse a la tecnología, sino en la reducción de la jornada laboral, distribuyendo equitativamente empleos e ingresos, dando lugar a más tiempo libre (32).

¿Hay seguridad?

Por otra parte, los sistemas informáticos son vulnerables y pueden ocasionarse graves daños tanto a la información como a la empresa o al individuo. Los sistemas de información deben protegerse frente a los riesgos más frecuentes, tanto físicos (incendios, inundaciones, averías, etc.), como humanos (manipulación indebida, sabotaje, robo, etc. (33).

Otra preocupación es la protección del individuo ante esa vulnerabilidad de la información registrada en soportes legibles por el ordenador. Por ello es necesario acudir al político y al jurista para que dé soluciones a este problema. Hoy día existen textos legales en países como Portugal, Hesse, Suecia, Alemania Federal y Estados Unidos. En España la Constitución, en su artículo 4.18, lo prevé y está en desarrollo el proyecto de Ley Orgánica que regulará la creación y uso de registros informáticos (34).

El último peligro es el control y dominio de la información, puesto que quien posee la información posee el poder. Schiller sostiene que la información no se puede distribuir democráticamente, ya que alguien debe de elegir y seleccionar la información. Y esta elección se haría en función de determinados intereses económicos y sociales, existiendo de hecho una verdadera manipulación informática, de la que el hombre del futuro no podrá apenas librarse (35).

La tesis de Manacorda es que al ser el ordenador un producto del capital, lo único que persigue es racionalizar la empresa capitalista tal y como es, violando la intimidad y despersonalizando multitud de actividades y, en el mejor de los casos, sustituyendo trabajos monótonos y repetitivos por nuevos aspectos mecánicos y monótonos, y además mayor paro (36).

Solución

No podemos caer en la falsa disyuntiva de «ordenador sí u ordenador no». El ordenador ya está ahí y forma parte de nuestra sociedad. Por tanto, no nos queda más remedio que integrarlo de la manera más democrática y crítica posible, para que pueda prestarnos buenos servicios, teniendo en cuenta sus ventajas y limitaciones. Una solución política y legislativa debe de ser la responsable de que la sociedad controle a la informática y no la informática a la sociedad.

Bibliografía

- (1) J. M. Morán: *La era microelectrónica: reacción o revolución*, MAYO, núm. 3, diciembre de 1982, Madrid.
- (2) M. Laver: *Los ordenadores y el cambio social*, Fundesco, Tecnos, 1982, Madrid.
- (3) Dossiers et documents de «Le Monde»: *La Microinformatique*, «Le Monde», 1983, París.
- (4) Actas del Seminario: *La Sociedad de la Información, I, La Tecnología y la Información en la década de los ochenta*, Fundesco, Tecnos, 1983, Madrid.
- (5) Orwell, 1984.
- (6) J. von Neumann: *The Computer and the Brain*, Yale University Press, 1958.
- (7) A. Berry: *Los próximos diez mil años*, Alianza Editorial, 1979, Madrid.
- (8) A. C. Clarke: *2001: Una odisea en el espacio*.
- (9) I. Asimov: *Yo, robot*, Edhasa, 1981, Barcelona.
- (10) C. Marenco y J. Vrvoy: *Informática y Sociedad*, Editorial Labor, 1975, Barcelona.
- (11) J. Martín: *La sociedad interconectada*, Editorial Tecnos, 1980, Madrid.
- (12) J. McHale: *El entorno cambiante de la información*, Editorial Tecnos, 1981, Madrid.
- (13) V. Kalbhen, F. Krückeberg y J. Reese: *Las repercusiones sociales de la tecnología informática*, Fundesco, Tecnos, 1983, Madrid.
- (14) J. Reese, H. Kubicek, B. Lange, B. Lutterbeck y U. Reese: *El impacto social de las modernas tecnologías de información*, Fundesco, Tecnos, 1982, Madrid.
- (15) C. Fields: *Introducción a los computadores*, Alianza Universidad, 1982, Madrid.
- (16) S. H. Hollingdale y G. C. Tootill: *Computadores electrónicos*, Alianza Editorial, 1972, Madrid.
- (17) John O. E. Clark: *Computadores en acción*, Editorial Brujuna, 1980, Barcelona.
- (18) Varios autores, *Enciclopedia práctica de la informática*, Nueva Lente/Ingelek, 1983, Madrid.
- (19) R. Vaillant: *El ordenador en casa*, Editorial Plaza & Janés, 1983, Barcelona.
- (20) H. T. Smith T. R. G. Green: *El hombre y los ordenadores inteligentes*, Editorial Mitre, 1982, Barcelona.
- (21) A. Alaban: *Teleinformática y redes de computadores*, Marcombo-Boixareu, 1982, Barcelona.
- (22) R. Puig y J. López: *Comunicaciones y discapacidad*, Editorial Tecnos, 1981, Madrid.
- (23) G. A. Champine: *Computer Technology impact on management*, North Holland, 1979.
- (24) J. E. Cunningham, *Control Remoto y Automatización*, Editorial Paraninfo, 1981, Madrid.
- (25) J. Rodríguez Cortezo, *Papel del usuario ante la informática*, Eria, 1983, Madrid.
- (26) G. Friedrichs y A. Schaff: *Microelectrónica y sociedad. Para bien o para mal*, Editorial Alhambra, 1982, Madrid.
- (27) OCDE: *Políticas de la información, de la informática y de las comunicaciones*, Min. Ind. y Energía/Adamicro, 1982, Madrid.
- (28) V. Frosini: *Cibernética, derecho y sociedad*, Editorial Tecnos, 1982, Madrid.
- (29) A. Tena: *Más allá del bien y del mal*, Revista Chip, núm. 23, 1983, Madrid.
- (30) Nora-Minc: *La informatización de la sociedad*, FCE, 1980, Madrid.
- (31) R. Tamames: *Enciclopedia de la economía*, Orbis, 1983, Madrid.
- (32) CFDT, *Los costes del progreso: Los trabajadores ante el cambio técnico*, Editorial Blume, 1978, Madrid.
- (33) V. Sanz Caja, *Vulnerabilidad y seguridad de los sistemas informáticos*, Fundación Citema, 1982, Madrid.
- (34) *Leyes de protección de datos*, Servicio Central de Informática, Presidencia de Gobierno, 1977, Madrid.
- (35) H. Schiller: *Manipuladores de cerebros*, Ed. Gedisa, 1983, Buenos Aires.
- (36) P. M. Manacorda: *El ordenador del capital. Razón y mito de la informática*, Editorial Blume, 1982, Madrid.

Quinta emisión BONOS

ICE



Instituto de Crédito Oficial

CARACTERISTICAS DE LA EMISION

Interés:	14%
Desgravación:	15% según las condiciones y límites que marca la ley
Amortización:	4 años
Liquidez:	Titulos de Cotización Calificada en Bolsa
Pago de Interés:	Trimestral
Plazo de suscripción:	20 de Noviembre al 5 de Diciembre
Nominal del título:	5.000 pts
Precio de la Emisión:	A la par, libre de gastos para el suscriptor
Suscripción:	Bancos, Cajas e Intermediarios Financieros

• Excepto el primer cupón, que será semestral.

El Instituto de Crédito Oficial lanza la quinta emisión de Bonos. Con ellos, podrá obtener la máxima desgravación posible y una alta rentabilidad.

Suscribalos en Bancos, Cajas e Intermediarios Financieros.

Con la seguridad de un Organismo del Estado.

 Caja Postal


BANCO EXTERIOR DE ESPAÑA



Instituto de Crédito Oficial

UAB
Biblioteca de Comunicació
i Hemeroteca General
CEDOC

SERVICIOS PARA TENER EN CUENTA

del Banco Popular.



Viaje protegido por cualquier lugar de España o del mundo con MONDIAL ASSISTANCE.



En sus viajes de vacaciones por España y el extranjero pague con nuestros CHEQUES DE VIAJE.



Con la tarjeta AMERICAN EXPRESS pague sin limite de gasto establecido.



Llene el depósito de su coche sin llevar dinero con nuestros AUTOCHEQUES SB.



Pague sus compras y servicios sin dinero con nuestra tarjeta VISA.



Nuestras CUENTAS A LA VISTA y A PLAZO custodian y rentabilizan sus ahorros.



Sus pertenencias de valor siempre en lugar seguro con nuestras CAJAS DE ALQUILER.

Consiga dinero al instante en 245 cajeros permanentes con nuestra tarjeta MULTICARD



Cobramos sus ingresos y pagamos sus gastos. DOMICILIE con nosotros.



En el extranjero, obtenga dinero y pague sus compras con nuestros EUROCHEQUES

Nuestro DEPOSITO PERMANENTE admite sus ingresos en cualquier hora y día.



Nuestro CREDITO POPULAR es un crédito personal de resolución rápida y amortizaciones asequibles.

BANCO POPULAR ESPAÑOL

UVE
Biblioteca de Comunicación
Memoria General
CEDOC

* Los pagos en el exterior quedan limitados a lo señalado en la legislación sobre control de cambios.